



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
POSGRADO EN FILOSOFÍA DE LA
CIENCIA CAMPO FILOSOFÍA DE LA
CIENCIA

PSICOLOGÍA CLÍNICA, AFECTIVIDAD Y EVOLUCIÓN BIOLÓGICA

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

DOCTOR EN FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

PRESENTA:

RUBÉN DARÍO JIMÉNEZ ROSADO

TUTORES PRINCIPALES

DRA. ANA ROSA PÉREZ RANSANZ, IIF-UNAM

DRA. SIOBHAN FENELLA GUERRERO MC MANUS, CEIICH-UNAM

COMITÉ TUTOR

DR. ROGELIO ESCOBAR HERNÁNDEZ,
FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNAM

DRA. ANA LUISA PONCE MIOTTI,
FACULTAD DE FILOSOFÍA, UNIVERSIDAD VERACRUZANA

DRA. PAOLA HERNÁNDEZ CHAVEZ
CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS POLÍTICOS Y
SOCIALES "VICENTE LOMBARDO TOLEDANO"

CIUDAD DE MÉXICO, ENERO DE 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Patricia, Regina y Gastón, mi amada familia

Agradecimientos

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por la beca otorgada para la realización de mis estudios doctorales de agosto de 2014 a julio de 2018.

A la Facultad de Filosofía, al Instituto de Investigaciones Filosóficas, a la Facultad de Ciencias, a la Dirección General de Divulgación de la ciencia, a las personas que hacen posible el Posgrado en Filosofía de la Ciencia y en general a la Universidad Nacional Autónoma de México, por todas las facilidades prestadas.

A la Dra. Ana Rosa Pérez Ransanz por la confianza, la paciencia y la insustituible guía que significó para mi en esta etapa tan importante de mi vida, en verdad le estaré siempre agradecido.

A la Dra. Siobhan Fenella Guerrero Mac Manus por todas sus observaciones, sus gentiles atenciones y admirable ejemplo de dedicación y compromiso académico, valoraré por siempre su ejemplo.

Al Dr. Rogelio Escobar Hernández por acceder a formar parte del comité tutorial y por la inspiración que ha significado para mi su trabajo como psicólogo y como historiador de la psicología.

A las Dras. Ana Luisa Ponce Miotti y Paola Hernández Chávez por sus observaciones y recomendaciones.

Agradecimientos (3)

Introducción (5)

1. Cognitivismo clínico: del cognitivismo semántico a lo cognitivo-conductual (12)
 - 1.1. La relación entre cognitivismo clínico y terapias cognitivas (13)
 - 1.2. Terapia Racional Emotiva y gestión de la vida afectiva (15)
 - 1.3. Psicoterapia Cognitiva y reestructuración cognitiva (20)
 - 1.4. Integración cognitivo-conductual: el papel rector del organismo conceptual (25)

2. El cognitivismo clínico psicoevolucionista y el giro emocional en psicoterapia (44)
 - 2.1. Darwin, emociones, psicopatología y evolución (45)
 - 2.2. Genealogía del psicoevolucionismo (61)
 - 2.3. Psicoevolucionismo, psicología clínica y afectividad (96)

3. Funcionalismo, experiencia y psicoterapias (105)
 - 3.1. El funcionalismo como psicología evolucionista (106)
 - 3.2. Afectividad y funcionalismo deweyano: las emociones como valoraciones (116)
 - 3.3. La psicología clínica como tecnología de la experiencia (130)

Conclusiones (156)

Referencias (168)

Introducción

La dicotomía y posible relación entre emoción y cognición, también expresada como afectividad y racionalidad o pasión e inteligencia, ha sido central en la filosofía en toda su historia y en todas sus ramas. Los así llamados filósofos modernos, acentuaron el carácter epistemológico de tal relación y reflexionaron sobre su papel en el conocimiento, la justificación, el bienestar, el orden, la salud y la sobriedad, en un claro anhelo por exorcizar, a través de la reflexión, el error humano, la enfermedad, el sufrimiento y los vicios.

De la actitud proemocionalista de Hume, para quien la razón tiene como función servir a las pasiones, a la actitud antiemocionalista de Descartes, para quien los excesos pasionales son los principales enemigos de la razón, ha habido y sigue habiendo distintas reflexiones en torno a esta relación. Muchas de estas reflexiones han servido de base para la configuración de ramas del conocimiento destinadas a comprender el comportamiento humano, sin que por eso el tema pierda o deba perder su cariz filosófico, construyéndose desde entonces a la fecha distintos enfoques y abordajes que han conducido a distintos modos de comprender y moldear las acciones de los seres vivos.

Pese a la postura de Hume, y otras de similar envergadura como podría ser la de Spinoza, la actitud más generalizada (no única) en el pensamiento filosófico tradicional ha sido la que ve entre estas cualidades una dicotomía e interacciones problemáticas (Pérez-Ransanz, 2011). La razón, la inteligencia y la voluntad, suelen ser vistas como cualidades de una naturaleza común que originalmente o contingentemente se contraponen con la naturaleza de la afectividad, las emociones, los sentimientos, las pasiones y las pulsiones. En esta tesitura, la razón es tenida como remedio y dique ante el mal encarnado en las pasiones y como base de cualquier dietética o constreñimiento corporal y moral para vivir racionalmente, dado que vemos entre razón y bienestar una sinonimia o una relación causal casi incuestionables.

Como reacción a esta tendencia, en tiempos recientes ha habido un esfuerzo importante por integrar racionalidad y afectividad en una relación de complementariedad e incluso necesidad. Tal como menciona Pérez-Ransanz (2011, p. 51), “a partir de la década de 1980, se ha desarrollado una epistemología [...] encaminada a investigar de manera sistemática el papel que cumplen las emociones en el proceso de conocer”. Este desarrollo, por supuesto, no se ha dado bajo un consenso generalizado, pero busca comprender las funciones epistémicas de las emociones (Brun

& Kuenzle, 2008).

Esta nueva actitud se ha aglutinado bajo un “consenso proemoción”, en el que “las emociones comúnmente son vistas como capacidades evolucionadas integradas a nuestra racionalidad práctica” (Jones, 2006, p. 3), las cuales: (a) mejoran el acceso a nuestras razones; (b) facilitan la planificación de la agencia; (c) complementan el razonamiento teórico-decisivo y remedian sus deficiencias; y (d) facilitan la acción apropiada. Pese a la celebridad de esta tendencia, y al margen de sus productos, existen campos del saber en donde el cuestionamiento de las convicciones tradicionales ha sido tímido o incluso ausente.

Un caso ejemplar de cuestionamiento tímido se ha dado en el ámbito de la psicología clínica, particularmente en torno a las psicoterapias¹ cognitivas y cognitivo-conductuales, en donde se ha tendido, cada vez con mayor fuerza y radicalidad, a tener como natural e incuestionable la convicción de que lo racional y lo afectivo son expresiones organísmicas diferenciables por su dinámica fisiológica, anatómica y adaptativa. Sobre esa convicción dicotómica, se han edificado enunciados y estrategias para dar solución a los problemas que, aseguran, son expresiones naturales de esa dicotomía, insistiendo que la racionalidad es la vía para mantener salud, cordura, verdad, asertividad y orden.

Este trabajo reflexiona en torno a dichas psicoterapias y los distintos modos en que sus conceptualizaciones de la relación entre afectividad y racionalidad han impactado en la descripción, prescripción y moldeamiento de las conductas humanas y con ello las dinámicas sociales mismas.

Se analizará el papel que ha tenido la disputa entre racionalidad y afectividad en la configuración de los acercamientos cognitivos en psicología clínica, desde su origen (cognitivismo clínico) hasta la irrupción de los enfoques evolucionistas (cognitivismo clínico psicoevolucionista), con el fin de evidenciar cómo dicho camino se ha caracterizado por una tendencia a la reificación

¹ Se hablará de “psicoterapia” como el contexto en el que se da una relación entre uno o varios psicólogos y uno o varios consultantes con fines terapéuticos; y se hablará de “psicología clínica” simplemente como un ámbito específico del ejercicio de la psicología, el terapéutico, delineado política e institucionalmente, regularmente por los sistemas de salud del Estado, de modo tal que tiene funcionamientos específicos y distintos a los de otros ámbitos de la psicología. La psicoterapia es uno de los contextos donde un psicólogo clínico interviene, pero no es el único, ya que el diseño de otro tipo de contextos con fines terapéuticos en donde él no participe directamente, así como el trabajo en políticas públicas inclinadas a los mismos fines, o bien la intervención en instituciones específicas con fines igualmente similares, entre otras funciones, son parte del ámbito de la psicología clínica, así como aquellas propias de su profesión como la supervisión de casos, las relaciones gremiales, la comunicación profesional, corresponder o no con su rol comunitario, entre otras, las cuales suponen conocimientos relacionados con las prácticas psicoterapéutica y sus tradiciones teóricas y metodológicas.

tanto de lo racional como de lo afectivo para con ello desplazar las vías exploratorias y argumentativas que configuraron el campo clínico, enraizadas en la psicología funcionalista y de la conducta, las cuales, paradójicamente, siendo también evolucionistas buscaron a toda costa suprimir esa dicotomía.

Se busca contribuir, desde una epistemología histórica de la relación señalada, al estudio de los procesos del cambio terapéutico a través del análisis de las dinámicas explicativas de los enfoques relevantes. Como ha señalado Froján (2011), las investigaciones en este campo suelen ser de dos tipos: (1) de resultados, la cual capitaliza las intervenciones efectivas y las fomenta; (2) de procesos, la cual busca contestar por qué funciona lo que funciona.

La primera, de cohorte empírico y estadístico, busca decir qué funciona, ante qué funciona y cómo puede ser utilizado en distintas intervenciones. La segunda requiere de investigaciones empíricas que permitan tender relaciones descriptivas relevantes entre una intervención específica, el marco teórico que sustenta la técnica o metodología de intervención y la explicación del caso, así como de reflexiones filosóficas y conceptuales en torno a los modos de explicación, dado que los supuestos teóricos detrás de uno u otro tipo de terapia pueden ser contradictorios, distintos o inconmesurables, debido a posicionamientos metafísicos, ontológicos, axiológicos o metodológicos a su vez contradictorios, distintos o inconmensurables entre las teorías que sustentan cada terapia.

Para poder avanzar en este objetivo, asumimos que había problemas psicológicos antes de la psicología clínica y las psicoterapias, los hay a pesar de ellas y muy probablemente los seguirá habiendo independientemente del destino de ellas. Estos problemas fueron comprendidos, abordados y muchas veces aliviados o superados por distintas prácticas sociales, como podrían ser el tutelaje pastoral, formas de consejería distintas, prácticas médicas y modos de curación variados, con lo que la investigación de procesos debe asumir que no hay nada propio de la psicoterapia que sea “curativo” sino que ésta debe comprender por qué un modo de relación específico, la relación terapéutica, conduce a cambios relevantes en las dinámicas conductuales que son útiles para superar los problemas psicológicos.

Pero el asunto no es sencillo. El cognitivismo clínico explica la psicoterapia desde “teorías cognitivas”, el psicoanálisis desde “teorías psicoanalíticas”, el enfoque sistémico desde “teorías sistémicas” y así sucesivamente, entonces ¿el hecho de que la teoría explicativa de un modo de intervención clínica tenga un nombre y genealogía similar con el modo de intervención o bien una teoría sea condición de posibilidad para un tipo de intervención es razón suficiente para decir que

sus explicaciones son adecuadas? Es decir, ¿es la eficacia suficiente para decir que los supuestos teóricos que sostienen las prácticas eficaces son adecuados? Sin lugar a dudas no. Hay aquí un problema epistemológico tradicional que recuerda al eficaz fogonero del barco de vapor en el que Marlow, protagonista de *El corazón en las tinieblas* de Joseph Conrad, remontaba un río africano; dicho fogonero creía que si el agua desaparecía del contenedor un espíritu encolerizado por la sed se vengaría de tal descuido, razón que lo llevaba a actuar más eficientemente que cualquier otro fogonero, incluso que aquel que supiera a detalle el funcionamiento de la máquina.

Para sostener estas afirmaciones, se reflexionará en torno las terapias cognitivas y cognitivo-conductuales desde una visión funcional-conductual, debido a que, como mostraremos, ha sido en esa visión que se ha formulado una psicología como disciplina independiente de la fisiología, la filosofía, la sociología y otras ramas con métodos y principios claros e independientes; de modo que se justificará la pertinencia y utilidad de dicha visión mostrando que las explicaciones sobre la eficacia terapéutica de las psicoterapias cognitivas y cognitivo-conductuales ha carecido de una psicología sólida que las fundamente, razón por la cual su convulsiva variación conceptual ha ido de la mano con su anexión a explicaciones fisiológicas y mentalistas altamente especulativas, asumiendo como necesarias y verdaderas las explicaciones que de su labor le han dado la fisiología, las fisiologías conceptuales, las teorías mentalistas y distintas filosofías, sin que se debata por qué éstas son mejores.

Con la eficacia como criterio suficiente, las terapias cognitivas y cognitivo-conductuales han reproducido técnicas eficaces mistificadamente, de modo tal que la investigación de procesos es suplantada por hermenéuticas de pacientes psicológicos y hechos culturales variados teniendo como tamiz interpretativo las visiones de autores, gurús, guías espirituales, científicos, filósofos, líderes políticos o intelectuales que cada psicoterapia y cada profesional requieran para “optimizar” su ejercicio. Esto es criticable porque al desligar eficacia y comprensión, particularmente al dejar a otras disciplinas la comprensión del propio funcionamiento, sujetan las propuestas psicoterapéuticas a cualquier moda teórica en las fuentes de comprensión que cada psicoterapia o técnica considere útil para explicar su pertinencia, acción y límites.

Cultivar este eclecticismo descontrolado, no reprochable por ecléctico sino por descontrolado, compromete la enseñanza y comunicación de las psicoterapias en instituciones de carácter académico, impactando negativamente en la formación y moldeamiento de psicólogos clínicos y psicoterapeutas. Y es que las distintas “escuelas” o “tradiciones” psicoterapéuticas no solamente

funcionan como grupos de profesionales buscando mejorar ciertas técnicas, discutir ciertas visiones, desarrollar teorías o colaborar en casos clínicos específicos, sino más bien como grupos de mercadeo, con tendencias altamente lucrativas, que dispersan una visión psicoterapéutica específica que contiene visiones particulares de lo psicológico, lo mental, lo humano, el cosmos, la vida, o cualquier otra gran entidad que funcione como cimiento de sentido a su práctica.

El cognitivismo clínico y el cognitivismo clínico evolucionista, consideran que la psicoterapia es un diálogo entre terapeuta y paciente a través del cual se modifican estructuras cognitivas, procesos cognitivos, marcos de creencias, procesos emocionales, estructuras fisiológicas de las emociones, bioquímica cerebral, tendencias innatas, instintos, entre otras entidades y procesos. Este despilfarro de entidades y exceso de reificaciones abona a la mistificación señalada, con lo que se han unido a una tendencia propia del campo psicoterapéutico en la que un terapeuta adecuado, profesionalmente suficiente, no es quien mejor comprende el proceso terapéutico para intervenir de modo eficiente en un problema sino el que interpreta mejor una acción de modo culto.

Para lograr este abordaje culto, basta con haber recibido clases impartidas por tal o cual padre fundador o célebre maestro, pertenecer a algún linaje o generación específica dentro de una u otra tradición psicoterapéutica, haberse sometido a prácticas de “pase” o “consagración” en donde los maestros deciden si el discípulo está listo o no de modo incuestionable y sobre todo conocer con precisión quirúrgica el pensamiento y la vida privada del fundador de su tradición, al que siempre van cuando no encuentra respuestas, quien ya lo ha pensado todo. En el colmo de los casos, y como ha pasado con el cognitivismo clínico evolucionista, se ha considerado que el conocimiento preciso de alguna otra ciencia o saber es un factor de comprensión incuestionable, como si un conocimiento preciso en fisiología, biología evolutiva, física, arte, filosofía o cualquier otra disciplina fuera, por sí mismo, un insumo positivo para el ejercicio psicoterapéutico o clínico. Estas extrañas prácticas ven en la evidencia de eficacia la confirmación de las más distantes y disparatadas teorías, de modo que es necesario revisar las consecuencias de la desconexión entre eficacia y explicación para buscar resarcirla.

En consecuencia, en el capítulo uno se expone el cognitivismo clínico, psicología de la que surgieron estas terapias. Se analizarán sus explicaciones sobre el funcionamiento, instrumentación, revisión y cambio en la Terapia Racional Emotiva y la Terapia Cognitiva. Se mostrará que el cognitivismo clínico renunció a los medios empíricos de comprensión de la situación terapéutica para preferir el uso de un organismo conceptual normativo, variable entre cada propuesta, que surgía de

la integración de distintos marcos conceptuales de distintas disciplinas, la cuales sirvieron como recurso explicativo de la adecuación y éxito de una técnica o psicoterapia con respecto a una clase o clases de comportamientos.

En el capítulo dos, se analizará el éxito del organismo conceptual normativo descrito en una línea evolucionista que transformó las comprensiones sobre el funcionamiento de las terapias cognitivas, dicho acercamiento será llamado “cognitivismo clínico psicoevolucionista”, resultante de la irrupción del darwinismo en la fisiología y la asimilación de la psicología a la fisiología. El psicoevolucionismo se ha avocado a la búsqueda de la base neuronal de distintas funciones psicológicas y surgió como una reacción desde las neurofisiologías psicodinámicas, principalmente psicoanalíticas, a ciertos planteamientos de la psicología funcionalista. Se realizará una genealogía del psicoevolucionismo, su encuentro con la psicología clínica y el modo en que operaron lo que llamaremos un “giro emocional” en psicoterapia, es decir, poner a las emociones como centro de sentido y comprensión de lo que sucede en el contexto psicoterapéutico y de las causas de aquello que llevó a un consultante a buscar atención psicológica, o incluso el tipo de intervención que debe hacerse para una gestión emocional, como sinónimo de psicoterapia, exitosa. Se tratará de responder al cuestionamiento siguiente: ¿es la psicoterapia un espacio para el ejercicio de la psicología clínica o uno para la fisiología? ¿Qué requisitos y consecuencias tienen uno y otro caso?

La asimilación de nociones neurofisiológicas y biológicas sirvió para desarrollar interpretaciones y narrativas basadas en procesos suborganísmicos, neurofisiológicos y genéticos, como causales de todo tipo de comportamiento individual y social, de modo que, las ideas y dato que la psicología clínica ha cosechado de estos saberes, le han servido para crear fantásticas narrativas sobre los orígenes de todo comportamiento de su interés.

En el capítulo tres se propone una vía de comprensión de los procesos psicoterapéuticos cognitivos y cognitivo-conductuales desde otra tradición en psicología, la iniciada por el funcionalismo y continuada por los enfoques conductuales no mediacionales y ecológicos en psicología (conductismo social, interconductismo, conductismo radical, psicología ecológica, psicología cultural, entre otros), como alternativa a las señaladas insuficiencias del cognitivismo clínico y del cognitivismo clínico psicoevolucionista, los cuales tienen una visión de la psicología clínica como analítica del pasado primordial, extendida a antepasados míticos, con dinámicas sociales capaces de explicar absolutamente cualquier comportamiento por adaptación y transmisión genética. Esto se ha debido, entre otras cosas, al afán irracional que recorre a la psicología de ser

necesariamente, en todas sus expresiones y de una vez para siempre, una ciencia natural. La psicología clínica es una tecnología de la experiencia, noción que se desarrollará, lo cual permite calmar algunas desbordadas ansias. La psicoterapia no es una mera aplicación de técnicas *ad hoc* con descripciones sindrómicas de los trastornos mentales sostenidas en dudosos criterios de sistematización, ni una mera vía de conocimiento de la mente o de confirmación de teorías sobre los así llamados “trastornos mentales” o cualquier otro atributo, como tecnología de la experiencia su ejercicio construye un campo en donde requiere de otros conocimientos que sean obtenidos en otros ámbitos (sociales, históricos, entre otros) con herramientas y vías comprensivas similares a las que despliega en psicoterapia.

Capítulo 1

Cognitivismo clínico: del cognitivismo semántico a lo cognitivo-conductual

1.1. La relación entre cognitivismo clínico y terapias cognitivas

En los años sesenta, en Estados Unidos de América, la psicología clínica experimentaba un gradual alejamiento de las teorías psicoanalíticas que permitió el surgimiento de abordajes que buscaban sustento en la psicología académica. Garantes de ese alejamiento eran, principalmente, Albert Ellis, creador de la Terapia Racional Emotiva y Aaron T. Beck, creador de la Psicoterapia Cognitiva.

Semerari (2002) engloba estas propuestas bajo el nombre de “cognitivismo clínico”, cuyos rasgos principales son:

1. Se enfoca en las relaciones conscientes de los sentimientos y pensamientos del paciente por sí mismos y no como señales de una realidad de mayor profundidad.
2. Utiliza como medio de indagación sistemática las representaciones (conscientes o preconscientes) que anteceden, acompañan o suceden a un estado emocional.
3. Considera que las representaciones permiten comprender las razones de los sufrimientos emocionales. A las representaciones que conducen a dicho sufrimiento Beck las llamó “pensamientos automáticos” y Ellis “creencias irracionales”, caracterizados porque la persona no puede tomar distancia reflexiva de las mismas, su inercia (vivida como obligatoriedad) conduce a trastornos emocionales (Semerari, 2002).
4. Afirma que existen reglas de inferencia y estructuras de significado estables (llamados modelos cognitivos o esquemas cognitivos) que condicionan los procesos de pensamiento y los actos de las personas.

En la caracterización de Semerari (2002) los puntos uno y dos describen procesos de indagación para las terapéuticas englobadas en el cognitivismo clínico; mientras los puntos tres y cuatro contienen las convicciones teóricas que fundamentan el proceder de los modos propuestos en los dos puntos antecedentes. Por esta razón, en este trabajo se propone una diferenciación analítica en la que:

- A. Se engloben bajo el nombre de “terapias cognitivas” aquellas propuestas instrumentales para el desarrollo de una relación con fines terapéuticos entre un psicólogo y uno o varios consultantes, en donde dicho psicólogo, en tanto tal, cuenta con herramientas que le permiten que dicha relación sea deliberadamente terapéutica y no de otro tipo.
- B. Se engloben bajo el nombre de “cognitivismo clínico” las propuestas teóricas que se han desarrollado para plantear, comprender, explicar, revisar y corregir las propuestas

instrumentales, la relación terapéutica, las herramientas terapéuticas y las relaciones entre estas terapias y otros campos de cara a la búsqueda de recuperación de los consultantes.

El cognitivismo clínico es el conjunto de postulados explicativos de cuño psicológico o no que ha funcionado como fundamento de las terapias cognitivas y cognitivo-conductuales. Se mostrará en este capítulo que, paralelamente al desarrollo de la Terapia Racional Emotiva y de la Psicoterapia Cognitiva, tanto Beck como Ellis desarrollaron una visión teórica propia y diferenciable tanto del psicoanálisis como del conductismo la cual funciona como fundamento de las terapias cognitivas; no obstante, sostendremos, dichas terapias pueden desarrollarse teniendo una visión crítica con el cognitivismo clínico o incluso rechazarlo sin que por eso pierdan sentido y utilidad.

A nivel teórico, el cognitivismo clínico considera que las representaciones mentales se estructuran en esquemas que determinan los pensamientos y acciones de los individuos. Asumen que dentro de esas estructuras hay representaciones inerciales (pensamientos automáticos o creencias irracionales) que son determinantes en las conductas de las personas al funcionar como tendencias fijas hacia un tipo de pensamientos o conductas; o bien modos de estructuración que conducen inercialmente pensamientos y conductas hacia modos fijos. Por lo tanto, la conducta queda considerada como la expresión de la relación entre distintos componentes de las estructuras mentales, los cuales son básicamente representaciones cuya argamasa son procesos afectivos. Desde esta visión la psicoterapia se encarga de buscar una reestructuración cognitiva que elimine o mueva esas representaciones inerciales y transforme los comportamientos.

Caro (2013) afirma que la visión cognitiva en psicoterapia es cognitiva porque rechaza los modelos que sostienen como causa de un trastorno psicológico problemas motivacionales-afectivos, quitando el énfasis de las causas para ponerlo en los correlatos psicológicos recurrentes o preponderantes durante ciertos estados patológicos, dado que considera que el cambio de dichos correlatos ayuda a superar esos estados patológicos, esta es una buena caracterización del cognitivismo clínico, ya que, como ha dicho Ibañez (1990), el adjetivo “cognitivo” se refiere a la centralidad del supuesto de que los procesos mentales regulan la conducta.

No obstante hay que mantener en suspenso la afirmación de Caro (2013) ya que, como se mostrará, el rechazo a afirmar que los trastornos tengan como causa problemas motivacionales-afectivos, no implica el rechazo de tales problemas como parte constitutiva de las patologías o trastornos sino un reordenamiento explicativo, de modo que: mientras para las perspectivas

psicodinámicas los problemas motivacionales-afectivos son causales de los pensamientos y acciones patológicos o problemáticos; para la visión cognitiva los correlatos recurrentes son causales de problemas motivacionales-afectivos.

Como se dijo, el cognitivismo clínico se desarrolló como fundamento de las terapéuticas de Ellis y Beck, así que es importante analizar el modo en que se desarrollaron las relaciones entre el cognitivismo clínico como fundamento y las terapias cognitivas como sus aplicaciones técnicas. En los siguientes dos apartados se atenderán ambas cuestiones.

1.2. Terapia Racional Emotiva y gestión de la vida afectiva

La Terapia Racional Emotiva (TRE), nombre que recibió la psicoterapia propuesta por Albert Ellis, hizo su debut con la publicación de *Razón y Emoción en Psicoterapia* en 1962, pero el modelo teórico que la sustentaría se empezó a desarrollar en términos generales en 1958 en un artículo intitulado *Psicoterapia Racional*. Los motivos que llevaron a Ellis, quien era psicoanalista, al desarrollo de su propuesta, estaban relacionados con la desconexión que había entre los postulados teóricos del psicoanálisis y la práctica del mismo que se traducían en problemas de coherencia y eficacia.

Sobre los problemas de eficacia, Ellis (1980) afirma que buscaba distanciarse del psicoanálisis porque mientras aproximadamente el 60% de los pacientes neuróticos mostraban mejoría al ser tratados con éste método, otros como la terapia de conducta tenían mejores números. Esto apuntaba a los problemas de coherencia o explicativos, ya que, afirmaba, para el psicoanálisis la comprensión y solución de un problema estaba posibilitada por el grado y compromiso de acuerdo que un paciente tuviera con las interpretaciones que el psicoanalista daba sobre su vida y sus problemas, las cuales siempre estaban relacionadas de uno u otro modo con particularidades problemáticas pseudouniversales en la relación que el paciente mantuvo con sus padres, familia o núcleo de crianza; asumiendo que la comprensión por sí misma debía causar alivio al haber sido develada de su carácter inconsciente (hacer consciente lo inconsciente decía la consigna freudiana), sin que eso siempre sucediera. Le parecía que Freud había planteado “brillantes interpretaciones clínicas para ajustarlas a la subjetividad de sus teorías edípicas enormemente unilaterales.” (Ellis, 1980, p. 12)

Otro problema con el método psicoanalítico era procedimental y ético, dado que si después de un develamiento que el psicoanalista consideraba importante y conducente al alivio éste no

llegaba, entonces se culpaba al paciente, diciéndole cosas como:

Pienso que en verdad no lo ha visto con la claridad suficiente; o quizá haya algo más, alguna otra penetración relevante que todavía no ha visto, aunque es probable que se esté aproximando a ella. Si continuamos con paciencia, hasta que de *verdad* vea lo que le está problematizando, entonces podrá levantarse por la mañana e ir a trabajar o hacer cualquier cosa que ahora de forma neurótica es incapaz de hacer.” (Ellis, 1980, p. 14)

Para Ellis (1980) la ineficacia estaba relacionada con el hecho de que las explicaciones teóricas del psicoanálisis estaban acotadas a las relaciones con los padres, cosa que más bien apuntaba a causas secundarias (los hechos) y no a las causas primeras (la interpretación de los hechos). Esta diferenciación será el fundamento de su planteamiento, ya que se consideraba fiel al supuesto estoicista que afirmaba que lo único sobre lo que tiene potestad el humano para ser feliz es sobre sus representaciones de las cosas y no sobre las cosas mismas, de hecho no es excesivo decir que la TRE es una aplicación contemporánea del estoicismo.

Desde esta división y convicción, consideraba que la idea psicoanalítica de que comprender y explicar es equivalente a aliviar sería correcta solamente si se refiriera a tomar en cuenta las interpretaciones contemporáneas que el paciente da a un hecho y no al hecho mismo, el cual no tenía importancia por sí mismo. Como resultado de esto, dejó de considerar “que los métodos analíticos clásicos [...] eran indudablemente más profundos, penetrantes y por consiguiente mucho más curativos... [además que la asociación libre], era lo que más les costaba aprender a muchos pacientes, y algunos nunca eran capaces de conseguirlo.” (Ellis, 1980, pp. 12–13)

En 1958 propuso su modelo de terapia basada en la racionalidad (Terapia Racional la llamó en ese momento), la cual surgía de una serie de consideraciones normativas sobre los principales rasgos, procesos o componentes psicológicos que explican por qué las personas se comportan como lo hacen y por qué desarrollan problemas psicológicos, la cual tenía como fundamento la diferenciación entre hecho mismo e interpretación de un hecho.

Considera que en el ser humano se dan cuatro procesos básicos o actividades vitales interrelacionadas, que son: 1) percepción; 2) movimiento; 3) pensamiento; y 4) emoción; cuya dinámica produce los procesos psicológicos que son actos y actitudes. En este tenor, “pensar, aparte de consistir en cambios bioeléctricos de las células cerebrales, y de implicar el recordar, aprender, solucionar problemas y procesos psicológicos similares, es también, y hasta cierto punto tiene que ser, conducta sensorial, motora y emocional” (Ellis, 1958, p. 35).

En su visión inaugural, toda conducta es irreductible a un solo principio, pero cada una de ellas estaría caracterizada por la dominancia de unos u otros rasgos dependientes de la dinámica entre tales procesos, ya que toda conducta es “un excepcionalmente complejo estado de reacciones humanas el cual está integralmente relacionado con todos los procesos de percepción y respuesta” (Ellis, 1958, p. 35). Esta alternativa al modelo freudiano pulsional ponía énfasis en la predominancia de las emociones en las conductas trastornadas, pero eso no implicaba que las emociones estuvieran en la base o fueran la causa de los trastornos. En cada conducta habría predominancia de uno u otro proceso vital, siendo así cada conducta, por esa predominancia, perceptiva, motriz, cognitiva o emotiva.

El interés por las emociones entonces no radicaba en su papel patogénico sino que las consideraba los procesos vitales predominantes en los trastornos o problemas psicológicos, debido a que “una gran parte de aquello que llamamos emoción, en otras palabras, no es nada más ni nada menos que un cierto tipo –sesgado, prejuiciado o fuertemente evaluativo– de pensamiento” (Ellis, 1958, p. 36).

Como puede verse, Ellis (1958) hace un uso ambiguo de los conceptos. Pueden diferenciarse, para comprenderlo mejor, el pensamiento como proceso vital de los “actos de pensamiento”, entendidos como aquellas ideas resultantes de la dinámica de los procesos vitales en donde predominan rasgos que popularmente se catalogan de racionales o inteligentes. Igualmente, con las emociones, pueden ser procesos vitales o bien “actos emocionales”, entendidos como conductas causadas por la dinámica de los procesos vitales caracterizable por la dominancia de sesgos, prejuicios y evaluaciones, e igualmente pasaría entre motricidad y “actos motrices” y percepción y “actos perceptivos”, aunque estos últimos no recibieron mucha atención.

Tanto los actos de pensamiento, como los de percepción, movimiento y emocionales, son procesos psicológicos individualizados por la historia de vida de cada persona, que funcionan como actitudes o tamices a través de los cuales la persona ve su vida y que a su vez son pieza constructiva de sus visiones a futuro.

Dado que los cuatro procesos vitales son hipotéticos, su comprensión como tal escapa al propio proceso psicoterapéutico y apela a distintas disciplinas y teorías para que digan qué son; lo que no escapa al proceso psicoterapéutico, y será el centro de la discusión y atención de Ellis, son las actitudes que tiene un individuo y el modo en que dichas actitudes condicionan tanto su estado subjetivo (conduciéndolo al bienestar o al malestar) como sus comportamientos con respecto a dicho

estado.

Las actitudes propias de los actos de pensamiento no conducen al sesgo, prejuicio o evaluaciones robustas, criterios externos a la propia conducta, sino que tienen la forma de “una evaluación relativamente calmada y desapasionada (o percepción organizada) de una situación dada, una comparación objetiva de muchos de los elementos de dichas situación y la llegada a una conclusión como resultado de este proceso de comparación y discriminación” ” (Ellis, 1958, p. 36)

En los actos emocionales las actitudes son sesgadas, prejuiciadas y altamente evaluativas, porque hay una predominancia de actitudes condicionadas por las emociones en tanto procesos vitales, los cuales Ellis (1958) comprende como fenómenos que surgen de la estimulación directa de las células del hipotálamo y el sistema nervioso autónomo (por estimulación eléctrica o química) o de la excitación indirecta de los procesos sensorio-motores, cognitivos y otros que controlan la conducta.

Toda emoción puede ser “controlada” por: (1) técnicas biofísicas (electrochoques y fármacos); (2) técnicas sensorio-motrices (relajación); (3) técnicas emotivas (búsqueda de un ser querido o un elemento pacificador); y (4) técnicas racionales (el uso de la razón para mostrar lo absurdo de una emoción). He aquí el fundamento de su propuesta, dado que las emociones pueden ser manipuladas por técnicas racionales, entonces el diálogo debe ser una vía de tratamiento tan legítima como las otras tres.

Entonces, un acto emocional surge de la dinámica entre alguna percepción interna o externa que ha sido asimilada por una actitud (con estructura enunciativa) tal que estimula la región fisiológica donde se asientan las emociones generando un pensamiento, interacción o acción caracterizada por prejuicios, sesgos o fuertes evaluaciones, que se relacionan con otra estructura enunciativa (pensamiento). Este acto emocional a su vez está relacionado con otros actos, ya sean de pensamiento (caracterizados por una estructura enunciativa racional), actos de movimiento (donde predomina la motilidad) o perceptivos (donde predomina la asimilación de estímulos).

Ellis (1958) aprovechó la predominancia del sesgo y las evaluaciones fuertes en los actos emocionales para afirmar que éstos tenían la forma de enunciados valorativos que condicionaban el modo en que ocurría una conducta y se concatenaba con otras. Por ejemplo, actos emocionales de gozo o agrado, con estructura enunciativa del tipo “¡esto es malo!”, determinaban la forma en que se interactuaba con los objetos y procesos que intervienen en eso valorado como malo, pero también con otros objetos o procesos que reciban la valoración de malo, de modo que las valoraciones están

en “el origen y perpetuación de los estados de perturbación emocional, o neurosis” ((Ellis, 1958, p. 38).

La neurosis, nombre que aglutina los problemas psicológicos sin trastornos graves, es redefinida como una “conducta emocionalmente perturbada” o bien un “acto emocional perturbado” en donde las emociones están desordenadas, son incontrolables, o bien están sobre o subintensificadas. Puede ser caracterizado, desde un criterio racional externo, como una conducta ilógica, irracional, no realista, inflexible o infantil que es incompetente e inefectiva, de modo que: “el individuo trastornado *no* es deficiente o incapaz, sino que es teóricamente capaz de actuar en un modo más maduro, controlado y flexible de lo que lo hace. [...] La neurosis, en otras palabras, consiste en conductas estúpidas de personas que no son estúpidas” (Ellis, 1958, p. 38).

Dado que conocer el origen de estas conductas estúpidas no conduce a su alivio sino, simplemente, a comprender cómo y por qué se mantienen, debe comprenderse el fundamento contemporáneo del sesgo ilógico en las conductas neuróticas, analizando las estructuras enunciativas para transformarlas.

Si en un acto hay percepciones o movimientos, atinados, erróneos o torpes, pensamientos lógicos o ilógicos y una estimulación nerviosa adecuada o bien anómala en el tálamo o en otro lugar del sistema nervioso autónomo, entonces la predominancia de cada acto condicionaría si estos son ilógicos o lógicos, perturbados o sin perturbaciones. Dado que el carácter ilógico o lógico responde al acoplamiento de los cuatro principios entre sí y en su relación con las actitudes frente a los hechos del mundo, entonces basta con afectar su dinámica para corregir la cognición y la conducta.

El objetivo de la terapia racional emotiva puede ser sintetizado desde la visión de Ellis, y como parte del cognitivismo clínico, como la relación entre un terapeuta y un paciente con el fin modificar las estructuras enunciativas por medio de un diálogo dirigido en el cual el terapeuta busque “la aplicación rigurosa de las reglas de la lógica, el pensamiento correcto, y el método científico en la vida diaria, [y ante] cada vestigio de pensamiento irracional en la experiencia del cliente instarlo enérgicamente a tomar vías más racionales” (Ellis, 1958, p. 48), y con esto cambiar las emociones que acompañan a un juicio, idea o acción por aquellas que mejoren o incluso posibiliten pensamientos y actos racionales.

Para facilitar lo anterior, la psicoterapia racional emotiva se vale de una tipología de creencias irracionales sobre las que debe actuar mediante el diálogo, las cuales “son el origen básico de la mayoría de perturbaciones emocionales. Por una vez que un ser humano se crea todos

los sinsentidos que incluyen esas ideas, inevitablemente tenderá a sentirse inhibido, hostil, defensivo, culpable, ansioso, ineficaz, descontrolado o desgraciado” (Ellis, 1980, p. 83), a saber:

1. Es necesario que todos me amen por todo y en todo momento.
2. Los actos moralmente reprobables son realizados por personas absolutamente reprobables que deben ser severamente castigadas.
3. Las cosas deben ser como espero que sean sino es catastrófico.
4. La miseria humana es causada por gente y eventos externos, incluida la propia.
5. Lo peligroso y amenazante es molesto y debe ser evitado.
6. Es más fácil evitar las dificultades y autorresponsabilidades que afrontarlas.
7. Es necesario algo más grande o fuerte en qué confiar para estar bien.
8. Debo ser competente, inteligente y exitoso en todos los ámbitos posibles.
9. Algo que ha afectado mi vida, siempre la va a afectar.
10. Debo controlar aquello que me interesa de modo absoluto.
11. La felicidad es una tendencia humana que se logra por inercia.
12. No puedo controlar ni modifica mis emociones ni lo que pienso y siento.

¿Cómo saber si esto funciona? Mediante dos vías: (1) la más importante es la ausencia de sesgos en las acciones y estructuras enunciativas; (2) los reportes que el paciente da de su propio estado, ya que funge como censor del cambio de aquellas estructuras enunciativas intervenidas para su corrección lógica. Puestas así las cosas, la confrontación entre racionalidad e irracionalidad, como centro de la terapia racional emotiva, apunta que entre el carácter ilógico de una actitud o un acto y las emociones irracionales están conexión directa. La tendencia o persistencia de actos emocionales ilógicos con respecto a una situación, o bien atípicos por su duración e intensidad es una perturbación emocional, modo en que quedan definidos los problemas psicológicos.

1.3. Psicoterapia Cognitiva y reestructuración cognitiva

La psicoterapia cognitiva, formulada por Aaron T. Beck, surge de un cuestionamiento a (1) la idea psicoanalítica de que aquello que explica la depresión es una “necesidad de sufrimiento” por parte del deprimido; y (2) considerar que ciertos patrones relacionales infantiles sostienen esa necesidad. El modelo explicativo de Beck se gesta a través del análisis de la depresión que, aún en la actualidad, es vista como un trastorno emocional.

Knapp y Beck (2008) señalan que la psicoterapia cognitiva nace teniendo como fundamento

cuatro planteamientos que surgieron de distintas fuentes y disciplinas, a saber:

1. “La formulación freudiana de estructuración jerárquica de la cognición en un proceso primario (es decir, fuera de la conciencia y basado en fantasías y deseos) y un proceso secundario (es decir, accesible a la conciencia y basado en principios de realidad objetiva), así como la idea de que los síntomas se basan en ideas patógenas” (Knapp y Beck, 2008: 59).
2. Las propuestas psicodinámicas neopsicoanalíticas de Adler, Horney, Rank y Sullivan, entre otros, quienes enfatizaron la importancia de las experiencias conscientes en el tratamiento de los pacientes y de las interpretaciones que hacían de episodios de su propia vida (Knapp y Beck, 2008).
3. La estructura teórica había abrevado de la psicología humanista-fenomenológica, principalmente de Rogers al poner al centro el bienestar del paciente, pero también del psicoanálisis etológico de Bowlby, principalmente su teoría del apego y de la filosofía de Kant, Heidegger, Husserl y los estoicos, por la “primacía de la realidad” (Knapp y Beck, 2008).
4. En cuanto a la psicología cognitiva y la ciencia cognitiva, fueron importantes los escritos de George Kelly, particularmente su teoría de los constructos personales; de Piaget, la idea de esquema; la teoría cognitiva de las emociones de Richard Lazarus; la aproximación terapéutica desde la solución de problemas de Goldfried y D’Zurilla; los modelos de automanejo de Albert Bandura y Donald Meichenbaum; así como la propuesta de Arnold Lazarus (Knapp y Beck, 2008).

La pluralidad de insumos teóricos contrasta con el carácter casi artesanal de la Terapia Racional Emotiva. Además que su actitud fue abiertamente integrativa, al sugerir que la psicoterapia cognitiva puede integrar varios enfoques en una técnica, siendo dichos enfoques, nada más y nada menos, conductismo, psicoanálisis y cognitivismo (Knapp y Beck, 2008).

De acuerdo con Korman (2017), Beck, además de haberse formado como psicoanalista, tenía como objetivo, hacia finales de la década de los cincuenta, 1959 para ser precisos, mostrar que la depresión era causada por una hostilidad vuelta hacia sí mismo, hipótesis que pretendía comprobar mediante el análisis de sueños de los pacientes. En el año de 1961 publica un estudio del que derivará el “Inventario de Depresión” (hoy en día llamado Inventario de Depresión de Beck, de gran celebridad), con el cual buscaba características específicas de la depresión y desde donde

propuso que ésta era un proceso neurótico en el cual la hostilidad se volvía hacia sí mismo como reflejo del malestar subjetivo causado por factores motivacionales-afectivos enraizados en la infancia.

Va a ser en 1963 cuando Beck empieza a distanciarse de los modelos motivacionales-afectivos y fije su atención en los procesos cognitivos implicados en la depresión, cuestionando la idea de que la depresión fuera solamente un trastorno afectivo. En este texto concluía que en la depresión existen desviaciones lógicas y del pensamiento realista, dado que:

la ideación de los pacientes deprimidos difiere de aquellos no deprimidos en la prominencia de ciertos temas típicos; por ejemplo, baja autoevaluación, ideas de aislamiento (*deprivation*), exageración de los problemas y las dificultades, autocriticismo y automandamientos severos, así como deseos de escapar o morir. [...] Teniendo en cuenta la observación de que las ideas distorsionadas de los pacientes deprimidos, aparecidas inmediatamente antes de la excitación o intensificación de los afectos depresivos, sugiere que los desórdenes afectivos deben ser secundarios a los desórdenes del pensamiento. (Beck, 1963, p. 333)

Había en esta formulación un claro cuestionamiento de las visiones psicoanalíticas sobre la autoagresión, incluso ya no menciona más a la depresión como una faceta de la neurosis. Además apunta modestamente a una etiología cognitiva al decir que las distorsiones cognitivas en la depresión “resultan de la dominación progresiva que tienen sobre los procesos de pensamiento esquemas idiosincráticos” (Beck, 1963, p. 333). Estos esquemas reemplazaban a otros más apropiados y conducían a patrones rígidos que afectaban la lógica y el realismo.

Pero, como se dijo, no había y nunca hubo un hartazgo definitivo de Beck hacia el psicoanálisis, bien puede decirse que para él el problema era solamente que el psicoanálisis no consideraba los aspectos cognitivos contemporáneos en la vida del consultante. Cuando Beck hablaba de un “continuo cognitivo” entre psicoanálisis, terapia cognitiva, terapia conductual y psicofarmacología, afirmaba que entre terapia cognitiva y psicoanálisis había más puntos en común que divergencias (Beck, 1988), dado que ambas posturas consideraban que comprender los procesos mentales que sostenían los trastornos era la base de una terapéutica eficiente, pero difieren en que:

el psicoanálisis intenta descubrir los procesos inconscientes (procesos primarios), y asume que el ego, relevado de la carga de intentar ocultar el material tabú, ofrecerá espontáneamente correcciones realistas. La terapia cognitiva intenta, explícitamente, inducir al paciente, a situarse continuamente en su racionalidad (lógica, empírica, etc.) para corregir la irracionalidad. (Beck, 1988,

p. 366)

A Beck no le interesaba rechazar los postulados psicoanalíticos, o al menos no de forma directa, sino, en el mejor de los casos, complementarlos, ya que en ese momento las teorizaciones sobre la mente del psicoanálisis eran vistos, en algunos círculos, como necesarios y casi incuestionables; parece ser que más bien la cuestión era (no se pierda de vista que el original en inglés es de 1985, ¡22 años después de planteada la terapia cognitiva!) encontrar un espacio en esas afirmaciones para los procesos cognitivos y crear enfoques integrativos.

Beck (1976, pp. 19–20) consideraba que: “la formulación de los problemas psicológicos en términos de premisas incorrectas y de una predisposición a experiencias imaginarias distorsionadas”, permitiría que la irracionalidad sea comprendida en términos de inadecuaciones en la organización e interpretación de la realidad, lo cual permite superar el rechazo a dar valor a las descripciones que cada paciente podría hacer de sus procesos psicológicos, por considerar dichas descripciones superficiales..

La necesidad de tomar en cuenta estas valoraciones, como algo más que simples informes curiosos o superficiales, es porque la consciencia, tal como se da en primera persona, no puede ser explicada a través de los mecanismos neurobiológicos de los que surge. Afirma que: “los datos con los que trata la psicología son subjetivos e intrapsíquicos más que objetivos y externos. Solamente la persona que experimenta una emoción, una idea, y una imagen puede reportar sus observaciones introspectivas” (Beck, 1976, p. 55).

Desde su visión, la psicología solamente puede ser una ciencia inductiva que compara distintas experiencias para llegar a ciertas generalizaciones. Para esto, se debe poner atención a la secuencia que conecta un evento objetivo con ideas específicas, es decir, el camino desde lo externo hasta la reacción emocional para poder establecer consistencias y diferencias entre los individuos (Beck, 1976). Propone el siguiente ejemplo para comprender cómo un evento externo específico evoca distintos significados:

Una maestra anuncia a su clase que Tony, un estudiante brillante, recibió una baja calificación en una prueba. Un estudiante se siente complacido y piensa “esto significa que soy más inteligente que Tony”. El mejor amigo de Tony se siente triste (al igual que Tony): comparte la pérdida con Tony. Otro estudiante se encuentra asustado: “si Tony sacó una baja calificación, es muy probable que yo también”. Otro estudiante se encuentra indignado con la maestra: “probablemente lo calificó de forma injusta para que Tony tenga tal calificación”. Para que sea “injusta” ante este estudiante, ella habría violado una regla cardinal, por lo tanto, ella podía ser injusta con cualquiera de ellos. Por

último, un estudiante de intercambio no tiene ninguna respuesta emocional: la calificación de Tony no tiene ningún significado especial para él. (Beck, 1976, p. 55)

Por lo tanto, las emociones son reacciones resultantes de los juicios sobre distintos eventos, en donde “el contenido específico de la interpretación de un evento conduce a una respuesta emocional específica” (Beck, 1976, p. 55). Esto sirve de base para comprender, afirma el autor, cómo surgen y se mantienen los problemas emocionales, y afirma: “Una persona apegada a un significado irreal o extravagante de un evento posiblemente experimentara una respuesta emocional inapropiada o excesiva” (Beck, 1976, p. 55).

Consecuentemente con esta afirmación, es menester de la intervención terapéutica cambiar las valoraciones erróneas o extravagantes por otras que conduzcan a una respuesta emocional apropiadas, dado que las emociones no responden a estímulos externos sino a las valoraciones de esos estímulos externos. No son juicios, sino que resultan de los juicios y siempre son consistentes con los juicios emitidos y no con la realidad, por lo tanto, pueden ser racionales sí y solamente sí los juicios son racionales.

Beck (1970) propone que el funcionamiento cognitivo es diferente dependiendo de si se tiene o no un trastorno. Existe una secuencia entre percepción-cognición-emoción que depende del carácter demandado por la situación estimular; mientras en condiciones psicopatológicas la secuencia es determinada por procesos internos.

La relación entre emoción y juicio está siempre mediada por los esquemas cognitivos, de modo tal que: si las emociones resultan de las valoraciones y las valoraciones, que pueden ser adecuadas o extravagantes, son enunciados sobre eventos, entonces si hay un problema en la construcción de los enunciados sobre los eventos o en la coherencia entre enunciados, esto puede desembocar en comportamientos y creencias patológicos, ya que apegados al principio subjetivista con que Beck definía a la psicología, las valoraciones deben ser coherentes con la situación estimular en que surgen y con el “esquema cognitivo”.

Esta visión de dependencia mutua, sostendría que una evaluación, una creencia, conduce a una respuesta emocional específica. Si hay una creencia adecuada, entonces la respuesta emocional será coherente con ella, adecuada, lo cual le da mayor fuerza al juicio; pero de la misma forma, la respuesta emocional de un juicio irreal o exagerado se refuerza mutuamente con la creencia.

Puede decirse entonces que, si la valoración es racional, entendiendo racional como

adecuada al evento real, entonces la emoción también lo será. Si el juicio es distorsionado o irracional, la respuesta emocional también será irracional con respecto al evento real. ¿Quién puede dar cuenta de este carácter de adecuación o inadecuación si quien experimenta el juicio y la emoción los experimenta, precisamente, porque esa ha sido su valoración? La evidencia de la realidad se presenta como acuerdo intersubjetivo, como opinión de un experto (el psicólogo clínico en este caso) o bien en un cambio situacional como valoración de otros rasgos del evento para cambiar nuestros juicios y respuestas emocionales.

Beck (1970) concretará una tipología de patrones de pensamientos que caracterizan a los pacientes trastornados, los cuales deberán ser localizados, comprendidos y modificados, a saber: (1) inferencias arbitrarias; (2) sobregeneralizaciones; (3) magnificaciones de eventos; (4) deficiencias cognitivas que causan indiferencia a aspectos importantes de situaciones vitales.

A la par, y en ocasiones en diálogo con estas dos propuestas, surgieron otras de similar envergadura, las cuales fueron presentadas como revisiones de estos modelos para completarlos o corregirlos, o bien como derivaciones e incluso escisiones de otras perspectivas. En el próximo apartado se exponen los intentos de integración con acercamientos conductistas mediacionales.

1.4. Integración cognitivo-conductual: el papel rector del organismo conceptual

Los postulados teóricos iniciales con los que Ellis y Beck comprendieron el funcionamiento de sus terapias derivaban de su formación psicoanalítica, predilecciones filosóficas personales y de influjos de tendencias teóricas de otros campos, incluida la psicología. Posteriormente, a partir de la década de los setenta, distintos autores propusieron un acercamiento entre estas terapéuticas y algunas propuestas conductistas con el fin de solventar la laxitud teórica inicial y proveer una comprensión sistemática que permitiera intervenciones más precisas e incluso consolidar una ciencia psicológica clínica.

Como se verá, estos acercamientos no condujeron a una síntesis coherente entre los campos de la psicología y la psicoterapia sino a la consolidación del cognitivismo clínico, conjunto de postulados teórico-explicativos sobre el modo en que se originan, mantienen y superan los problemas o trastornos psicológicos, el cual es caracterizado por recurrir a entidades o procesos mentales o fisiológicos inferidos a través de comportamientos, como causa o factor fundamental de esos comportamientos.

Para comprender estas integraciones, es importante señalar qué hacían las terapias de

conducta en la época, qué versiones de la misma existían, cómo operaban en la práctica clínica y qué relación proponían con la psicología, dado que junto con el psicoanálisis forma parte de los orígenes de las terapéuticas cognitivas y cognitivo-conductuales.

Pichot (1989) considera que la publicación, en 1958, del libro *Psicoterapia por Inhibición Recíproca* del psiquiatra sudafricano Joseph Wolpe, quien también se había formado como psicoanalista, marca el inicio de la Terapia de Conducta, al menos para fines prácticos. Ésta puede ser comprendida, en términos generales, como una terapéutica fundamentada en los principios neuropsicológicos (fisiológicos) del aprendizaje descritos y comprendidos por la reflexología rusa de Bechterev y Pavlov. Surgió “justo cuando la psiquiatría del inconsciente, como Ellenberger la llama, estaba provocando cierto número de respuestas adversas.” (Pichot, 1989, p. 113). Como se ha mostrado, en esa época y como parte de esas respuestas adversas al psicoanálisis, tanto Ellis como Beck desarrollaban sus proyectos psicoterapéuticos.

Wolpe, que a finales de la década de los cuarenta trabajaba como oficial médico en el Cuerpo Médico de Sudáfrica, cuestionaba y rechazaba los efectos terapéuticos del narcoanálisis en la atención de las neurosis de guerra (*battle neurosis*), principal modo de atención ante dicho problema. Este tratamiento consistía en inducir un estado de estupor (descrito como hipnótico) a través de la administración intravenosa de tiopentato de sodio (conocido como pentotal sódico), para evocar el recuerdo y enunciación de los episodios dolorosos del campo de batalla que se mantenían “reprimidos”. Este tratamiento tenía un fundamento psicoanalítico y el uso de dicho fármaco no era por sí mismo terapéutico, sino que facilitaba “hacer consciente lo inconsciente”, vía para la plena recuperación. Pues bien, igualmente que la hipnosis, el narcoanálisis no daba resultados duraderos.

De la mano de esta crítica, era por todos conocido que la psiquiatría rusa no había aceptado nunca las teorías psicoanalíticas por su carácter “espiritual” y su desprecio por los estudios controlados, asunto que llamó la atención de Wolpe quien en 1946 dejaba el ejército para trabajar en el laboratorio con el enfoque de las “neurosis experimentales” desarrollado por Pavlov, lo que lo llevó a explorar la posibilidad de que las neurosis fueran fenómenos surgidos por condicionamiento.

Wolpe (1954) consideraba que los resultados psicoterapéuticos en las neurosis, independientemente de las terapias utilizadas, eran a consecuencia de una inhibición recíproca en las respuestas de ansiedad. Es decir, que éstas eran parcial o completamente inhibidas por la evocación simultánea de respuestas fisiológicamente antagonistas.

Definió las conductas neuróticas como “conductas desadaptativas persistentes aprendidas

en las cuales la ansiedad es casi siempre prominente y las cuales son adquiridas en situaciones ansiogénicas.” (Wolpe, 1954, p. 205). Así, la ansiedad como núcleo, era vista como una serie de patrones de respuesta autónomos, no voluntarios, ante estimulaciones nocivas, las cuales son desadaptativas solamente si el contexto que las evoca no es objetivamente amenazante. La respuesta fisiológica opuesta a la ansiedad sería la relajación.

La teoría de la inhibición recíproca además de ser un modo de comprensión del funcionamiento de los tratamientos psicológicos, sirvió como fundamento para dos psicoterapias específicas. En primer lugar, la Psicoterapia por Inhibición Recíproca, la cual consistía en exponer al individuo de modo gradual a las situaciones que le generaban ansiedad, en un contexto clínico controlado, para desarrollar conductas capaces de inhibir dicha ansiedad. Esta terapia derivaba del enfoque de las neurosis experimentales desarrollado por el psicoanalista experimental Jules Masserman. En segundo lugar, una reformulación, de las muchas que ha habido, de la propiamente llamada Terapia de Conducta, la cual tenía como base los principios de inhibición recíproca acompañados de técnicas *ad hoc* para el desarrollo de respuestas específicas en contextos problemáticos, destacando las técnicas de relajamiento.

Wolpe (1993) señala que el concepto “terapia de conducta” fue utilizado por primera vez por Skinner, Lindsley y Solomon en 1954, como parte de un trabajo que realizaron entre 1953 y 1958 para comprender y tratar la psicosis desde una visión conductual. Reed y Luiselli (2009) afirman que Lindsley había fundado el primer laboratorio para la investigación operante a gran escala en Harvard, en el cual se desarrolló esta investigación sobre la psicosis, y narran que:

Skinner había decidido que el proyecto debía ser llamado “Análisis Experimental de la Conducta de Pacientes Psicóticos”. De hecho, utilizó dicho nombre en la presentación del proyecto ante la Asociación Americana de Psicología. No obstante, Lindsley se había percatado que este frío nombre científico generaba sentimientos negativos sobre el proyecto a los miembros del mismo, los participantes y los cuidadores y personas que atendían a los participantes. Lindsley entonces propuso doce títulos alternativos, los cuales fueron revisados junto con Skinner y en conjunto seleccionaron el nombre “Estudios en Terapia de Conducta” dado que sería percibido de un modo socialmente más apropiado. (Reed & Luiselli, 2009, p. 84)

No obstante, dicho nombre solamente aparecía en los reportes de investigación de este proyecto, el cual consistía en la aplicación de las técnicas de condicionamiento operante utilizadas en el laboratorio con animales no-humanos en personas con psicosis y, posteriormente, en personas con otros padecimientos psicológicos. Rutherford (2003) considera que la labor realizada por

Skinner, Lindsley y Solomon no necesariamente implicaba el planteamiento de una terapia como tal sino el intento de promover los fines del laboratorio que iniciaban como un espacio terapéutico, aunque en realidad sus experimentos sugerían aplicaciones terapéuticas que no fueron desarrolladas por ellos.

Entonces, la propuesta de la desinhibición recíproca daba inicio a una serie de tratamientos conductuales inspirados en los desarrollos fisiológicos de la reflexología rusa y el psicoanálisis experimental; y el asunto del nombre accidentalmente se asocia con las investigaciones de Skinner, Lindsey y Solomon. Cruz (1984) señala una doble genealogía del concepto terapia de conducta, con Lázarus en Sudáfrica en 1958 y con Eysenck en Inglaterra en 1959, teniendo en común el objetivo de aplicar de los conocimientos sobre el aprendizaje obtenidos por la psicología en una terapéutica para la modificación de los hábitos inadaptativos aprendidos.

Eysenck (1964) afirmaba que la terapia de conducta buscaba la transformación de la conducta humana y las emociones en una vía benéfica, teniendo como base las leyes de la teoría del aprendizaje aplicadas, como ha mencionado Yates (1970), a tres categorías del condicionamiento, a saber: el contracondicionamiento, el recondicionamiento positivo y la extinción experimental. En donde Wolpe ponía a la fisiología con un papel explicativo y a la desensibilización sistemática (una técnica de relajación jerárquica y condicionada) como medio de recuperación; Eysenck ponía a las teorías del aprendizaje y como medio de recuperación la exposición gradual, el modelado, la terapia aversiva y el *biofeedback*.

Los acercamientos desde la psicología buscaban entonces el desarrollo de terapias afinadas en sus conocimientos, parte de ese intento, con respecto a la psicoterapia cognitiva, sería el acercamiento entre conductismo y cognitivismo propuesto por Donald Meichenbaum, desarrollado en un texto de 1974 intitulado *Modificación Cognitiva-Conductual un Enfoque Integrador*, buscaba hacer un puente entre las preocupaciones de los que él llamaba “terapeutas cognitivo-semánticos”, como Ellis y Beck, pero también Kelly, Frank y Singer y la terapia de conducta. Esta categorización es sumamente adecuada, ya que las estructuras enunciativas de Ellis y las estructuras cognitivas de Beck son conjuntos de sentido a través de los cuáles una persona se relaciona consigo mismo y su mundo.

Meichenbaum (1974) buscaba transformar la visión que se tenía de “eventos cognitivos”, con referencia particular al “diálogo interno” (*inner speech*) y el papel psicológico de las “imágenes” (representaciones), hacia una visión acorde con la psicología cognitiva naciente, cuya génesis está

en los conductismos mediacionales. Estaba interesado en determinar el papel de tales procesos en la explicación y predicción de las conductas. El enfoque cognitivo-conductual que propone busca hacer “análisis de los procesos de pensamiento involucrados en el desempeño de una tarea, más que solamente hacer evaluaciones de los productos o salidas de dichos desempeños” (Meichenbaum, 1977, p. 13). Al asumir que la conducta es, en parte, producto de procesos de pensamiento, integrará algunos postulados vitales para Ellis y Beck y con el conductismo metodológico, concretando un mentalismo declarado que contrasta con las visiones inferenciales desde la actividad de los organismos.

Considera que en los actos voluntarios el habla tiene una función de guía y/o soporte de la que después se prescinde, como sucede cuando alguien aprende a manejar, los fragmentos de habla sobre las secuencias necesarias para manejar un automóvil, con apego a las necesidades mecánicas y las reglas de conducción, van en detrimento de la adquisición de dichas secuencias, así un conductor experimentado no solamente no requiere tales verbalizaciones, sino que ha automatizado de modo tal las secuencias de acciones que parece no hacer actos conscientes. Esta correlación es interpretada por el autor como una vía de aprendizaje y reforzamiento, de modo tal que todo aprendizaje viene de contingencias externas, de las cuales los fragmentos de habla son garante, para ser posteriormente diálogos internos conscientes y terminar como habilidades aparentemente ajenas al lenguaje y no conscientes, siendo que, una vez adquirida cualquier habilidad parece entorpecida por las autoverbalizaciones que en un momento la reforzaba, a este proceso lo ha llamado entrenamiento autoinstruccional (*self-instructional training*) (Meichenbaum, 1974).

Para Meichenbaum (1974) el entrenamiento autoinstruccional es un fenómeno de adiestramiento activo que en ocasiones propicia modos de conducirse problemáticos que requieren atención psicológica, pero es también la vía para salir de esa situación, dicho fácilmente: un adiestramiento activo a través del entrenamiento autoinstruccional en un entorno terapéutico buscaría corregir conductas, pensamientos y modos de relacionarse adquiridos por entrenamiento autoinstruccional. Este autor mantiene un diálogo amplio y determinante con la psicología del desarrollo soviética, particularmente con Vygotsky y Luria, razón por la cual va a considerar que los patrones de autoinstrucción están condicionados por etapas del desarrollo cognitivo, aunque no lo desarrolla como una tipología por etapas.

El entrenamiento autoinstruccional está relacionado con las teorías del aprendizaje e inicia,

dependiendo de la edad de la persona en quien se quiere desarrollar un repertorio conductual y de pensamiento, por procesos de imitación, esquematización, planificación con objetivos precisos y jerarquización de metas. Meichenbaum (1974) buscaba definir en términos mediacionales los modos en que una u otra actitud o acto conducían, o no, a problemas psicológicos.

En una línea similar, Arnold Lazarus planteó su Terapia de Conducta Multimodal, en la misma década, la cual, igual que con Meichenbaum, no buscaba romper con los planteamientos de Ellis o Beck sino proponer un enfoque integrador, el “enfoque multimodal”, el cual tiene como punto de partida una declaración ontológica con funciones normativas sobre los humanos, como organismos biológicos, para interpretar sus conductas, a saber:

(1) se comportan (actúan y reaccionan), (2) tienen emociones (experimentan respuestas afectivas), (3) sienten (responden a estímulos táctiles, olfativos, gustativos, visuales y auditivos), (4) imaginan (evocan imágenes, sonidos y otros sucesos en nuestro ojo mental), (5) piensan (mantienen creencias, opiniones, valores y actitudes) y (6) interactúan entre sí (disfrutan, toleran o sufren varias relaciones interpersonales). Mediante la referencia de estas siete dimensiones o modalidades discretas pero interactivas Conducta, Afecto, Sensación, Imaginación, Cognición, Interpersonal y Drogas-Biología. (Lazarus, 1999, p. 15)

De esta consideración se deriva que una terapéutica psicológica debía considerar en conjunto esas siete modalidades, de ahí su nombre “Multimodal”, teniendo como punto de partida una evaluación de esas siete modalidades. Baste para mostrar su acercamiento un ejemplo propuesto por Lazarus (1999, p. 17), a saber:

Un paciente que solicite terapia puede inclinarse hacia las siete modalidades en el momento de la recepción. Afecto: “Padezco ansiedad y depresión.” Conducta: “Mis hábitos compulsivos pueden conmigo.” Interpersonal: “Mi esposa y yo no nos arreglamos.” Sensorial: “Sufro dolores de cabeza tensionales y molestias en la mandíbula.” Imaginación: “No puedo librarme de la imagen del funeral de mi abuela y a menudo tengo pesadillas.” Cognitivo: “Sé que me establezco metas irreales para mí mismo y que espero demasiado de los demás, pero parece que no puedo evitarlo.” Biológicas: “Estoy bien siempre que siga tomando litio, pero necesito que alguien controle mis niveles sanguíneos.”

El abordaje, una vez determinados los modos que necesitan ser atendidos, va desde la derivación a médicos u otros especialistas, que deberán afrontar el problema, hasta la aplicación de métodos terapéuticos de distintas índoles, dentro de los cuales siempre propone elegir los de cuño cognitivo, cognitivo-conductual y conductuales.

Plantear una antropología o una psicología normativas de la práctica terapéutica fue un

recurso utilizado por Ellis y Beck, no obstante, ellos mismos lo olvidaron para poner en el centro solamente en la interacción entre actitudes y estado subjetivo. Esta nueva etapa puso de nuevo en el centro un organismo conceptual con un carácter normativo, es decir un organismo formal, no aquel que está en terapia, cuya descripción ha surgido de estudios empíricos en otras áreas, pero sin una función empírica en las terapias. El uso del organismo conceptual se reduce a ser el marco de rasgos que deben ser contrastados por los casos en cuestión para interpretar los problemas que llevan a una persona a consulta. De estas visiones sin duda la de Mahoney destacó por su gran influencia.

Michael J. Mahoney publica en 1974 el trabajo *Cognición y Modificación de Conducta*, en el cual atenderá al llamado de Bandura (1969) para la exploración de los “eventos privados” como necesidad para el desarrollo de una terapéutica cimentada en la fisiología y el pensamiento evolucionista. Considerará que una “conducta cognitiva” es la respuestas privada en un ambiente privado, es decir, una conducta que solamente es percibida por el agente, como son los pensamientos, sentimientos y recuerdos (Mahoney, 1983).

Criticará la modificación de conducta y al conductismo skinneriano, dado que le parecían, erróneamente sin duda, una prolongación de la propuesta teórica del conductismo watsoniano. A diferencia de Beck y Ellis, quienes tienen relaciones directas, positivas y no, con el psicoanálisis, la propuesta de Mahoney es un distanciamiento con ciertos conductismos que, según su evaluación, habrían sido víctimas de la prohibición temprana de considerar fenómenos privados en la investigación psicológica. Su propuesta era vista por él mismo como un enriquecimiento del conductismo.

Mahoney (1983) no presta especial atención a las emociones ni a las conductas cognitivas como tipos conductuales específicos (como podrían ser también inteligencia, razón, sensibilidad, deseo, u otro similar), no hace ningún tipo de caracterización de las conductas acorde con categorías populares, ya que lo que le interesa es la forma en que se puede describir la conducta con miras a intervenir en ella y modificarla.

Valorará su linaje conductista de forma ambivalente. En un primero momento, hace una crítica al “conductismo metafísico”, el cual se caracterizaría por: (1) negar la existencia de la mente y los estados mentales; (2) reduce la experiencia a secreciones glandulares y movimientos musculares; (3) Las influencias ambientales son suficientes para determinar la conducta; (4) los fenómenos encubiertos (procesos conscientes) están más allá de la investigación científica.

Para Mahoney (1983) es Watson el defensor de este conductismo, que es, según considera, heredero del materialismo monista hobbesiano y una forma de fisicalismo y mecanicismo que le parecen ingenuos y reprobables. Interesante es que al medir la herencia de Skinner lo conecte con el conductismo metafísico dada su renuencia a pensar “la mente” como algo diferente a procesos físico-biológicos. Pero también a Watson imputa la paternidad del “conductismo metodológico”, el cual se apega a la “observabilidad” como criterio de accesibilidad científica: solamente aquellos fenómenos observables de manera objetiva serán insumos de la ciencia psicológica. Y afirma: “Desde el punto de vista filosófico, la mayoría de los conductismos metodológicos incorporan grados variables de operacionalismo, positivismo lógico, “falsacionismo”, análisis lingüístico y pragmatismo” (Mahoney, 1983, p. 27).

Estos rasgos incorporados no son vistos de modo favorable por Mahoney (1983), quien suscribe la crítica radical al empirismo, al positivismo y a la modernidad, por “incuestionables”. Le parece reprochable que haya un “determinismo macroscópico” (las relaciones sistemáticas como caracterizadoras de los eventos); énfasis en lo observable y un operacionalismo pragmático determinado por la confiabilidad; énfasis en la falsificabilidad de los enunciados hipotéticos; énfasis en la experimentación controlada como fuente de conocimiento y medio de refinamiento del conocimiento; la valoración de la repetición independiente y la universalidad.

Las críticas de Mahoney (1983) son claramente derivadas de la visión de ciencia que suscribe, no obstante, le parece que las convicciones del conductismo metodológico son evidentemente erróneas y propias de una filosofía de la ciencia “antigua”. Incluso hace uso de una metáfora política con la que divide conservadores y liberales para hablar de conductistas “de derecha”, refiriéndose a aquellos mayormente comprometidos con el conductismo metafísico y reacios a aceptar cualquier variable inferida, análisis estadístico o investigación grupal; frente a los conductistas “de izquierda” quienes son flexibles al considerar variables inferidas y hacer uso de distintas metodologías. Del lado extremo conservador coloca a Skinner, con su punto de vista operante, del lado extremo liberal, él mismo, con su visión inferencial de los procesos mediacionales. Cabe decir que su autopercepción quijotesca siempre fue en aumento.

Una variable mediacional es un factor inferido para relacionar un estímulo con una respuesta. La mediación no siempre es mental, diferencia fundamental con Ellis y Beck, dado que los procesos fisiológicos podrían ser utilizados para dicha explicación (mediacionismo estructural), teniendo un carácter de constructo hipotético; pero también habría “variables intervinientes” que no

son potencialmente observables y tienen una función conceptual o descriptiva en la mediación, así “un constructo hipotético no es observado, en tanto que una variable interviniente no es observable” (Mahoney, 1983, p. 32).

Pues bien, Mahoney (1983) propone que se abandonen las variables intervinientes de tipo teórico en pro de las de tipo empírico. Para ello propone se tenga en cuenta el siguiente caso del tipo Estímulo – Respuesta para dilucidar las inferencias justificadas:

	Estímulo A	Respuesta A
Caso 1		
	Estímulo A	Respuesta B

En este caso, una serie de variables intervinientes podrían explicar esta diferencia, ya sea por la opacidad del estímulo, por la atención selectiva, por las capacidades diferenciales del organismo debidas a distintos factores. Considérese ahora el siguiente caso:

	Estímulo A	Respuesta A
Caso 2		
	Estímulo B	Respuesta A

En este caso, se considera que algo ha igualado los estímulos. Este algo puede ser igualmente propio del organismo, o bien propio del ambiente. Habría un par de casos más, a saber:

Caso 3	(Estímulo no observado)	Respuesta A
Caso 4	Estímulo A	(No hay respuesta observada)

Se postula en el Caso 3 un estímulo implícito, el cual tiene un carácter de variable interviniente; mientras en el Caso 4, se suele postular una respuesta o bien la negación como una respuesta con carácter oculto, por lo cual se recurre a una variable interviniente. Estas respuestas se ligan a los sujetos, de modo tal que regularmente son postuladas “inferencias intrasujeto”, como los

factores de personalidad e “inferencias intersujeto”, como la inteligencia o los factores disposicionales. De acuerdo con Mahoney (1983), esta visión no niega la mediación estructural, sino que señala la conveniencia epistémica de las inferencias ahí donde lo estructural no sea óptimo para brindar soporte, ahí donde se han violado las “regularidades de la naturaleza”. Es por eso que las inferencias de carácter teórico *a priori* no tienen gran sentido, tal como decir, por ejemplo, que entre el *input* y el *output* hay distintas formas de solucionar el complejo de Edipo, así:

El único criterio para justificar una inferencia empírica es pragmático. *Una inferencia está justificada si, y sólo si, aumenta la precisión predictiva o amplitud conceptual.* En la medida en que un supuesto elemento pueda mostrarse útil en la predicción, control o comprensión de relaciones sistemáticas, es entonces lógicamente apropiado (Mahoney, 1983, p. 45).

Teniendo como base el uso de variables intervinientes, su propuesta de modificación de conducta (terapéutica para homologar la cuestión) se basa en lo que llamó “Modelo Cognoscitivo de Aprendizaje”, que capitaliza la utilidad de la inferencia en la predicción de fenómenos y no en la explicación de los ya ocurridos. Interesante es que, al igual que Lazarus (1999), tiene como punto de partida un organismo conceptual normativo, en el cual hay una tendencia hacia el vocabulario biológico adaptacionista, una novedad que será fundamento del modelo y que rompe radicalmente con el cognitivismo clínico. Nos dice:

...el hombre se considera como un organismo complejo capaz de una gran adaptación; se encuentra en una permanente relación de reciprocidad con su medio, una relación que podría considerarse análoga a un sistema cibernético de retroalimentación. Los cambios de la conducta se encuentran bajo la influencia del estado fisiológico actual del organismo, su historia pasada de aprendizaje, la situación ambiental existente y una variedad de procesos cognoscitivos interdependiente (p. Ej., atención selectiva, consecuencias anticipadas, etc.). Parte de la sorprendente complejidad del hombre, se deriva de su amplia diferenciación evolutiva. Tres sistemas nerviosos interdependientes (central, somático y autónomo) afectan la actividad adaptativa del organismo. Bajo muchas circunstancias, el sistema nervioso autónomo –que es el más estrechamente relacionado con las funciones básicas vitales– parece controlar y dominar las acciones del hombre. Sin embargo, sabemos actualmente que los tres sistemas interactúan en forma compleja y recíproca (Mahoney, 1983, pp. 159–160).

Este punto de partida parece ser una descripción objetiva de lo que es el humano de acuerdo con distintos niveles y tipos de acercamiento; no obstante, sostenemos, es una declaración con función prescriptiva sobre qué debe ser el humano, dónde debe hallar sus insumos la psicología

clínica, qué preguntas debe responder y qué preocupaciones debe atender, y no propiamente una visión descriptiva que deba ser revisada constantemente para su rectificación y adecuación de aquellos desarrollos que enraícen en ella. Mientras Ellis y Beck tenían como punto de partida una visión global del humano cimentada en una serie de convicciones psicológicas populares sobre la mente, acertadas o no, para normar la conducta de los pacientes, Mahoney hacia algo muy similar teniendo de base un organismo conceptual.

Para Mahoney (1983) su “modelo cognoscitivo de aprendizaje” es una integración de los enfoques cognitivos en psicoterapia, principalmente el de Ellis y Kanfer, y de las “teorías formalizadas” conductistas, de Bandura y Bem. Pero no solamente eso, sino que tiene como fundamento una perspectiva evolutiva particular en su ontología fundamental, a saber: el humano es “un elemento activo en su propio crecimiento y desarrollo, [...] un organismo tanto controlado como controlador, un producto y un productor de fuerzas ambientales.” (Mahoney, 1983, p. 160)

Diremos que lo que va a poner Mahoney en juego es un modelo normativo de distintas funciones del organismo que condicionan los comportamientos, de modo tal que su mera estipulación y consideración es clave para la comprensión e intervención de los problemas psicológicos. Ahí donde Ellis y Beck ponían un modelo normativo de la actividad mental, él pone un organismo conceptual entendido como un sistema de resultados dinámicos y no como una estructura fisiológica real que experimenta cambios bioquímicos.

El organismo conceptual propuesto por Mahoney, no es el organismo respondiente que le interesa al etólogo o al psicólogo experimental, sino el que ha resultado de una serie de descripciones teóricas, principalmente de cuño filosófico, utilizando un lenguaje biológico y fisiológico, volcado hacia la mente vista como producto adaptativo. Es decir, en ese organismo conceptual la adaptación y otros procesos biológicos operan sobre la mente y luego sobre la conducta, el cual tiene los siguientes atributos:

- Es complejo por su amplia diferenciación evolutiva y su estructura nerviosa compuesta por tres sistemas nerviosos interdependientes (central, somático y autónomo) que afectan la vida adaptativa del organismo. El sistema nervioso autónomo controla y domina sus acciones.
- Un elemento activo en su propio crecimiento y desarrollo que “es un organismo tanto controlado como controlador, un producto y un productor de fuerzas ambientales. La permanente secuencia de sus experiencias no se graba pasivamente en una *tabula*

rasa. Los 'datos brutos' de la experiencia se filtran, transforman, categorizan y almacenan (Mahoney, 1983, p. 160).

- En este organismo el aprendizaje es inducido por la experiencia de relaciones sistemáticas, directas o vicarias, así como por procesos simbólicos en donde distintos factores motivacionales inciden.
- Su capacidad de aprendizaje tiene valor de supervivencia, ya que “es claro que utilizamos la memoria y los procesos de pensamiento para a) mediar intervalos temporales, b) imponer regularidades a la experiencia, c) anticipar la consecuencia de nuestras acciones, y d) economizar esfuerzos en la solución de problemas. [...] imponemos una organización sobre la experiencia que facilita tanto su aprendizaje como su retención.” (Mahoney, 1983, p. 160)
- No obstante, “en algunas formas, el organismo pensante puede ser su peor enemigo. Nuestras representaciones simbólicas de la realidad son frecuentemente ingenuas e imprecisas.” (Mahoney, 1983, p. 160)
- “El organismo responde ante un mundo selectivamente filtrado. [...] Nos encontramos permanentemente bombardeados por muchos más estímulos de los que recibe nuestra atención.” (Mahoney, 1983, p. 161)
- “Las contingencias cognoscitivas desempeñan una clara función adaptativa. Sin embargo, su “valor de supervivencia” se encuentra moderado por la precisión con que reflejan las relaciones del mundo real” (Mahoney, 1983, p. 175).

Pues bien, estos atributos, que son supuestos básicos esenciales, condicionan la mediación que existe entre organismo y ambiente, propios de la mente del organismo conceptual, es decir su base de posibilidad para la interacción con un ambiente al que, como afirman, no responde de manera indiscriminada sino tras ciertas mediaciones que resultan de la combinación de rasgos biológicos adaptativamente determinados y la concatenación de las experiencias cotidianas.

Las mediaciones son las fuentes principales de los cambios conductuales y son de cuatro tipos, a saber: (1) factores atencionales (perceptuales); (2) procesos relacionales; (3) rasgos del repertorio de respuestas; (4) retroalimentación experiencial. En los problemas psicológicos existen “mediaciones disfuncionales” de alguno o varios de estos tipos, de modo que mientras para Ellis y Beck la principal fuente de la conducta era la cognición, para Mahoney (1983) hay mediaciones de distintas naturalezas que actúan de modos distintos, las cuales serán descritas a continuación.

Los *factores atencionales* son aquellas condiciones que nos conducen a discriminar y seleccionar en una situación los elementos de mayor importancia y descartar aquellos de menor, en donde dicha importancia no es universal ni está determinada por factores lógicos o racionales, sino por el modo en que interactúa con los otros elementos, por ejemplo, en situaciones de dolor, factores atencionales como la distracción mediante imágenes agradables reduce considerablemente la propia sensación de dolor. Así:

el sujeto tiende selectivamente a determinados estímulos específicos y evoca un subconjunto organizado (y sesgado) de posibles opciones de respuesta. [...] [De modo que] los factores perceptuales-mediacionales se encuentran ampliamente involucrados en los resultados terapéuticos de muchas estrategias conductuales de tratamiento [...] [debido a que] desde el aspecto 'adaptativo', la selectividad en el procesamiento de información parece facilitar la capacidad del sujeto para resistir la estimulación dolorosa, la 'tentación' y optimizar los logros terapéuticos. (Mahoney, 1983, pp. 165–166)

Las limitaciones y condicionantes adaptativas para el procesamiento de información que conducen a sesgos fundamentales e inevitables, son las mismas que permiten la superación de los problemas psicológicos debido a la discriminación de otros factores. Los problemas o trastornos psicológicos son causados por "patrones maladaptativos", tales como: (1) *inatención selectiva*, la cual se entiende como ignorar los estímulos de ejecución relevantes a pesar de que las señales ambientales sean adecuadas; (2) *percepción errónea*, la cual consiste en prestar atención a los estímulos pero clasificarlos inadecuadamente, como el paciente anoréxico que se percibe obeso, patrón que no cede ante evidencias objetivas del estado de las cosas; (3) *focalización maladaptativa*, la cual se da cuando un sujeto atiende estímulos externos irrelevantes e incluso nocivos para sí mismo y sus acciones, como en la impulsividad; (4) *autoactivación maladaptativa*, la cual se da cuando el propio organismo genera estímulos privados (internos) irrelevantes y/o que afectan la ejecución de ciertos actos, como en el caso de la autoactivación simbólica en donde ante la oscuridad, si hay una historia de temor con respecto a ella, el propio organismo genera ilusiones terroríficas (Mahoney, 1983).

Los *procesos relacionales*, tienen un carácter mediacional debido a que una señal que ha sido registrada en el "computador metafórico", como lo llama el autor, es procesada de modo condicionado por varios factores, entre los cuales las comparaciones y formas de relacionar un contenido con otros son vitales a dicho procesamiento. Estas disfunciones mediacionales las considera un "error de programa" o "disfunción programática", entendida como problemas en el

procesamiento de información (Mahoney, 1983). Dentro de estas disfunciones se encuentran: (1) *errores de clasificación* o categoriales, por ejemplo, presenciar un gesto de desagrado y asumir que es por nuestra presencia sin considerar que en el contexto había factores que la mayoría catalogaría de desagradables. Otro ejemplo notable es el pensamiento dicotómico, en donde las cosas se categorizan de modos totalizantes como buenas o malas, propias o ajenas, fuertes o débiles, entre otras dicotomías; (2) *errores de comparación*, dado que “el homo sapiens es un organismo evaluador” (Mahoney, 1983, p. 169), utiliza referentes sociales (vicarios) dominantes para evaluar acontecimientos en comparación con otros, deviniendo un proceso maladaptativo cuando esas comparaciones son inadecuadas o bien sus consecuencias son apabullantes; (3) *deficiencias retencionales*, las cuales son problemas para evocar éxitos y errores pasados para modular conductas actuales, debido a un almacenamiento inadecuado de los estímulos y la información del contexto, de los elementos que constituyen una respuesta y de distintos rasgos consecuentes a estas deficiencias; (4) *errores inferenciales*, los cuales son regularmente resultado de una información precaria u opaca o bien de problemas adaptativos del propio procesador (el organismo) y conducen a predicciones y expectativas erróneas.

Los *rasgos de repertorio de respuestas* con carácter mediacional son entendidos como los repertorios de respuestas que regularmente da un organismo ante situaciones dadas, los cuales, si son deficientes, conducen a conductas inadecuadas. Afirma Mahoney (1983) que las operaciones de búsqueda, almacenamiento y recuperación de información, condicionan los modos en que se seleccionan, ejecutan y evalúan distintos planes de acción.

Por último, la *retroalimentación experiencial* es mediacional porque está relacionada con los factores motivacionales, dado que las consecuencias de una conducta están en la base de las posibilidades de ejecución de conductas similares en momentos similares, siendo así que si una conducta maladaptativa, que forma parte de un conjunto de experiencias maladaptativas, es retroalimentada de modo positivo, entonces se mantendrá. Las fuentes de esta retroalimentación son el ambiente (material y cultural) y el organismo mismo, y pueden ser materiales o simbólicos, e incluso pueden ser voluntarios e involuntarios, dado que el retroalimentador que tiene un papel reforzador no determina dicho carácter reforzador, quien lo hace es la interacción de los factores mediacionales (Mahoney, 1983).

Es importante decir que el modelo de procesamiento de información que le proporciona la terminología y explicaciones tomadas “de forma metafórica” viene de la cibernética y la computación,

por lo cual es casi exclusivamente inferencial y apunta a secuencias molares complejas y procesos de respuesta organizados, dado que la relación entre organismo y ambiente es posible por los factores mediacionales, en donde “la evidencia proviene de los campos de la fisiología, antropología, filosofía y epistemología” (Mahoney, 1983, p. 184). Esto obedeciendo a la clásica e incuestionada afirmación de que la psicoterapia es una técnica, una aplicación de principios, descubrimientos y desarrollos de otras disciplinas, principalmente la psicología pero, como ya se ha visto, también de las neurociencias, la fisiología, la biología, e incluso la física y la química.

A nivel terapéutico no propondrá una terapia como tal, sino que reinterpretará las terapias cognitivas desde los principios fundamentales de su organismo conceptual, de modo que en esta reinterpretación afirmará, por ejemplo, que el modelo de Ellis sostiene que sentimientos maladaptativos son el resultado de pensamientos, evaluaciones, interpretaciones y filosofías de vida maladaptativas, siendo ésta una novedad y una ruptura conceptual, dado que el uso del concepto maladaptación en un sentido biológico no tiene precedentes en el cognitivismo clínico y no fue usado por Ellis, aunque sí es un concepto con una historia clara en el conductismo. Del mismo modo que Mahoney ha usado metafóricamente conceptos desarrollados por la cibernética y la computación, utilizará conceptos biológicos, aunque no necesariamente en sentido metafórico.

Las tipologías de creencias irracionales y esquemas cognitivos propuestas por Ellis, Beck y Lázarus, están relacionadas con las “disfunciones mediacionales” y los “patrones maladaptativos” que él propone, es decir, inatención selectiva, percepción errónea, focalización maladaptativa y autoactivación maladaptativa. Así las conductas, incluso cognitivas, que son inadecuadas en su ejecución y generan “malestar subjetivo” son “resultado de deficiencias en el procesamiento de la información. El mundo es percibido erróneamente o bien interpelado de forma equivocada.” (Mahoney, 1983, p. 190).

Mahoney (1983) propondrá utilizar procesos de reestructuración basados en la normativización de las ejecuciones cognitivas derivadas a través de modelos de intervención. Uno de esos modelos, el principal, de carácter mnemotécnico, es el modelo RDEPP, en donde cada letra significa:

- R.** Reconocimiento de la sensación de malestar (tristeza, ira, ansiedad, entre otras).
- D.** Discriminación de los eventos privados ocurridos (repetición encubierta instantánea).
- E.** Evaluación de las bases lógicas y la función adaptativa de los pensamientos.
- P.** Presentación de alternativas surgidas de un monólogo interno.

P. Pensar en la recompensa adecuada para la ejecución de esta secuencia.

Este modelo ha de ser utilizado para analizar pensamientos y acciones específicos en el pasado, o bien como estrategia paralela o inmediatamente posterior a aquellas situaciones que generen sensaciones de malestar. Posteriormente, da una revisión al “entrenamiento autoinstruccional”, propuesto por Meichenbaum, pero no es por ahora relevante analizar su postura.

Hasta aquí además del organismo conceptual y los principios normativos de Mahoney, no hay gran diferencia, sino agregados, a las propuestas clásicas del cognitivismo, no obstante, en su labor interpretativa va a “validar” estas propuestas, incluida la suya, por criterios fisiológicos y no por criterios conductuales.

Rimm y Litvak (1969) son citados por Mahoney (1983) para afirmar que pensamientos, imágenes y deficiencias mediacionales (todos “eventos simbólicos”), en su forma de “autodeclaraciones negativas” conformadas por un evento observado, una inferencia y una conclusión autoevaluativa, causan una excitación fisiológica generalizada que puede ser vista como “excitación emocional” (*emotional arousal*). Ha esta conclusión llegaron a través de un experimento en el cual mostraron 800 diapositivas con las cuales relacionaron acciones y pensamientos propios y se midió la tasa de respiración, así como la respuesta galvánica de la piel, mostrando similitudes con las mismas respuestas en situaciones de miedo, ansiedad y otros tipos, pero, ¿qué comprueba realmente esto? Pues que hay una correlación entre manifestar ideas valorativas sobre sí mismo y respuestas fisiológicas similares a las que se tienen cuando se está emocionado, pero esto no necesariamente comprueba el control de los eventos simbólicos sobre la conducta, o no de modo más firme que lo que desde la psicología popular se supone.

No obstante, a pesar de los elogios al cognitivismo que le antecede, Mahoney (1983) considera que la reestructuración cognitiva y la autoinstrucción deben ser completados por las siguientes estrategias:

1. *Entrenamiento en habilidades de superación*: el cual consiste en desarrollar habilidades adaptativas que permitan afrontar de modo competente desafíos que generen ansiedad, tristeza u otro sentimiento o malestar, a través de estrategias generalizables para dichas situaciones, como bien puede ser la desensibilización, el desarrollo de autodeclaraciones destinadas a la superación, el establecimiento sistemático de metas, entre otras.
2. *Solución de problemas*: entendido como un fenómeno mediacional o un módulo de

procesamiento con una función adaptativa, se refiere a

3. *Atribución*: considerar una serie de rasgos y posibles acciones de los demás de modo tal que las relaciones que se tienden con tales personas están mediadas por tales atribuciones.

Es claro que en Mahoney no hay un interés frontal por conocer o describir los fenómenos mediacionales, cosa imposible a no ser a través de inferencias comportamentales, lo que hace es suponer disfunciones mediacionales acorde con la tipología expuesta para, posteriormente, mostrar cómo cada disfunción mediacional afecta al mundo privado del aquejado, por lo demás único mundo para los humanos dado que habita sus interpretaciones y no el mundo real. Esto es derivado de su postura epistemológica constructivista, en donde supone que:

...los seres humanos no observan pasivamente alguna “realidad verdadera”. Por el contrario, cada individuo construye activamente su propia realidad privada, atendiendo selectivamente a un porcentaje muy pequeño de la estimulación presente y organizando esta entrada selectiva de estimulación según un sistema complejo de reglas. (Mahoney, 1983, p. 26)

Con el nacimiento de este enfoque constructivista, en el cognitivismo clínico se instalarán los discursos de tono biológico y fisiológico con un marcado toque adaptacionista. Este constructivismo se plantea como una oposición al realismo ingenuo y apela a un “realismo crítico”, entendido como “un proceso de indagación falible, pero regulado por la búsqueda de la verdad” (Feixas & Villegas, 2000, p. 15).

Es un lugar común que las posturas de autores cercanos a la psicología del conocimiento y a la biología como Piaget, Vygotski o Maturana son autodenominados o denominados por otros como “constructivistas”, pero igualmente que, con la relación entre psicología cognitiva y cognitivismo clínico, hay relaciones entre ambos constructivismos y particularidades e incluso diferencias importantes que apuntan a una autonomía innegable del constructivismo en psicología clínica.

El cognitivismo semántico, representado por Ellis y Beck, no precisaba de una “psicología de base” más allá de esa consideración cognitiva central, y casi única, de que los esquemas cognitivos condicionan de modo tal el comportamiento que intervenir en ellos es un factor de recuperación importante ante problemas psicológicos, signifique eso lo que signifique. Además, como se dijo, había en ellos cierta confianza en que no había contradicciones más que menores entre las distintas psicologías de la época y que en todo caso el problema era sobre los distintos “niveles” en que se

enfocaban, siendo el psicoanálisis un método de comprensión profunda, el conductismo una técnica para el cambio conductual y el cognitivismo una vía para el cambio de ideas y cosmovisiones personales; incluso confiarán estos autores, conforme sus propuestas fueron reconocidas y procuradas con el tiempo, que las suyas son terapias integradoras.

No obstante, los cognitivistas semánticos marcaron una agenda de investigación que al ser retomada, muy rápidamente por cierto, por Meichenbaum y Mahoney, provenientes del conductismo, fue habilitada desde perspectivas que ya no consideraban la idílica integración entre perspectivas como la solución más viable para la atención de los problemas psicológicos, sino que entre esa perspectiva y las otras reinará la hostilidad. Pero aún en este cambio, que inauguraré una tradición así llamada constructivista, habías notables diferencias en los puntos de partida.

Meichenbaum, con apego a las teorías del aprendizaje y a la terapia de conducta, se limitó a hacer uso de factores cognitivos intervinientes por sus efectos favorables en la modificación de conducta; mientras Mahoney, trato de crear una ontología fundamental del organismo haciendo uso de conceptos provenientes de las ciencias informáticas y de la computación, la biología evolutiva, la fisiología y otros campos para sostener la existencia de ciertas entidades cognitivas (estructuras mediacionales) que permitían los comportamientos, de modo tal que suponiendo el funcionamiento de dichas estructuras podrían comprenderse e incluso predecirse las conductas de las personas.

Desde esta breve exposición de las distintas visiones al interior del cognitivismo clínico, diremos que Mahoney es padre del cognitivismo clínico psicoevolucionista, aunque si bien él no integrará neurociencias psicodinámicas en sus explicaciones, sí abre la puerta a la búsqueda del origen y las causas de los problemas psicológicos en los procesos mediacionales que ha estipulado desde esa vía biológica. La idea de “deficiencia mediacional” que propone, está en la base de los modelos patologizantes de los problemas conductuales que la terapia de conducta en la época no asumía, ni mucho menos el psicoanálisis, pero tampoco la Terapia Racional Emotiva ni la Psicoterapia Cognitiva.

En el cognitivismo clínico temprano, el cognitivismo semántico, los esquemas cognitivos son conjuntos de pensamientos que condicionan acciones e ideas de modo tal que sostienen pautas interactivas recurrentes; en el modelo de aprendizaje cognoscitivo de Mahoney, los procesos mediacionales son estructuras que procesan información de distintos modos a los cuales se ha arribado por adaptación (no se sabe si filogenética, no se aventuró a suponerlo); pero en el cognitivismo clínico psicoevolucionista, que surge con la integración del constructivismo y

neurociencias psicodinámicas, existe una especie de “estructura emocional” que está determinada por la adaptación de distintos rasgos cognitivos y emociones, así como, en menor medida, por el moldeamiento de dichos rasgos.

En todos los autores del cognitivismo clínico el sujeto atraviesa un trastorno o problema psicológico, tiende al error y al malestar, debido a disfunciones cognitivas o mediacionales, las cuales tienen una pluralidad de orígenes, entre los cuales están los efectivamente fisiológicos y los conceptualmente fisiológicos, a todos se ha llegado por inferencias. Pero, en el cognitivismo clínico evolucionista, que se parece ser que el entorno de ese sujeto, o si se quiere organismo, es solamente pretexto para echar a andar sus más elevadas fantasías producidas por tendencias y esquemas ubicuos de los cuales su historización tiene valor comprensivo mas no terapéutico. Pero este ha sido solamente el inicio de esta tradición, en el siguiente capítulo se expone sistemáticamente.

Tal como ha mencionado Froján (2011), los terapeutas cognitivos trabajan con verbalizaciones que se modifican a través del debate, tras la confianza de que un cambio en las verbalizaciones es fruto de un cambio en las cogniciones; esto vale para los terapeutas del cognitivismo semántico, los cognitivo conductuales y los del naciente constructivismo, antesala del cognitivismo clínico psicoevolucionista; por lo tanto estas visiones teóricas se confirman como intentos independientes para comprender un tipo de interacción llamada terapéutica. En el siguiente capítulo se expone el cognitivismo clínico psicoevolucionista y los modos en que cambió la comprensión de los problemas psicológicos, su abordaje y el funcionamiento de las terapias propuestas por los cognitivistas clínicos.

2. El cognitivismo clínico psicoevolucionista y el giro emocional en psicoterapia

2.1. Darwin, emociones, psicopatología y evolución

Charles Darwin planteó, en 1872, un modelo explicativo que relaciona emociones, procesos intelectuales y psicopatología mediante el uso de conceptos y teorías biológicas desarrolladas por él mismo y otros estudiosos de la época. *La Expresión de las Emociones en los Animales y en los Hombres*, contiene una teoría sobre el papel de los sentimientos y emociones en la conformación del sentido moral desde una visión comparativa. Dicha teoría ha sido referente para las discusiones en torno a las emociones que se han dado en la biología, la psicología, la fisiología y otros ámbitos contemporáneos.

Para Darwin (1872) una emoción es fuerza nerviosa (sentimiento) que ha sobrepasado cierto límite para devenir acción. Es decir, la emoción es sentimiento expresado. Esta idea, que retoma de Spencer, se ejemplifica del siguiente modo:

Quando el miedo es fuerte encuentra su expresión en gritos, en esfuerzos para esconderse o escapar, en palpitaciones y temblores [...] Las pasiones destructivas se manifiestan en una tensión general del sistema muscular, en hacer crujir los dientes y sacar las garras, en dilatar los ojos y las aletas de la nariz, en gruñidos. Todos ellos son los aspectos más suaves que acompañan al hecho de matar una presa. (citado en Darwin, 1872, p. 41)

Desde esta mirada, extrae lo que cataloga como la ley más importante de la expresión, a saber: “un exceso de fuerza nerviosa no dirigida por algún motivo concreto tomará sin duda, en primer lugar, las rutas más habituales; y si éstas no son suficientes, el resto se desbordará por las menos habituales” (Darwin, 1872, p. 41).

Dicha ley, replanteada positivamente, podría decir que: el sentimiento (fuerza nerviosa) al exceder cierto límite se expresa (se convierte en acción corpórea) mediante las vías habituales de expresión relacionadas con el objeto o situación que ha causado ese exceso, pero si dichas vías son insuficientes con respecto al monto de sentimiento, o están obturadas, entonces se desbordará por otras vías.

La fuerza nerviosa, sin cualidades, cuando es expresada de algún modo cualitativamente diferenciable ha sido porque la relación entre organismo y estímulo (objeto o situación propia del organismo o del ambiente que lo rodea) que ha causado esa elevación caracteriza cualitativamente la expresión. La persistencia de una u otra vía expresiva se convierte en una condición morfológica que permite que en las expresiones puedan identificarse patrones similares tales que permitan hablar de clases de emociones, tales como el júbilo, la pena, el miedo, entre otras.

Entonces, las expresiones no están relacionadas con una propiedad cualitativa de cada emoción, son el resultado de los lentos cambios evolutivos ejercidos sobre la morfología. Los músculos faciales, principales componentes de la expresión, tienen distintos usos, y asumiendo que no hay en el hombre ningún tipo de superioridad expresiva, entonces: “aquel que admite en líneas generales que las estructura y los hábitos de los animales se han desarrollado gradualmente, enfocará el tema global de la expresión con una perspectiva nueva e interesante” (Darwin, 1984, p. 44).

Las expresiones y gestos son involuntarios, en hombre y animales, y surgen bajo la influencia de emociones y sensaciones. Al referir esto, aclara: “El Sr. Herbert Spencer estableció una distinción clara entre emociones y sensaciones, siendo las últimas “generadas en nuestra estructura corporal”. Clasifica en los sentimientos tanto a las emociones como a las sensaciones (Darwin, 1984, p. 368). Tras esto afirma que cualquier movimiento, si surge relacionado con el sentimiento, sirve a la expresión, dado que éste es el componente necesario de las emociones y de las sensaciones, su carácter diferencial es que: (a) las sensaciones son generadas por la estructura corporal, por el sentido específico utilizado por cada sensación, sea la visión, el tacto, el gusto, el olfato o el oído; (b) las emociones son determinadas por el modo en que la fuerza nerviosa se decanta en una acción.

Entonces, las relaciones entre organismo y ambiente condicionan los destinos expresivos de la fuerza nerviosa y, por habituación, dichos destinos se establecen y son heredados, formando parte de la morfología con lo cual condicionan, a nivel de especie, los destinos de dicha fuerza. Varios sucesos en la vida pueden modificar los destinos de la fuerza nerviosa y eventualmente impactar linajes específicos que, en el caso de los humanos, más que relacionarse con la especie estarían relacionados con la progenie de aquellos en que estos destinos de la fuerza nerviosa han tomado vías distintas, pudiéndose eventualmente establecer como rasgo de especie por la prevalencia de este linaje sobre otros.

De acuerdo con lo anterior, hay dos formas de estudiar la expresión de las emociones. La primera es para comprender la morfología y funciones actuales (ontogenéticas) específicas de las distintas clases de expresiones emocionales; y la segunda es comprender cómo llegó a adquirir tal morfología y funciones un organismo o especie determinados (filogenética). En concordancia con la primera vía, Darwin (1984) propone tres principios de la expresión, que son:

- 1) *Principio de los hábitos útiles asociados*: Hay sensaciones, deseos, motivaciones, objetivos, etc., que son aliviados o satisfechos, directa o indirectamente, a través de

acciones complejas bajo ciertos estados de la mente. Por la fuerza del hábito, cada que se presente el mismo estado de ánimo, se utilizarán las mismas acciones complejas por la fuerza del hábito, aunque en ese momento no tenga ninguna utilidad.

- 2) *Principio de la antítesis*: la relación entre acción y estado de la mente mediada por el hábito, cuando es útil, es tal que, si se provoca un estado de ánimo directamente opuesto, entonces surgen acciones también directamente opuestas, pudiendo ser útiles o no.
- 3) *Principio de las acciones debidas a la constitución del sistema nervioso, con total independencia de la voluntad y en cierta medida independientes también del hábito o De acción directa del sistema nervioso*: la excitación intensa del sensorio genera un exceso de fuerza nerviosa que se transmite por vías de conexión de células nerviosas determinadas por el hábito. O bien esa excitación intensa puede interrumpir el flujo de fuerza nerviosa por esas vías de conexión.

Ya que el carácter particular de la emoción está dado por la expresión, el hábito conforma los caminos del sentimiento desde los estados de la mente hasta la acción, de modo que existen distintas expresiones asociadas con distintas emociones, o bien distintas expresiones asociadas a una misma emoción. Sin la expresión no hay una emoción, sino simplemente sentimiento.

Este nexo, construido por la fuerza del hábito, puede ser sometido por la voluntad con el fin de reprimir la acción, no obstante, hay músculos que no están sometidos a la fuerza de la voluntad, lo cual genera una expresión no habitual pero que, igualmente, es una expresión emocional, y no una excepción a los tres principios, ya que es consecuente con la ley de la expresión tomada de Spencer (Darwin, 1984).

Debido a la fuerza del hábito, los movimientos más comunes se realizan con poco o nulo esfuerzo. Para dar cuenta de este hecho, recurre a una hipótesis en la que la vida de un individuo es determinante:

“el poder de conducción de las fibras nerviosas aumenta en función de la frecuencia con que son excitadas” [Müller, 1842, p. 939]. Esto se aplica tanto a los nervios del movimiento y la sensibilidad como a aquellos que tienen que ver con el acto de pensar. Caben pocas dudas de que se produzca algún cambio físico en las células nerviosas o los nervios que se usan con frecuencia, pues de lo contrario sería imposible comprender cómo puede heredarse la tendencia a adquirir ciertos

movimientos. (Darwin, 1984, p. 66)

La modificación morfológica nerviosa, como resultado del hábito, es usada como sustento de su teoría de la heredabilidad de la tendencia a la virtud, de la heredabilidad de la susceptibilidad para adquirir ciertos movimientos y de la heredabilidad de los estados mórbidos.

La frecuencia en la excitación genera cambios morfológicos, pero ciertos movimientos musculares son en cierto grado inmunes a la acción del hábito y la voluntad generarían acciones que no obedecen al *Principio de los hábitos útiles*. Müller (1842) consideraba que en los animales había dos tipos de movimientos, uno llamado “movimiento del tejido celular”, provocado por la acción del sistema nervioso sobre las células, tomando como ejemplo la contracción escrotal como la acción nerviosa sobre el dartos; y el “movimiento muscular”, el cual se da por la interacción entre el tejido contráctil que forma los músculos, la sangre y los nervios. En esta relación los nervios tienen dos funciones:

1. La propiedad contráctil o contractibilidad del tejido muscular que está dada por la íntima relación entre la acción nerviosa y la irrigación sanguínea, ya que para Müller (1842) la función cardíaca y de tránsito sanguíneo no podría entenderse como independiente de la influencia del sistema nervioso, es decir no hay una “propiedad contráctil” esencial al tejido muscular.
2. Los nervios transmiten los estímulos necesarios, la “influencia motora”, a los músculos, quienes, al estar enervados de la primera forma señalada, tienen la propiedad de ser afectados por estos estímulos, “irritabilidad”.

Y afirma un isomorfismo, asumido por Darwin, a saber: “los estímulos que excitan las contracciones de los músculos, cuando son aplicados directamente sobre su tejido, son los mismos que produce el efecto causal cuando es aplicado sobre los nervios” (Müller, 1842, p. 898). Cuando Müller se refiere a “estímulos”, éstos siempre son físicos, en el sentido que dichos estímulos son galvánicos, pero su origen puede ser una sensación o una idea. No hay movimiento muscular sin actividad nerviosa y sin una fuerza física precedente pero la diferencia radica en el papel que cumplen el hábito y la voluntad.

En este punto, supone una relación entre hábito e instinto capital para la visión biológica de las emociones. Afirma que se requiere “cierto grado de hábito por parte del individuo en aquellos casos en que existe una tendencia heredada o instintiva para ejecutar una acción o desarrollar un gusto hereditario...” (Darwin, 1984, p. 63). Esta afirmación es similar a la que hacía en *El Origen de*

las Especies cuando se refería a la tendencia de las palomas a dar vueltas en el aire como una tendencia instintiva que si se va seleccionando se va acentuando, del mismo modo aquí, una tendencia innata encaminada por un hábito presenta variaciones importantes respecto a sus progenitores.

Dentro de las expresiones acordes con el principio de los hábitos útiles, Darwin (1984) puntualiza tres modos que podrían parecer ajenos; los cuales además son sumamente importantes, a saber:

1. *La imitación*, que se encuentra en la base de muchas expresiones, es el resultado de alguna simpatía o empatía que asocia miembros anatómicos, acciones y organismos. De modo que, mover la quijada mientras se corta algo con unas tijeras, perder el aliento cuando otro ser humano se tira de un lugar elevado, o bien expresar la rabia del mismo modo que un progenitor, son asociaciones habituales.
2. *Las acciones reflejas*, en tanto “debidas a la excitación de un nervio periférico que transmite su influencia a ciertas células nerviosas y éstas a su vez hacen entrar en acción a ciertos músculos o glándulas” (Darwin, 1984, p. 66), generan expresiones sin que el individuo esté consciente, lo haya decidido voluntariamente o incluso sienta algo. Por lo tanto, hay que distinguir entre hábitos arraigados y acciones reflejas, del mismo modo aquellas acciones reflejas tan complejas que parecen hábitos, de los hábitos como tal. Ambos son útiles, al menos en un principio, pero luego pueden tener otras funciones, como ser una vía de descarga nerviosa.
3. *Movimientos habituales asociados* con distintos estados mentales o corporales sin ningún propósito actual pero que fueron útiles cuando se originaron o incluso lo son bajo determinadas circunstancias.

Sobre el segundo principio, el *principio de la antítesis*, es menester decir que son posibilitados por la existencia de hábitos útiles asociados a la expresión, de los cuales son antítesis. Pues bien, cuando se provoca un estado de ánimo directamente opuesto a uno cuya expresión obedezca al *principio de los hábitos útiles*, entonces las expresiones serán también directamente opuestas a aquellas. Si éstos resultan útiles, entonces se utilizan de forma voluntaria y son reforzados por el hábito, pero originalmente son hereditarios.

Sobre el tercer principio, el *de acción directa del sistema nervioso*, sostendrá una visión de comunicabilidad nerviosa que relaciona las vías sensoriales y motoras del sensorio, idea planteada

por su abuelo. En toda la obra de Darwin, el concepto de “sensorio” (*sensorium*), aparece por primera vez en este texto, esto se debe a la independencia que iba fraguando entre la materia de estudio de la fisiología y la de la biología, así como a la constitución de un abordaje propio, no obstante, en sus cuadernos de notas había estado trabajando con él.

¿Qué hizo Darwin con la visión animista del sensorio como espíritu de animación que proponía su abuelo? En el *Cuaderno de Notas M*, intitulado *Indagaciones Metafísicas*, de 1838, en la nota 45 decía: “El delirio parece surgir en el sensorio –de forma análoga al dormir–; algunos doctores se dan cuenta de ello, por los estímulos y más tarde por las recaídas de los pacientes” (Darwin, 1987, p. 530). Y más adelante, en la nota 127, decía: “Sí ejecutamos algunas acciones, las cuales son agradables, cada circunstancia concomitante evoca al placer. O al placer, o al dolor por asociación –entonces si se tienen esos sentimientos, sin estar consciente de sus asociaciones (por ejemplo hereditarias), ¿no debemos llamarlas emociones instintivas” (Darwin, 1987, p. 530). Y en una anotación al pie, dice:

Sin embargo, si fuera un objetivo obtener una descripción de la locura (*insanity*), el cual pudiera aplicarse a un gran número de casos, creo que esto se encontraría en las condiciones que más lo asocian con el sueño; a saber, la pérdida, parcial o completa, del poder para distinguir entre imágenes irreales creadas por el sensorio, y la percepciones mismas dibujadas por los sentidos externos; dando así a los primeros la apariencia y la influencia de las realidades: –y, posteriormente, la alteración o suspensión de esa facultad de la mente por la cual organizamos y combinamos las percepciones y pensamientos después que vienen a nosotros. (Darwin, 1987, pp. 530–531)

La locura tendrá un papel estructurante en su pensamiento. En el *Cuaderno de Notas N* intitulado *Indagaciones Metafísicas*, escrito entre 1838-1839, en una anotación al pie de la nota 50, en donde hablaba de la memoria y sensibilidad de las plantas afirma: “Y ya ha sido mostrado, que esas acciones [la memoria y asociación de las plantas] no pueden ser realizadas simplemente por irritación, porque el frío y la oscuridad son cantidades negativas, y en ese sentido la sensación o volición están implícitas, en consecuencia un sensorio o unión de los nervios” (Darwin, 1987, p. 577). E incluso parece que la conexión anatómica humana era contingente a su evolución, habiendo igual sensorios distintos en otros seres vivos.

Y por último, de modo revelador, en las *Notas Viejas e Inútiles* (Darwin, 1987), nombre que Darwin había usado para catalogar distintas hojas sueltas escritas por él, en la nota 35, afirmaba: “Por lo tanto un sensorio que recibe comunicación desde fuera, da el maravilloso poder de querer. Estos deseos son comunes a todos los animales, son instintivos e inevitables. –¿Puede la palabra

deseo (*willing*) ser usada sin consciencia?, pues no es evidente que los animales tengan consciencia (*consciousness*)” (Darwin, 1987, p. 612)

El sensorio parece ser un órgano, un lugar anatómico (unión de nervios) que permite las sensaciones, venidas de fuera y reales o bien ilusorias y creadas por su acción bajo ciertas condiciones, creando imágenes irreales presente en todos los seres vivos el cual genera el deseo, instintivo e inevitable, que causa las acciones. Cuando Darwin (1984) habla de sensorio se refiere a un circuito por el que fluye la fuerza nerviosa a la cual regula. La excitación de dicho circuito aumenta el monto de fuerza nerviosa, la cual es constreñida morfológica y funcionalmente de modos particulares en distintas especies e incluso en distintos individuos, debido al hábito y sus antítesis, la voluntad o a la propia constitución del sistema nervioso.

El ejemplo paradigmático de este principio es el temblor que acompaña al miedo. Darwin (1984) asume que dicho temblor no pudo ser establecido por voluntad, a través del hábito, ya que es inútil y pernicioso. Los humanos tiemblan en varias situaciones: en una felicidad enorme, por frío, por envenenamiento de la sangre, por fiebre, en el *delirium tremens*, en la cólera, en el agotamiento, por deshidratación, entre otros, dado que la excitación intensa parece interrumpir o alterar el flujo de fuerza nerviosa.

Estos principios no están ligados a emociones específicas, mediante el principio de asociación, tanpreciado por Spencer y Darwin, las posibilidades de una emoción, habitualmente de un tipo, pueden variar si la fuerza nerviosa aumenta o disminuye, también variar. Por ejemplo, hay una asociación entre dolor o tormento intensos y retorcerse, gritar, emitir distintos sonidos, apretar la boca con fuerza, rechinar los dientes, entre muchos movimientos más, pero, si este dolor o tormento aumenta, aumenta el carácter convulsivo de las expresiones y finalmente desfallecemos, no simplemente se mantienen los gritos reaccionando a los estímulos indefinidamente. El principio de acción directa da aquí una explicación satisfactoria: ya que el monto de fuerza nerviosa fue aumentando a tasas sumamente elevadas, igualmente se transformaron las expresiones de un camino habitual hasta otros indefinidos (Darwin, 1984).

Pero el principio de acción directa no necesariamente produce, si las vías habituales de la expresión son insuficientes, movimientos erráticos. Si algo parece errático, no lo es, todo tiene algún sentido biológico o fisiológico, pero, como afirma Fridlund (1999, p. 37), Darwin “no exploró la posibilidad de que la organización neural que produce una expresión particular fuera en sí misma una adaptación resultante de la selección natural. Al contrario, él presentó las expresiones que

resultan de la acción directa como la mera manifestación visible de un trastorno interno”, pero también de las condiciones ambientales, los instintos y la morfología.

Siguiendo esto, la expresión de las emociones sirve tanto de modo de comunicación, como de acción útil para sí mismo, o de descarga nerviosa (para evitar el displacer u obtener placer). La expresión informa a congéneres y a enemigos (por ejemplo, mostrar los dientes y el lomo erizado en los cánidos) una disposición a la acción, el inicio de un acto o bien el acto mismo que eleva las posibilidades de supervivencia. Como acción porque que satisface o alivia deseos, sensaciones o ideas como resultado de la selección natural, de la herencia o del hábito, con consecuencias expresivas más o menos diferenciables. Como descarga nerviosa, la expresión de las emociones permitir salir o entrar a distintos estados del organismo como totalidad con diferentes fines y usos.

Los anales históricos del evolucionismo, han menospreciado la aplicación de la teoría de la expresión de las emociones a la comprensión de las enfermedades mentales, una tarea fundamental en la obra de Darwin, ya que en este ámbito intrépidamente lanzó hipótesis novedosas y arriesgadas que transformaron la comprensión y tratamiento de la insania o locura. A continuación, se expone su propuesta.

En el capítulo seis de su obra, intitulado *Expresiones especiales del hombre: sufrimiento y llanto*, plantea ciertas diferencias y ciertos paralelismos entre “sufrimiento del cuerpo” y “sufrimiento de la mente”. El dolor externo o sufrimiento corporal, como se mencionó, se manifiesta por gritos, contorsiones, movimientos convulsivos, entre otras expresiones y a menudo se decanta en un sudor intenso, temblor, palidez o desfallecimiento. Por otro lado, el sufrimiento mental, como el horror, “se transforma en abatimiento, pena, melancolía y desesperanza” (Darwin, 1984). Esta división es, tal como está plateada, asimétrica. No hay un paralelismo funcional entre sufrimiento del cuerpo y sufrimiento de la mente. Tenemos que:

1. El sentimiento (fuerza nerviosa) que es afectado por un sufrimiento corporal (golpes, heridas, quemaduras y otras) se decanta en expresiones también corporales (llanto, gritos, sudor, movimientos convulsivos y otros). Al fenómeno le podemos llamar dolor.
2. El sentimiento (fuerza nerviosa) que es afectado por un sufrimiento mental (miedo, horror, pena y otros) se decanta en expresiones del organismo tales como abatimiento, melancolía, desesperanza y otras que comprometen su funcionamiento habitual. Si la asociación entre el sufrimiento mental y las expresiones organísmicas se mantienen en el tiempo de tales fenómenos se puede decir que son modos de insania.

Tómese en consideración el siguiente ejemplo. El llanto es una expresión del sufrimiento que va cambiando. Darwin (1984) afirma que cuando los niños sufren por hambre, dolor u otra molestia, emiten chillidos acompañados de movimientos faciales particulares. Los chillidos en los bebés recién nacidos no se acompañan de lágrimas o llanto, cuyo inicio se da en tiempo variable en cada niño, entre los 100 y los 120 días. Si las funciones de los lagrimales no presentan problemas, un objeto extraño en el ojo puede igualmente causar lagrimeo, pero éste no es el llanto como tal, el cual necesita de cierta habituación para ser una expresión del sufrimiento infantil:

“Una vez que este hábito ha sido alcanzado por un niño, expresa de la manera más nítida todo tipo de sufrimientos, ya se trate de dolor corporal o de aflicción mental, incluso en los casos en que participan también otras emociones como el miedo o la rabia” (Darwin, 1984, p. 174).

Pero en la vida adulta el llanto, sobre todo en los varones, solamente es producido por una pena profunda y no por el dolor corporal, con excepción de los afeminados, los salvajes y los insanos ya que, estos últimos, dan “salida a todas sus emociones con escasa o nula contención. Me he informado por el Dr. Crichton Browne que nada caracteriza mejor a la melancolía, incluso en el sexo masculino, que la tendencia a llorar en las situaciones más simples o incluso sin motivo alguno” (Darwin, 1984, p. 175). Sobre la figura de Crichton Browne se hablará más adelante.

Las enfermedades mentales, así como los estados precarios de humanidad, quedaban así caracterizadas por emociones específicas. La expresión del llanto, que implica movimientos corporales generalizados en la infancia, es un episodio pasajero en la vida de todo adulto varón europeo sano, relacionado con las penas más profunda, pero en el adulto varón europeo enfermo de melancolía, en la mujer adulta europea, en el afeminado y en el salvaje, el llanto está presente y de modo injustificado, causado por situaciones simples o sin motivo, debido a una “escasa o nula contención” de dichos estados (Darwin, 1984, p. 174). La contención escasa, es causada por distintas formas de asociación y habituación en donde también radica la comprensión de la locura.

La desproporción entre el motivo del llanto y su intensidad, no solamente en la melancolía, sino también en la manía aguda, la hemiplejía, el agotamiento cerebral, el deterioro senil y la idiotez de nacimiento, son entonces signos o síntomas de insanía (Darwin, 1984).

Entonces, en el desarrollo normal (contrario al idiotismo), ante la ausencia de problemas neurológicos (como la apoplejía), de enfermedades mentales (como la melancolía y la manía aguda), con un funcionamiento nervioso óptimo (sin agotamiento cerebral) y sin el deterioro de los años, el llanto es “la expresión primaria y natural del sufrimiento de cualquier tipo, ya se trate de un

pasajero dolor corporal, de una angustia extremada o de una pena mental” (Darwin, 1984, p. 175). Pero, si éste es irracional, perseverante o aparentemente ajeno a cualquier causa, es entonces signo de algún problema o deterioro, dado que tanto la mujer, como el afeminado, el salvaje, el idiota y el insano son estados precarios con respecto al estado normativo del varón con templanza en el que los hábitos y costumbres propios de las sociedades avanzadas han sido adecuadamente establecidos.

Los esfuerzos de represión, si son afianzados por el hábito, conducen al control del llanto en el adulto sano. La educación cumple un papel esencial. Se enseña a los hijos, de modo gradual, a controlar la respiración para así abandonar gradualmente el hábito del llanto, instaurando el hábito de controlar la respiración. Entre el llanto infantil y aquel de los adultos que lo presentan, no hay variación alguna con respecto a los músculos implicados, y las lágrimas, la única diferencia es su pertinencia y adecuación.

El sufrimiento, el horror, el dolor y el tormento son estados de confusión que buscan una descarga corporal mediante distintos movimientos, pero si son mitigados de algún modo, entonces lo que causan es inmovilidad, una actitud pasiva, empaldecimiento, flacidez muscular, hundimiento postural, debilidad en la respiración, suspiros profundos de pesar y en general un alargamiento de los rasgos (Darwin, 1984). Esta oposición da cierta claridad sobre lo que implica la división de los sufrimientos en los adultos normales, de modo que:

1. Si el sufrimiento es corporal, las formas de expresión dependerán de la gradualidad de los montos de sufrimiento, yendo desde las expresiones habituales hasta las violentas, las cuales suelen ser respuestas fallidas para llegar al alivio. Si el alivio no se obtiene, se cae en desmayo, convulsiones o inmovilidad.
2. Si el sufrimiento es mental, las expresiones no son propiamente movimientos sino una serie de transformaciones (que también son actos) caracterizados por la inmovilidad, la pérdida de tono, el alargamiento de las facciones, el hundimiento y el decaimiento. Si el monto de sufrimiento mental es elevado, entonces las expresiones serán corporales, desde el llanto hasta los violento, propios del sufrimiento corporal. Si el sufrimiento mental no cesa, se pierde la consciencia; si éste es mitigado, entonces los fenómenos de decaimiento y pérdida de tono son más severos.

De estos rasgos de decaimiento y alargamiento de las facciones, pone central atención en la “oblicuidad de las cejas” y “el dirigir hacia abajo los ángulos de la boca”, ya que son casos inherentes

a la pena mental, lo cual convierte a dicha expresión en un fenómeno semiótico de la enfermedad mental, ya que:

El Dr. J. Crichton Browne ha observado también con frecuencia en pacientes melancólicos, quienes mantienen sin descanso sus cejas oblicuas ‘un peculiar y agudo arqueo del párpado superior’ [...] Estos músculos [los implicados en esos movimientos] cuando se ponen de este modo en acción conjunta, aunque opuesta, pueden denominarse, en aras de la brevedad, los músculos de la pena. (Darwin, 1984, p. 196)

Los movimientos de distintos músculos podrían incluso ser la vía de confirmación de la veracidad y severidad de una patología, si ésta estuviera caracterizada por una expresión, como la pena en la melancolía. Para “validar” esto, presenta a catorce personas dos fotografías, una de una mujer que podía mover a voluntad su frente y cejas y otra de un actor (tomada de Duchenne), y todos apuntaron que el segundo mostraba pena, aflicción, desesperación o melancolía (Darwin, 1984). Pues bien, esos músculos de la pena, afirma, son usados por los niños, las mujeres y los enfermos mentales, en todo tipo de dolor, mientras los hombres sanos los utilizan solamente cuando están en fuertes zozobras o sufrimiento mental. Y afirma:

El Dr. Crichton Browne [...] se fijó con minuciosidad en esta expresión en los numerosos pacientes insanos que están a su cargo [...] me ha informado que puede verse su constante y enérgica actividad en casos de melancolía y sobre todo de hipocondría, y de que las líneas persistentes o arrugas, debido a su contracción habitual, son características de la fisonomía de los insanos que pertenecen a estos dos tipos. (Darwin, 1984, p. 201)

El hábito, en ciertos estados mórbidos, no solamente deja una impronta en la sustancia nerviosa, sino en la piel y los músculos, fijando las expresiones que de otro modo serían breves. Y esto es tan importante que, hablando del caso de una hipocondriaca que afirmaba haber perdido todas sus vísceras, nos dice: “los músculos de la pena estaban siempre contraídos y las cejas superiores arqueadas. [...] Después se recuperó y su semblante cobró otra vez la expresión normal” (Darwin, 1984, p. 201).

Crichton-Browne (1879) tenía una visión de la insania centrada en el sistema nervioso, particularmente en el cerebro. Pesaba los cerebros de pacientes fallecidos en el *West Riding Asylum*, con lo cual afirmó que el peso del cerebro del loco está reducido, los ventrículos laterales alargados y el lóbulo temporal del hemisferio cerebral izquierdo dañado, por lo cual la locura es un problema de involución o de pérdida de la esfera racional y dominio de la esfera primitiva, argumento de gran celebridad en psicología, psiquiatría y neurociencias evolucionistas contemporáneas. Afirma

que:

No parece improbable que los centros corticales cuya organización es tardía, en la cual se encuentran los centros más altamente evolucionados y voluntarios, y que se encuentran en el lado izquierdo del cerebro, puedan sufrir primeramente en la locura, la cual consiste esencialmente en la reducción de la esfera más elevada y voluntaria a la más baja y automática. Y no solamente parece probable que esos centros sean primeramente invadidos, sino también que son los más profundamente implicados, y por lo tanto que los cambios anatómicos correspondientes a la enfermedad mental avancen más rápida y tempranamente en el hemisferio izquierdo, en el cual los movimientos voluntarios tienen una representación preponderante que en el derecho, cuyas representaciones quizás están subordinadas a movimientos automáticos. (Crichton-Browne, 1879, p. 42)

Concordamos con Walmsley (2013) al decir que Crichton-Browne aportó una “frenología evolucionista”, capaz de dar cuenta del retroceso o aparición de atavismos que Darwin y Maudsley suponían. Esta frenología difería de la cultivada por Robert Chambers o Andrew Combe quienes consideraban una simetría funcional entre los hemisferios; y de la mano de Hughlings Jackson, consideraba una asimetría hemisférica que sostenía distintas funciones, en donde las diferencias obedecieran a trayectos evolutivos diferenciables, idea plasmada en *La Historia del Cerebro*, de 1924, donde sostiene que las complejidades en la estructura cerebral son evidencia de su larga historia evolutiva y desarrollo.

Este tipo de observaciones significaban un replanteamiento de la fisiognomía y un nuevo uso de la morfología. En el primer caso, el abandono de la idea cultivada, quizás de forma tardía, por Sir Charles Bell de que los rasgos y las expresiones eran el resultado de una dominancia caracterológica capaz de dar cuenta de las posibles formas de actuar de un individuo, permite dar a la expresión un papel informativo de un estado actual y no del carácter como rasgo global, dicho estado eventualmente podría ser patológico. En el segundo caso, esta morfología de la expresión, aunque menos estable que los rasgos, en el caso de los insanos era también una vía de conocimiento de los efectos terapéuticos operados sobre la enfermedad mental.

Por otro lado, la constante referencia a insanos, salvajes, niños, ancianos y mujeres como individuos con expresiones exageradas, enfermas, rudimentarias o degradadas (adjetivo usado con los idiotas y los microcefálicos), lo conducen a ver en la enfermedad un complejo compuesto por: un problema hereditario, un problema educativo, un problema del desarrollo, una inadecuación entre situación y comportamiento y una debilidad anatómica y fisiológica.

Toda condición, que no sea la de varón europeo educado, es anómala, baste ver la risa del imbécil o idiota, nos dice, siempre imbuido en placer y profunda vanidad independientemente de si las ideas o situaciones son o no cómicas, las comprendan o no; como los infantes o los monos antropomorfos ríen todo el tiempo, del mismo modo que encolerizan: “[la] retracción de los labios descubriendo los dientes en un arrebató de enfurecimiento, como si se quisiera morder al ofensor, [Crichton Browne] me contó que él lo ha observado tanto en los enfermos mentales como en los idiotas” (Darwin, 1984, p. 255)

La psicopatología como expresión de atavismos, como vuelta al salvajismo, lleva a Darwin a exponer como fundamento de sus afirmaciones casos clínicos de Crichton Browne. Mujeres que por ira y celo echan espuma por la boca y muestran sus colmillos; hombres que chillan agudamente y escupen; idiotas ariscos que muerden todo lo que tengan cerca y retraen los labios como monos; monomaniacos altivos y orgullosos; insanos que erizan su cabello como cánidos; idiotas desvergonzados que jamás se ruborizan. Sin duda, para Darwin, la enfermedad mental es una animalización, un retroceso, una vuelta a instintos primitivos:

El Dr. Maudsley se pregunta si [las expresiones de la insania] se deberán o no a la reaparición de instintos primitivos, “un débil eco de un pasado muy distante que atestigua un parentesco que el hombre apenas ha dejado atrás”. Añade que en cada ser humano el cerebro pasa en el curso de su desarrollo a través de los mismos niveles que tienen lugar en los animales vertebrados inferiores, y como el cerebro del idiota está en un estadio retrasado podemos suponer que ‘manifestará sus funciones más primitivas y no funciones superiores’. El Dr. Maudsley cree que el mismo punto de vista puede extenderse al cerebro degenerado de ciertos pacientes enfermos mentales, y se pregunta de dónde si no provienen “el feroz gruñido, las tendencias destructivas, el lenguaje obsceno, el salvaje aullido, los hábitos impertinentes que manifiestan algunos enfermos mentales. ¿Por qué podría un ser humano privado de su razón haber adquirido un carácter tan brutal como el que posee, a menos que la naturaleza del bruto esté dentro de él?”. Parece que la pregunta debería ser contestada de modo afirmativo. (Darwin, 1984, p. 256)

Estas ideas, como se mostrará en este trabajo, por más chocantes que sean al pensamiento contemporáneo, y aunque pueda pensarse que se han abandonado, o que incluso se ha juzgado mal a Darwin al resaltar estas penosas afirmaciones, siguen siendo sumamente célebres en la psiquiatría y psicología contemporáneas. Las neurociencias no renuncian a encontrar ciertos arcaísmos cerebrales que se expresen como arcaísmos comportamentales para colocar ahí ciertos trastornos.

Para Darwin (1989) las diferencias individuales son tan radicales como podrían ser las raciales o las de especie, ya que dependen de la heredabilidad de “los gustos especiales, hábitos, inteligencia, valor, buen o mal carácter [...] y merced a los admirables trabajos de Galton sabemos hoy que el genio, el cual implica maravillosa y compleja combinación de altas facultades, tiende a transmitirse por herencia; por otra parte, no es menos cierto que la demencia y el extravío de facultades mentales se transmiten también en las familias” (Darwin, 1989, p. 35). Con lo cual abre la puerta a explicaciones sobre la aparición de ciertas enfermedades o malformaciones que serán centrales en su célebre texto sobre la expresión de las emociones.

Si en *El Origen del Hombre* (1871) Darwin exponía la diferencia entre la mente del salvaje y la de Newton como prueba de la gradación fina que conectaba a ambos, en *La Expresión* (1872), la presencia o ausencia de ciertas expresiones, su insistencia, su duración y su intensidad, determinan diferencias caracterológicas graduales, evolutivamente determinadas, capaces de diferenciar un pueblo de otro, un enfermo de un sano, una mujer o un niño de un hombre, entre otras posibles divisiones. Los vestigios de la historia evolutiva, están en los animales, principalmente domésticos o comunes para la sociedad británica, los locos y los salvajes (Darwin, 1984).

La interpretación de Jann (1992) es que en los tres casos simplemente traduce a términos asequibles a su teoría una serie de prejuicios victorianos. En el caso de los animales, aunque él se consideraba metodológicamente confiado porque las expresiones no convencionales de los animales evitarían cualquier sesgo, antropomorfizó sus observaciones y las de sus informantes para encontrar equivalencias o vestigios de la gama de expresiones humanas en los animales. Como ha mencionado Canguilhem (2009, p. 18), la visión comparativa de la que parte Darwin “no entraña por sí misma una psicología comparada, por no haber buscado con anterioridad las condiciones de una psicología animal independiente”, por lo tanto el argumento de continuidad de todas las emociones reposa en una identidad morfológica unidireccional: del humano a los animales.

En los casos de los locos, Jann (1992) observa un compromiso sumamente acrítico de Darwin con la fisiognomía que parecía reformar y con las ideas victorianas que muchos apologetas insisten en que subvirtió radicalmente. La idea de que la enfermedad encarnaba una diferencia física distinguible en las expresiones, fue sostenida y reforzada por su teoría de la evolución de las expresiones, así:

Agrupando juntos animales, niños, no europeos y locos como quienes de modo similar desplegaban de forma transparente y no mediada las emociones, *La Expresión de las Emociones* implícitamente

alentó la suposición de que los locos eran fisiológicamente cercanos a los animales. Darwin estuvo cautelosamente de acuerdo con la visión de Henry Maudsley de que la conducta violenta del loco era prueba de que éstos poseían una “naturaleza interior bruta”. Inicialmente aceptó la evidencia de James Crichton Browne de que al igual que los animales, los locos tendían a responder al estrés erizando el pelo y evidencia de esto fue incluida en *La Expresión de las Emociones*. En el *Origen del Hombre*, agrupaba a los “idiotas microcefálicos” con los monos y las “razas bárbaras” por su tendencia a imitar cualquier cosa que escuchen. (Jann, 1992, p. 18)

En el caso de los salvajes, en tanto son morfológicamente más parecidos a ciertos animales, como los primates, Darwin considera que son intelectualmente inferiores (Jann, 1992). Tras la idea de que algunas expresiones son innatas o instintivas y se encuentran en todas las razas, opera una serie de inferencias con respecto a los salvajes del mismo modo que las realizadas con respecto a los animales, considerando que las convenciones expresivas europeas son la norma, por esa razón:

No fue motivo de sorpresa para Darwin enterarse que los niños de los salvajes exhibían un impulso más fuerte que los niños europeos para mostrar de forma sobresaliente los labios del mismo modo que los simios o gorilas, “la esencia del salvajismo parece consistir en la retención de una condición primordial (Darwin, 1872, p. 233): del mismo modo que, “solamente en las razas salvajes se encontró evidencia de los pucheros como expresión de asombro, tal como en los simios antropoides (285)” (Jann, 1992, pp. 18–19)

Darwin busca justificar la continuidad de la expresión de las emociones y de cómo los códigos expresivos europeos representan una evolución con respecto a los salvajes y los animales. La locura implicaría un retroceso y la aparición de atavismos con respecto a los cuales se ha perdido todo control. El célebre naturalista concluye que:

1. Los modos principales de expresión del hombre son los mismos en toda la tierra.
2. Las diferentes razas, fueron originadas en una forma única primitiva “la cual debió alcanzar su perfección casi humana en su estructura y en el grado superior e su evolución espiritual antes de la época en que las razas se especificaran” (Darwin, 1884, p. 363).

El fuerte compromiso de Darwin con el modelo energético spenceriano, con su “fisiognomía evolucionista”, con la noción de raza, con la moral del entorno victoriano, con la búsqueda de los “eslabones” evolutivos y con la mirada de la locura como retroceso, se encuentran en la base de lo que Yébenes (2015) ha identificado como “modelo primitivista de explicación de la locura”.

Tal como ha mencionado, los psicoanalistas utilizan ese modelo para explicar la

esquizofrenia como el aumento de las fuerzas del *Id* y los neurocientíficos como una liberación de funciones arcaicas, subcorticales, debido a la falta de inhibición cortical de las mismas (Yébenes, 2015). Es muy probable afirmar que si bien es un recurso explicativo que ha sido nutrido desde diferentes vertientes, Darwin le dio prestigio y una aparente justificación biológica que ha permitido su ingreso, prácticamente intacto, al *mundo psi* contemporáneo. Los individuos sanos, en el uso pleno de sus facultades superiores, regulan su expresión emocional, mientras que el loco, la mujer, el niño, el salvaje y los animales, al estar disminuidos o privados de dichas capacidades de contención, son emocionalidad desbordada.

Esta explicación tenía consecuencias técnicas y epistemológicas sumamente deseables para la psiquiatría de la época, por lo tanto su recepción favorable no se hizo esperar. Degeneración, herencia, retroceso, instintividad y expresiones con valor sintomático, eran ya tópicos comunes en la época y el auge darwinista los convertía en célebres problemas, de modo que generaron fuertes ardores en torno a la psicopatología y a la comprensión de la relación entre afectos, razón y enfermedad en las teorías de ese tiempo.

Sin duda Darwin logra, en su desarrollo de una teoría de la expresión de las emociones, tomar distancia de lo que representaba el fijismo de Charles Bell, pero a final de cuentas, su visión de la locura en relación con las emociones no se movió. Como ha dicho Browne (1985), para Bell el loco es un poco más que un salvaje, cuya pérdida de la razón, primitivismo y brutalidad deben ser distinguidas en sus expresiones. Pues bien, quizás esa también sea una buena descripción del trabajo de Darwin, pero, como se verá en el siguiente capítulo, es una idea que se materializó con la psiquiatría y psicología evolucionistas.

La herencia, sugerida como principal predisposición a la locura fue asumida en una doble vía: el enfermo lo es porque ha heredado alguna susceptibilidad que lo predispone; pero aquel que enferma al margen de su herencia, es capaz de heredar una susceptibilidad a sus hijos. Es claro que esa visión de herencia no concuerda con aquella que se fue conformando con el planteamiento de la Síntesis Moderna.

Darwin reinterpretará a la fisiología desde sus observaciones naturalistas, haciendo comparaciones de ciertas estructuras y expresiones humanas con las de otras especies, o de otras especies entre sí, con lo que, como mencionan Natchin y Chernigovskaya (1997), pone los pilares de una fisiología evolucionista de cuño comparativo, la cual debía renunciar definitivamente a la visión espiritual del funcionamiento del sensorio, ya que la similitud en estructura y función serían

condiciones suficientes para la comparación y la comprensión dentro de una racionalidad evolutiva, en donde todo agregado espiritual estorbaba.

Pero es justo decir que Darwin escribía de acuerdo con reportes de informantes, algunas anécdotas propias o ajenas, las observaciones en sus viajes y los recursos que la selección artificial como modelo de la selección natural le aportaban, desde esa posición sus afirmaciones sobre las enfermedades mentales eran reinterpretaciones, sin duda sugerentes y estimulantes, de las visiones imperantes en la época y aquellas que tenían supuestos evolutivos como las que él propuso. Desafortunadamente no operó con el rigor naturalista que le caracterizaría ni hizo descripciones que puedan tomarse al día de hoy con gran confianza.

El psicoevolucionismo, que a continuación se expondrá, es una perspectiva construida en torno a los principales puntos sostenidos por Darwin, particularmente en la idea de que los rasgos psicológicos, principalmente las emociones, son resultado de constreñimientos adaptativos que conforman una mente con distintos compartimientos, cuya existencia respondió a distintas necesidades y hoy en día se ajusta a situaciones similares a aquellas por las que fue seleccionada. A continuación, se expone dicha perspectiva en una vía genealógica, es decir rastreando los hechos y cambios conceptuales que permitieron su emergencia y consolidación.

2.2 Genealogía del psicoevolucionismo

El nombre cognitivismo clínico psicoevolucionista supone la reinterpretación del cognitivismo clínico desde los postulados del psicoevolucionismo, el cual será expuesto en este apartado. De acuerdo con Clynes y Panksepp (1988), el programa de investigación psicoevolucionista dio su primer paso firme con el reconocimiento de las emociones puras en el mismo sentido que se habla rojo puro o cualquier otro color. Plutchik será el iniciador de dicho programa y también quien lo llevó a la psicología clínica. Reconociendo ese origen, tomamos el concepto en un sentido histórico para describir aquellas teorías que plantearon la existencia de emociones puras desde una perspectiva evolucionista, es decir, donde esas emociones puras son producto de la evolución y a la vez herramientas adaptativas. No ha sido Plutchik (1980) el primero en dicho planteamiento, así que una genealogía de tal programa es necesaria para comprender al cognitivismo clínico psicoevolucionista.

Son siete los postulados fundamentales de la teoría psicoevolucionista (Plutchik, 1980), a saber:

1. Las emociones son mecanismos de comunicación y supervivencia basados en

adaptaciones evolutivas.

2. Las emociones tienen bases genéticas
3. Las emociones son constructos hipotéticos basados en varias clases de evidencia.
4. Las emociones son complejas cadenas de eventos con bucles de retroalimentación estabilizadores que producen distintas formas de homeostasis conductual.
5. Las relaciones entre las emociones pueden ser representadas por un modelo estructural de tres dimensiones, donde una dimensión vertical represente la intensidad de las emociones; un círculo el grado de similitud entre las emociones; por fuera del círculo, aquellas emociones opuestas a las que estén dentro.
6. Hay un número pequeño de emociones básicas, primarias o prototípicas.
7. Las emociones están relacionadas con distintos dominios conceptuales que derivan de considerar que las relaciones entre emociones o bien de las emociones con otros rasgos son fundamentales para su existencia. Como la personalidad o la enfermedad mental.

Plutchik (1988) considera que el primer postulado, que es también el más importante, deriva de la “tradición etológica” inaugurada por Darwin en 1872, dado que las emociones (1) incrementan las posibilidades de supervivencia individual a través de reacciones apropiadas a eventos emergentes en el ambiente (volar, huir, esconderse, fingir, entre otras); y (2) funcionan como señales de una acción futura a través del despliegue de conductas de varios tipos. Lo que es sumamente extraño, es que considera que Darwin igualmente defendía las bases genéticas de las emociones al encontrar las mismas en animales inferiores y humanos, pero esa interpretación supone demasiado, además de imputar a Darwin algo de lo que nunca habló.

Griffiths (1990, pp. 177–178) considera a Darwin precursor del psicoevolucionismo debido a que:

...utilizó los datos de la musculatura facial del anatomista francés Duchenne, obtenidos por estimulación eléctrica de distintos grupos de músculos faciales, para proponer el análisis de los componentes de distintas expresiones emocionales. Del mismo modo que fue pionero de la *prueba del juicio*, en la cual se evalúa la capacidad de un sujeto para reconocer una emoción sobre la base de rostros fotografiados.

Esto debido a que tras esta idea estaba la consideración de que los patrones de respuestas emotivas eran idénticos en todas las culturas, al menos con respecto a algunas emociones las cuales debían ser la base de toda la vida emocional. Griffiths (1990) propone una serie de eventos

recientes que llevaron a Plutchik (1980) a este planteamiento, pero como genealogía son insuficientes, ya que no van más allá de la etología humana de Eibl-Eibesfeldt (1989).

Para el psicoevolucionismo, señala Griffiths (1990), hay circuitos neuronales, probablemente en el hipotálamo y regiones asociadas, que como resultado de su funcionamiento, dan pie a distintas respuestas emocionales; dichos circuitos son programas-afectivos (*affect-programs*) que controlan las respuestas emocionales presentes en todas las culturas debido a que esas respuestas son, en sus fundamentos, innatas a pesar de que la cultura les da ciertas variaciones.

Las respuestas emocionales, son entonces tenidas como breves, rápidas, complejas, organizadas y en mayor o menor medida involuntarias que implican eventos como: a) cambios musculoesqueléticos como encogerse, orientar la atención o relajarse, entre otros; b) cambios en la musculatura facial que dan origen a lo que conocemos como expresión de las emociones; c) dan paso a variaciones en las vocalizaciones que identificamos con cambios de tono específicos de emociones específicas; d) respuestas del sistema nervioso autónomo tales como sudoración, secreción de adrenalina o variaciones en el ritmo cardiaco; e) ocurren sin una provocación consciente. Una afectación en alguno de esos rasgos implicaría alguna afectación en los programas-afectivos. La idea general del psicoevolucionismo es que:

Los programas afectivos son respuestas adaptativas a eventos que tienen un significado ecológico particular para el organismo. El miedo es una respuesta adaptativa a los peligros, el disgusto una respuesta a los estímulos nocivos, la ira una respuesta a los desafíos, la sorpresa una respuesta a los estímulos desconocidos. Los eventos locales que tienen la propiedad de ser peligrosos, nocivos o nuevos pueden ser muy diferentes entre un ambiente y otros. (Griffiths, 1990, p. 183)

Comparadas las experiencias emocionales con las experiencias de color puro, asumen que la estimulación eléctrica de regiones específicas del cerebro genera experiencias emocionales que no pueden ser ni confundidas con otras experiencias mentales-cerebrales, ni reducidas a otros componentes (actitudes proposicionales, emociones más básicas, estados perceptivos, reflejos, etc.).

De acuerdo con Clynes y Panksepp (1988), una entidad emocional está conectada directamente y de manera recíproca al sistema motor, dicha conexión permite la expresión emocional y la comunicación de las emociones, así, las emociones son individuales y sociales a la vez. Individuales porque se asientan en procesos fisiológicos y son evolutivamente determinadas; pero ese mismo carácter evolutivo las hace sociales al tener funciones comunicativas que apuntan a

la adaptación, y yendo más allá de las cualidades perceptivas, tienen un vínculo inherente con las funciones cognitivas. Las emociones, a diferencia de las experiencias perceptivas, pueden ser suprimidas. Esta es una capacidad necesaria para la expresión emocional, aunque una vez “suprimidas” por la voluntad, pueden permanecer en un nivel subconsciente esperando la oportunidad de ser expresadas.

Con Pultchik (1980) se concreta lo que llamaremos “giro emocional” en psicología clínica, entendido como el cambio en los objetivos de investigación, argumentación, explicación y justificación en el cual la afectividad, particularmente las emociones, tienen un papel preponderante dada la “emocionalización” de las estructuras mediacionales, mentales, o incluso cerebrales que quedan estipuladas como base de las conductas humanas, particularmente de aquellas que son consideradas problemáticas, trastornadas o incluso patológicas. En el capítulo cuatro se abordará este asunto.

Estas ideas si bien han sido posibilitadas por Darwin, no inician con él ni con Plutchik sino, sostenemos y mostraremos a continuación, en las reacciones que desde las neurociencias psicodinámicas se dieron a las visiones psicológicas de las emociones, particularmente a la propuesta de William James, cuya teoría de las emociones ha sido un hito en el pensamiento psicológico, la cual en las primeras décadas del siglo XX había adquirido gran importancia y era un referente obligado para quien reflexionara sobre las emociones.

En 1884 aparece el texto *¿Qué en una Emoción?*, donde James plantea su teoría como una propuesta para superar el olvido existente en fisiología cerebral y psicología empírica con respecto a la “esfera estética de la mente”, a la que considera pertenecen las emociones, ya que:

- (1) La fisiología cerebral, entendida como el estudio de las funciones del cerebro, buscaba explicar las funciones cognitivas y las funciones volitivas dividiendo el cerebro en centros sensoriales y centros motores.
- (2) La psicología empírica, entendida como el estudio de la consciencia, buscaba explicar la percepción y la voluntad dividiendo ambos fenómenos en elementos mentales más simples.

Este olvido no era casual, la propia división hacía su parte para ello, ya que conducía a dos únicas vías de posible abordaje. Por un lado, (1) aceptar que las emociones no eran ni funciones cognitivas ni perceptivas, que no radicaban ni en los centros sensoriales ni en los motores, para abrazar una tricotomía y afirmar que hay centros especiales, independientes y exclusivos,

relacionados con los fenómenos de la esfera estética; o (II) considerar que dichos fenómenos se dan en los procesos sensoriales o motores, y son de la misma naturaleza (James, 1884).

Comprometerse con la primera implicaba la búsqueda de los centros exclusivos cuyo funcionamiento debía ser diferente tanto de los cognitivos como de los motores, idea que no le agrada porque implicaba un isomorfismo tal que debía haber una sección de la corteza relacionada con cada punto sensible y músculo del cuerpo; comprometerse con la segunda, implicaba aclarar si los centros sensoriales y motores, al determinar los procesos emocionales, lo hacen de forma singular o de modo similar a los otros procesos perceptivos y motores, es decir, elucidar si en un mismo centro había procesos distintos capaces de producir fenómenos comportamentales distintos en cualidad experiencial.

La hipótesis de James (1884, p. 188) es que: “los procesos emocionales del cerebro [...] son procesos sensoriales ordinarios combinados en distintas formas”, evitando así las “posibles complicaciones de la fisiología del cerebro”, dados los modelos de funcionamiento cerebral que en ese momento poseían. Para andar el camino propuesto, define la emoción como un grado de sentimiento, es decir fuerza nerviosa, que es expresada.

La emoción resulta de la evaluación de los cambios corporales y no de contenidos mentales, y que esa evaluación es realizada por el sentimiento que, valga repetirlo, es una forma de sensación-percepción. Por lo tanto, de ahí que: “sentimos pesar porque lloramos, sentimos cólera porque golpeamos, miedo porque temblamos. [...] Sin los estados corporales que siguen a la percepción, esta última sería puramente cognitiva en su forma pálida, incolora y desprovista de calor emocional” (James, 1884, p. 190).

Para James (1884), las emociones generan una expectativa, una disposición generalizada que condiciona la atención y la consciencia, podría decirse mejor que hay momentos en que la cognición está sumergida en un estado emocional como en otros momentos está sumergida en un acto, en un conjunto de ideas y en sentimientos, así que:

Nuestra capacidad cúbica total está sensiblemente viva; y cada trozo de ella contribuye a sus pulsaciones de sentimiento, leves o agudas, agradables, dolorosas o inciertas, hasta llegar a ese sentido de personalidad que cada uno de nosotros lleva consigo infaliblemente. [...] Cuando nos preocupamos por cualquier problema ligero, podemos encontrar que la conciencia corporal se enfoca en la contracción, a menudo insignificante, de los ojos y las cejas. [...] cada cambio que ocurre debe ser sentido. (James, 1884, p. 193)

No se encuentra en James es una noción de cognición pura que fuera equivalente a la racionalidad. Por su parte las emociones son esas formas dadas desde la totalidad “sensiblemente viva” y que, dependiendo de su frecuencia o identidad, determinan el “sentido de personalidad que cada uno de nosotros lleva consigo infaliblemente”.

La distancia fenoménica entre la expresión corporal bien definida y el imperativo biológico de que “todo cambio que ocurre debe ser sentido”, postula a las emociones como eventos experienciales resultantes del sentimiento aplicado a los movimientos corporales, les da un estatuto de eventos de sentido/evaluación que generan un afluyente de consciencia con características distintas a otros procesos cognitivos, perceptivos, motrices o de otro tipo. En pocas palabras, no todos los eventos cognitivos son evaluativos o generadores de sentido de una situación, ni todo proceso evaluativo o generador de sentido es una emoción, a menos que la vía de evaluación sea el sentimiento (en tanto forma de la percepción) de los cambios corporales.

Un problema surge aquí con respecto las ideas de “sensibilidad corporal” y “capacidad cúbica total sensiblemente viva”, ya que son afirmaciones inconmensurables con la visión de sistema nervioso de la época, lo cual es, a los ojos de los fisiólogos, demasiada especulación, razón por la cual lo cuestionan Sherrington (1900) y Cannon (1927). La fisiología que toma como referente James es casi idéntica a la de Darwin, apenas han pasado doce años. Algunas expresiones, que sus críticos toman como estrictamente fisiológicas, son realmente metáforas para comprender los fenómenos psicológicos, pero eso no era tampoco muy claro en el propio planteamiento de James.

James (1880) plantea una diferencia entre fisiología y psicología, no obstante veía a esta última como una aplicación de la primera. Un fenómeno psicológico implica un esfuerzo o enfoque experiencial, mientras los fenómenos fisiológicos conducen a cambios sin necesariamente tener experiencia de ellos. El sentimiento (*feeling*) de esfuerzo, que caracteriza a los fenómenos voluntarios como la motivación y la atención, permite diferenciar a las sensaciones que ocurren en esos momentos de las sensaciones pasivas, de modo muy similar a la diferencia que se hace entre ver (*to see*) y mirar (*to look*); oír (*to hear*) y escuchar (*to listen*); sentir (*to feel*) y tocar (*to touch*), entre otros.

Pues bien, teniendo esa diferencia en cuenta, James (1880, p. 3) plantea que: “admitiendo completamente que los sentimientos de energía activa [esfuerzo] son hechos mentales, nuestra pregunta simplemente es ¿de qué procesos nerviosos son concomitantes?” Y hablará del esfuerzo muscular como un sentimiento aferente. La idea común, en la fisiología de la época, es que la

descarga de un centro nervioso motor, un proceso eferente, acompaña al sentimiento de esfuerzo muscular; pero él propone que el sentimiento de energía muscular es una sensación aferente proveniente de la tensión muscular, distinta al sentimiento de esfuerzo eferente, que se caracteriza por el carácter activo, de modo que los fenómenos los propiamente voluntarios conducen a una serie de actos que llamamos mentales.

Como puede verse, hay en James (1880) una idea del sistema nervioso en la cual la energía, que es una energía física, un torrente o flujo, determina la cualidad de distintos procesos psicológicos. En ese tenor son sus afirmaciones con respecto al carácter visceral de las emociones, relacionados con el trayecto nervioso y la intensidad, de modo tal que el cuerpo es una cartografía que condiciona el origen y fuerza del afluyente nervioso, determinándose así también las diferencias cualitativas de las emociones, que a pesar de este correlato las damos por eventos reales porque tenemos experiencia de ellas.

Uno de los puntos centrales del planteamiento de James, quizás el más célebre, es lo que Hufendiek (2016) llama “argumento de substracción”, el cual indica que si imaginamos una emoción y luego quitamos de ella los sentimientos de los movimientos corporales, entonces, “encontramos que no nos queda nada, ningún ‘material mental’ a partir del cual se pueda constituir la emoción, y que todo lo que queda es un estado frío y neutral de percepción intelectual” (James, 1884, p. 193).

Este experimento mental conduce a muchos problemas, principalmente porque se tiende a considerar que una emoción es un estado de percepción intelectual al que le ha sido agregada la excitación y movimientos corporales, particularmente en la actualidad en que, como hemos señalado, el lenguaje popular e incluso académico no entiende al sentimiento (*feeling*) como fuerza nerviosa sino ya como un fenómeno afectivo pleno, o necesariamente preemocional. Este malentendido conduce a pensar que James sugiere que en la base de toda emoción hay una percepción intelectual de la cual lo corporal es un agregado.

Para James (1884) la evaluación de los movimientos corporales realizada mediante el sentimiento no es más que una variación en la fuerza nerviosa con consecuencias corporales distintas que generan acciones distintas, y este circuito es llamado emoción. De modo que, debido a que los objetos de las emociones de los humanos son puramente convencionales y dependen del ambiente social, se pregunta: (1) si los cambios corporales pueden resultar de las ideas y (2) si hay casos en donde una emoción sea el resultado de la evaluación de una idea acompañada de expresiones corporales. Su respuesta para (2) es negativa, ya que es necesaria la co-construcción

entre adaptación y objeto emocional, pero para (1) es positiva ya que toda percepción o proceso intelectual es un proceso sentimental, porque: “los objetos excitan cambios corporales por medio de un mecanismo preorganizado, [...] los cambios son tan indefinidamente numerosos y sutiles que bien puede decirse que todo el organismo es un tablero de resonancias” (James, 1980, pp. 915–916). Con respecto a esta relación entre adaptación y objeto emocional, apunta que:

el principio evolutivo bien conocido de que cuando ha quedado fijada cierta facultad en un animal por virtud de su utilidad en presencia de ciertas características del ambiente, puede resultar útil en presencia de otras características del ambiente que originalmente no tuvieron nada que ver con que se produjera o preservara. (James, 1884, p. 195)

Por lo tanto, los convencionalismos socialmente determinados serían un detonante involucrado en las respuestas corporales evolutivamente determinadas que forman parte de una emoción y de otros estados afectivos. Una emoción no es reducible a esas expresiones adaptativamente determinadas.

Podría pensarse que como somos conscientes de que nuestros congéneres tienen o podrían tener actitudes o ideas sobre nuestros estados emotivos, entonces tenemos expresiones corporales para comunicar esas emociones y generar cooperación u otros actos prosociales, pero James no está de acuerdo con esa idea. Más bien, la consciencia provoca reacciones corporales evolutivamente determinadas, que se ven agudizadas en algunos escenarios, son entendidas por los demás y a su vez desembocan en otras emociones.

Entonces, estos componentes adaptativamente determinados son útiles ante eventos distintos que presionaron su selección, razón por la cual:

la propia acción no tiene importancia, en tanto se pueda percibir en ella una intención o *animus*. Ésa es la percepción que despierta la emoción [...] y puede provocar en mí, un hombre civilizado que experimenta el trato de una sociedad artificial, unas convulsiones corporales tan fuertes como las de cualquier prisionero de guerra o salvaje... (James, 1884, p. 196).

Es ese componente el responsable del aumento de intensidad en el sentimiento que desemboca en la emoción. James reconoce que es necesario, para aceptar su planteamiento, que existan pruebas de percepciones con efectos corporales generalizados sin que produzcan propiamente una emoción, ya que ese sería el requisito corporal básico. Propondrá, como casos ejemplares, lo que sucede cuando escuchamos música o poesía o cuando somos sorprendidos por una sombra o ruido sin identificarlos plenamente y antes de que se genere en nosotros la idea de peligro, ya que, en esos casos, no hay una emoción identificable sino un “sentimiento desagradable

de nerviosidad” o, en los primeros casos, agradable.

En sus *Principios de Psicología*, publicados cuatro años después, hace un agregado a su teoría para hablar de la relación entre emoción e instinto dejando claros algunos puntos. De entrada, considera que todo objeto que excita al instinto es también emocional, pero, el instinto siempre interviene en las relaciones que tiene el sujeto con el objeto excitante, es decir, su desembocadura lo lleva a una interacción activa mientras que la emoción se ciñe al organismo del sujeto y no busca desembocar en la relación (James, 1980, p. 909). Entonces, el instinto determina cómo interactúa un agente con el objeto de ese instinto; la emoción altera al cuerpo sin necesariamente determinar deliberadamente la interacción con el objeto ya que los movimientos corporales no son dirigidos solamente a ese objeto.

Lo que ha dibujado James es una teoría del sentimiento como forma de la percepción moldeada por el tipo de objeto y el tipo de proceso experiencial y/o cognitivo al que pertenece dicho sentimiento. Así, en los sentimientos morales, intelectuales y estéticos, parece ser que los sonidos, colores, consistencias lógicas, aptitudes teleológicas o aquellos otros eventos que los conforman echan raíces en la representación misma y no en los fenómenos de expresión corporal.

Entonces hay formas de placer y displacer “auténticamente cerebrales” que son aliadas “a un juicio de lo correcto”, pero ese juicio de lo correcto, por la vía del hábito puede convertirse en una emoción. Así, entre el juicio del experto y el juicio del profano hay una diferencia de intensidad, el primero tiende a una menor corporalidad o una ausencia de la misma, mientras que el segundo tiene sentimientos.

Este planteamiento, como se dijo, será la diana sobre la que dispararán los planteamientos que fueron configurando la visión psicoevolucionista. Para Cannon (1927), las fuentes viscerales del flujo aferente que determinan las emociones en la teoría de James-Lange son falsas ya que:

1. Si se separan por completo las vísceras del sistema nervioso central no se alteran las conductas emocionales.
2. No hay diferencia entre los cambios viscerales ocurridos en diferentes estados emocionales y en estados no emocionales.
3. Las vísceras son estructuras relativamente insensibles.
4. Los cambios viscerales son demasiado lentos para ser la fuente de los sentimientos emocionales.
5. La inducción artificial de estados viscerales característicos de las emociones fuertes no

produce dichas emociones.

Los procesos viscerales no pueden considerarse factores diferenciables de las emociones porque en ellas no radica su origen. Lo importante a señalar aquí es que con Cannon (1927) la noción de “sentimiento” no es ya sinónimo de fuerza nerviosa, sino un evento afectivo diferenciable de las emociones, es por eso que hay una declarada burla al principio funcionalista de que la acción, como podría ser una postura, un gesto o movimiento, determinan el carácter final de un proceso nervioso, afirmando que podría uno sentarse todo el día en una postura de pena sin por eso producirse pena.

Tomando en cuenta los experimentos de Sherrington (1900), Cannon afirma que las emociones y los sentimientos son eventos cerebrales cuya descarga en el sistema nervioso periférico causa las expresiones, pero no a la inversa. Ante esto, asume lo que llama “teoría talámica de la fuente de las emociones” la cual deriva de la siguiente observación:

Los casos en los que el tálamo se libera del control cortical en un hemisferio, con el acompañamiento ipsilateral de la intensificación del tono emocional, presentan un obstáculo insuperable para la teoría de James-Lange. Ni las vísceras torácicas ni las abdominales pueden funcionar a pesar de la otra mitad intacta, el centro vasomotor es una unidad, y los pacientes efectivamente no pueden ni reír ni llorar si se ha cortado ya sea el lado izquierdo o derecho. Los impulsos enviados de vuelta desde los órganos periféricos dañados, no obstante, se mantienen bilateralmente iguales. Para la explicación de los sentimientos asimétricos éstos deben estar dirigidos por órganos cuya función sea igualmente asimétrica, como el tálamo. (Cannon, 1927, p. 122)

La teoría de Cannon (1927) tiene las mismas consecuencias y es prácticamente idéntica a la planteada por Crichton-Browne (1879), aunque apela a una diferente ubicación anatómica. La idea es que si el tálamo se desconecta del funcionamiento general de los hemisferios, de uno u otro, y es la corteza la que queda conectada al sistema nervioso, entonces las funciones vitales siguen en pie (no se cortaron las estructuras hipotalámicas) pero las emociones ya no se presentan.

El control dual del comportamiento, lo conduce a una explicación psicológica en la que aquellos procesos no emocionales, ni de control visceral, a los cuales llama voluntarios, que son controlados por la corteza, los cuales pueden someter la vehemencia de los talámicos ya que:

Si hay un doble control del comportamiento, sin embargo, tanto el conflicto interno con su acompañamiento emocional entusiasta como el apaciguamiento posterior son fácilmente explicables. Los procesos determinados por el tálamo son inherentes a la organización nerviosa, son como los reflejos, están instantáneamente listos para tomar el control de las respuestas motoras, y cuando lo

logran lo hacen con un gran poder. No obstante, pueden ser controlados por los procesos de la corteza cerebral, procesos que están condicionados por todo tipo de impresiones previas. La corteza puede controlar todos los sistemas periféricos menos las vísceras. Los procesos inhibidos en el tálamo no podrían ya poner en acción al organismo, con excepción de aquellas partes que no están bajo el control voluntario, pero la confusión puede producir emociones en la manera usual, y posiblemente con una mayor violencia debido a la inhibición. Y entonces, cuando el control cortical se libera, súbitamente el conflicto se resuelve. Los dos controles anteriormente en oposición, ahora cooperan. (Cannon, 1927, p. 123)

Lo que se opone son voluntad y emociones. La voluntad es control y las emociones son respuestas inmediatas que se comportan como reflejos. La voluntad se muestra decisiva, aunque no logra controlar las expresiones de las emociones en aquellos órganos que habitualmente no tiene control, por eso ante la vergüenza, a pesar de intentar controlarla, se sienten movimientos intestinales. Esta determinación de la voluntad, enfrentada a la determinación de las emociones, conduce a la cooperación cuando tras cierto control de la voluntad hay una expresión emocional aminorada seguida del relajamiento o liberación del control cortical que hace ceder a la emoción.

Por mecanicista que pueda parecer esta afirmación, a decir verdad tiene una gran similitud con la antropología cuáquera que sustentaba el manejo moral de la locura en el siglo XIX: por más vehemente que sea un comportamiento, siempre hay un rescoldo de voluntad capaz de hacer algo.

Papez (1937), buscaba proporcionar información anatómica, experimental y clínica de las bases anatómicas de las emociones teniendo como punto de partida la teoría de Cannon (1927). Su afirmación general es que “las conexiones recíprocas que existen entre el hipotálamo, el giro cingulado y el hipocampo [...] posiblemente median a través del circuito cortical la importante función comúnmente llamada emoción” (Papez, 1937, p. 726). Pero eso que hasta aquí es llamado emoción, no es adecuado ya que se puede referir a una forma de acción (expresión emocional) o a una forma de sentimiento (experiencia emocional o sentimiento subjetivo) y para él ambos son procesos cerebrales distintos.

Para Darwin (Darwin, 1984) la experiencia subjetiva era parte tanto de los fenómenos sentimentales (producto de la fuerza nerviosa) definidos por la expresión (las emociones), como de aquellos definidos por la vía de acceso (las sensaciones), por lo tanto la dicotomía subjetivo/expresivo era errónea. No obstante, la expresión emocional para Papez:

depende de la acción integrativa del hipotálamo más que del tálamo dorsal o el córtex, debido a que dichas expresiones existen cuando los hemisferios cerebrales y el tálamo dorsal son totalmente

removidos. Para la experiencia emocional subjetiva, no obstante, la participación del córtex es esencial. La expresión emocional y la experiencia emocional podrían ser en el sujeto humano fenómenos disociados. Por lo tanto, la emoción como estado subjetivo debería ser referido a los niveles psíquicos más elevados. (Papez, 1937, p. 726)

Pues bien, este planteamiento tiene su fundamento en las críticas que Cannon (1927) hizo a la teoría de las emociones de James-Lange (que más adelante será revisada minuciosamente), e implica una forma de comprensión particular de la evolución cerebral y sobretodo una mudanza conceptual.

Estas ideas serían sumamente seductoras para alguien como Paul MacLean (1949), quien tenía una práctica clínica como psicoanalista a la par de su trabajo como neurocientífico. Entonces, el enfoque cambiaría de vía, ya no sería menester entender primero a las emociones y su funcionamiento para explicar la enfermedad mental, ni los mecanismos cerebrales de las emociones para explicar los comportamientos emocionales y los voluntarios, sino que dado que hay que comprender ciertas psicopatologías, teniendo como tamiz las teorías psicodinámicas, entonces habría que encontrar las estructuras cerebrales que sostenían esa etiopatogenia.

Desde este cambio metodológico, MacLean (1949) afirmaba que si bien en la mayoría de enfermedades psicosomáticas (ulcera péptica, asma, hipertensión esencial, etc.) se pensaba que los estados emocionales estaban etiológicamente relacionados con lesiones focales o sistémicas, no había una explicación de cómo éstas actuaban en los centros autónomos de dichas patologías.

La propia noción de lesión, como factor explicativo de una anomalía comportamental, estaba ligada a la anatomopatología y buscaba un isomorfismo lesión-función que no requería de una visión evolucionista para ser satisfactoria. Frente a esto, el planteamiento de MacLean, dio paso a una noción anatomofisiológica en la que el cerebro filogenéticamente viejo (conocido como rinencéfalo y nombrado por MacLean “cerebro visceral”) estaba relacionado con funciones viscerales y emocionales. Independientemente de si lo lograba o no, la idea de fondo era sumamente atractiva.

Dicha región cerebral, en este planteamiento, aparece como estratégicamente situada para correlacionar percepciones internas y externas, es decir, poner en relación las sensaciones externas con las sensaciones viscerales, como las impresiones en los órganos sexuales y la pared del cuerpo, y poner todas estas correlaciones en conexión con el hipotálamo.

Para MacLean (1949) los procesos afectivos y su interconexión con procesos sensoriales diversos son dominados por ese sistema primitivo. Las funciones intelectuales son resultado de

procesos neocorticales, dando así un respaldo “biológico” a la distinción popular entre proceso afectivo y proceso racional, aunque no sugiere una falta de comunicación o incluso continuidad entre ambos.

El autor afirma que los pacientes con trastornos psicósomáticos tienen una incapacidad intelectual para verbalizar sus sentimientos emocionales:

Anatómicamente parecería que el intelecto puede obtener información del cerebro visceral directamente a nivel cerebral a través de las fibras de asociación largas y cortas, o por el contrario faltarle destreza para determinar, en un segundo momento, las señales de retroalimentación que los mensajes del cerebro visceral han descargado de forma autónoma en los centros primitivos. En los pacientes psicósomáticos, pareciera que hay poco intercambio entre el cerebro visceral y la sección cerebral donde se producen las palabras (*word brain*), y que las sensaciones emocionales acumuladas en el hipocampo, en lugar de ser transmitidas al intelecto para su evaluación, encuentran impresión inmediata mediante centros autónomos. En otras palabras, las emociones, en lugar de encontrar expresión y descarga mediante el uso simbólico de las palabras y el comportamiento apropiados, podrían ser concebidas como traducciones en un tipo de “lenguaje orgánico”. (MacLean, 1949, p. 350)

Como podemos ver, ofrece una explicación biológica del modelo freudiano tal como lo hemos expuesto: en el hipocampo se acumulan sensaciones que no pueden ser verbalizadas ni evaluadas por el intelecto y son expresadas como “lenguaje orgánico”. Esto indicaría que el intelecto debe evaluar y procesar, para su expresión verbal, los sentimientos emocionales, y que el lenguaje sería un proceso post-intelectual, así, una emoción expresada verbalmente es de antemano intelectualmente procesada.

Los síntomas psicósomáticos son expresión en un “lenguaje orgánico” de algo que, en el paciente sano, puede ser expresado en “lenguaje simbólico”. Lo que puede inscribirse en el primer lenguaje es necesariamente emocional, porque es la inscripción autónoma que surge como resultado de problemas de flujo de información entre el cerebro visceral y los centros del lenguaje simbólico. En este modelo, una enfermedad psicósomática como la úlcera péptica, sería la impresión de ciertas emociones acumuladas en el hipocampo en la mucosa estomacal o duodenal.

Para responder a la prevalencia de uno u otro órgano como objetivos de inscripción, o uno u otro síntoma, MacLean (1949) afirmaba que la historia individual y particularmente ciertas fijaciones o tendencias en los distintos estadios del desarrollo psicosexual planteados por Freud, determinaban dichos destinos. Además, recomendaba que, si el problema es la verbalización, el médico o

psicoanalista debía ocuparse de cuestiones como el interés, tono de voz, trato, confianza y otros afectos para ir propiciando poco a poco la verbalización.

En esta caracterización, queda claro que el interés de MacLean es darle fundamento a la teoría psicoanalítica desde una visión evolutiva que le permita caracterizar, en términos anatómicos y fisiológicos, la preeminencia y fuerza de una entidad antigua que maneja al individuo y lo enferma desde lo más profundo, dando así con el cerebro visceral como paralelo evolutivamente determinado del *Ello*; frente a una entidad frágil que nos permite sintetizar la información y utilizarla por la vía simbólica del lenguaje, dando con la neocorteza como paralelo evolutivamente determinado del *Yo*.

Es fiel a su freudismo, ya que considera que, en cuanto al comportamiento y el psiquismo, pese a la tendencia filogenéticamente determinada de ser dominados por el cerebro visceral y las emociones, son la neocorteza y los componentes simbólicos del pensamiento quienes permiten alcanzar nuestros deseos, transformar nuestras aspiraciones en pensamientos, palabras, acciones y relaciones adecuadas.

Sin querer adelantarnos a la exposición de su postura sobre la racionalidad, queda claro que esta es, de una u otra forma, una vía de expulsión o desfogue de los afectos producidos por las interacciones comandadas por el cerebro visceral, por lo tanto, tiene un papel curativo, restaurador. La relación entre emociones y racionalidad es más o menos jerárquica y está determinada por la “fuerza” y determinación del cerebro visceral (asiento de las emociones) dadas por su antigüedad filogenética, frente a la neocorteza que se encuentra en desarrollo y con procesos que no movilizan la gran cantidad de sistemas que el primero.

La visión de MacLean tuvo algunos cambios importantes. En 1980 actualiza de forma importante su pensamiento con respecto a su primera propuesta y sostiene un modelo cerebral que resulta de una “excavación arqueológica”, conceptual y metafórica, en las tres grandes estructuras del cerebro filogenéticamente determinadas, a saber: neomamífero, paleomamífero y reptiliano.

El método de “excavación arqueológica”, consiste en contrastar las funciones entre cada sección y su complementariedad. Dicho método será relevante para considerar paralelismos entre estructuras arcaicas y comportamientos arcaicos o bien, estructuras recientes y comportamientos evolutivamente recientes, anhelo que, como hemos visto, ha estado presente antes de Darwin y se ha afianzado después de su obra.

MacLean, habla de la subjetividad o los estados subjetivos como la característica que

distingue a lo psicológico de otros procesos cerebrales, considerando que: “La subjetividad se refiere a la consciencia (*awareness*) asociada con distintas formas de información psicológica” (MacLean, 1980, p. 10). Hay cinco tipos de categorías psicológicas asociadas con esta consciencia: sensaciones, percepciones, propensiones, emociones e intelecciones.

En este texto, en el que busca relacionar los factores sensoriales y perceptivos con las funciones emocionales del cerebro triuno, se despega del freudismo al decir, de la mano de Wiener y la cibernética, que “todos estos elementos de la psiqué no son más que información [...] ‘Información es información, no materia ni energía’” (MacLean, 1980, p. 10). Rompiendo así con la idea, de su primer texto, de la acumulación energética, aunque, como veremos, no necesariamente con la estructuración.

Para poder tejer con dicha idea, asume que, si los contenidos de la psiqué son información, necesariamente, es en procesos comunicativos como discurren, los cuales se dan siempre entre entidades actuantes (*behaving entities*). La información, es decir todo aquello que tiene sentido descifrado, tiene una función ordenadora de los procesos psíquico, así: “cuanto mayor es el paso del orden al desorden, mayor es el monto de información” (MacLean, 1980, p. 11).

Estas entidades actuantes son, en el caso de los animales, posibles debido al sistema nervioso, el cual debe ser conocido por una vía experimental. No obstante, la introspección debe ser el primer paso debido a que desde ahí se buscarán indicios conductuales y anatómicos para plantear las posibles analogías animal-humano (MacLean, 1980).

El autor plantea una teoría del funcionamiento mente-sistema nervioso que sirve de fundamento para su teoría de las emociones. De entrada, estaría la sensación (*sensation*) como la categoría psicológica más simple, su función es representar sensaciones (*feelings*) sin otro atributo, las cuales son el resultado de impulsos que activan los interoceptores y los exteroceptores, distinguibles por su cualidad (modalidad) e intensidad. Dichas sensaciones tienen un papel informativo cuando son apreciadas en términos de tiempo y espacio, dando como resultado la transformación de éstas en eventos que son introspectivamente reconocidos como percepciones (MacLean, 1980). Sensaciones y percepciones dependen de los sistemas aferentes y dejan de existir al cesar el estímulo.

Las propensiones, emociones e intelecciones no necesitan tal presencia para existir. Las intelecciones ocurren después de los hechos debido a la mentación, la cual involucra réplicas neuronales auto-regenerativas de dichos eventos, que sucedieron en un momento previo o pasaron

por algún reordenamiento (MacLean, 1980).

Sobre las emociones, MacLean (1980) resignifica la división darwiniana entre aspecto expresivo y aspecto subjetivo. El “afecto” corresponde al estado subjetivo que solamente puede ser experimentado en primera persona, mientras la “emoción” está ligada a la expresión de un estado afectivo, por lo tanto, puede ser inferido en los demás por sus conductas verbales y no verbales.

Los afectos son diferentes a toda información psicológica porque no son neutrales, son agradables o desagradables; los cuales a su vez se dividen en básicos, generales y específicos, con las siguientes funciones (MacLean, 1980):

1. Los afectos básicos dependen de interocepciones, por lo tanto, son de primer orden (necesidad de alimento, agua, calor, descanso, etc.) y están relacionados con los órganos y tejidos emuntorios.
2. Los afectos específicos, también de primer orden, están relacionados con exterocepciones y percepciones generados por la actividad en sistemas sensoriales específicos. Algunos son innatos y otros son aprendidos. Por ejemplo, los afectos estéticos asociados con los aspectos agradables o desagradables de la música tienen una fuerte modulación por medio del aprendizaje, mientras la repugnancia al olor de un cuerpo en putrefacción tiene una baja o nula modulación.
3. Los afectos generales, derivan de los afectos de primer orden (son por lo tanto de segundo orden) a través de los procesos de mentación, es decir, son el resultado de una evaluación o reordenamiento posterior al hecho sensorial y perceptivo, son generales porque son provocados por individuos, situaciones y cosas en tanto tales. Tienen una función de autopreservación y preservación de la especie.

Contrastando esta división con las expresiones de las emociones, MacLean (1980) identifica seis conductas emocionales, a saber: (1) búsqueda; (2) agresividad; (3) protección; (4) abatimiento; (5) gratificación; y (6) acariciamiento (*caressive*). Las cuales se corresponden, respectivamente, con: deseo, enojo, miedo, dolor, alegría y cariño. Es sumamente importante destacar que el autor acepta que hay emociones que no se apegan a esta taxonomía, que también habría grados en la misma o que incluso habría algunas que, por su complejidad, no podrían explicarse desde esta base, no obstante, esta división permite el acercamiento evolutivo al poder hacer estudios con animales teniendo en cuenta sus expresiones.

He querido destacar lo anterior porque para MacLean, las seis emociones básicas no

implican un compromiso ontológico tal que lo conduzca a afirmar que son especies naturales y que de su combinación surgen otras emociones. Es decir, la división tiene un valor puramente metodológico. Mientras algunos herederos de MacLean, han dado este brinco de la metodología a la ontología con ciertas consecuencias filosóficas y metodológicas que más adelante resaltaré.

Esta concepción de los procesos psicológicos, la va a observar, para explicar las interrelaciones, con el cerebro triuno; planteamiento en el que sostiene que hay una jerarquía de tres-cerebros-en-uno, en la cual “es inferido que cada cerebrotipo tiene su propio tipo de inteligencia, su propio tipo de memoria, su propio sentido del tiempo y el espacio, y su propio motor y otras funciones” (MacLean, 1980, p. 14). Propone la siguiente cartografía:

1. La parte reptiliana del prosencéfalo, a la que corresponden el cuerpo estriado (núcleo caudado y putamen), el globo pálido y las estructuras peripalidales.
2. El cerebro paleomamífero, equivalente al sistema límbico (que rodea el tronco cerebral).
3. El cerebro neomamífero, compuesto por el neocortex y las estructuras del tronco cerebral con las que está conectado.

El cerebro neomamífero estaría relacionado con los sistemas somático, auditivo y visual, los cuales son esenciales para la sensación y la percepción, por lo tanto, la corteza estaría principalmente dirigida a los estímulos ambientales. La existencia de este cerebro transforma el funcionamiento de los demás al asumir funciones otrora propias de los otros cerebros, como en el caso de la percepción visual, ya que:

Con la encefalización, es evidente que, a pesar de las muchas redundancias del sistema nervioso, la neocorteza se vuelve más y más crucial para la sensación y la percepción, y de hecho hay una ordenación jerárquica en la neocorteza misma. Los primates superiores, por ejemplo, están ciegos para todos los intentos y propósitos cuando no tienen corteza estriada (MacLean, 1980, p. 16).

Esto lo reforzaba con los trabajos de Snyder y Diamond (1968), quienes habían extirpado el sistema genículo estriado a musarañas de árbol (*Scandentia*) sin que perdieran la capacidad de localizar objetos visuales en el espacio. El punto importante en su argumentación es que considera a las musarañas de árbol como precedentes filogenéticos de los primates, así, al avanzar en la escala evolutiva hacia los primates superiores, la neocorteza es cada vez más indispensable para esas labores.

MacLean (1980) estaba preocupado por la conexión funcional y anatómica entre la información verbal y no verbal de los sistemas perceptivos (visual, somático y auditivo) y el origen de

los estados afectivos, de las cuales aseveraba había poca información empírica, a excepción de un estudio de Head y Holmes (1911), con personas con lesiones talámicas, en donde se encontró que ciertos tonos o estímulos somáticos agravaban las sensaciones de dolor en las partes afectadas del cuerpo, además que estímulos iguales generaban distintas sensaciones en diferentes partes del cuerpo.

Lo importante de estas observaciones es que sugerían a MacLean la idea de la poca conexión entre cerebro neomamífero y emociones. La tesis de 1949 seguía vigente: una conexión directa entre el sistema límbico y las respuestas físicas.

Con respecto al cerebro reptiliano, las estructuras del cuerpo estriado están relacionadas con la percepción olfativa, estas estructuras tienen una enorme influencia en las conductas espontáneas de los animales (MacLean, 1980). Tras explorar distintas investigaciones en animales, concluye que está encargado de las funciones vitales, como la alimentación y el movimiento. Cita sus investigaciones con monos ardillas en las que produjo lesiones bilaterales en el diencefalo ventral (estructuras talámicas), ocasionando que, tras su recuperación, dichos monos pudieran alimentarse y moverse, pero “careciendo de aquello que uno podría llamar su animalidad. Tenían, por así decirlo, una conducta como la de un zombi, la cual era angustiosa de observar” (MacLean, 1980: 20).

En el caso del sistema límbico, el emocional por eliminación, MacLean (1980) afirmaba que las descargas neuronales en o cerca de la corteza límbica del lóbulo temporal activaban un espectro amplio de sentimientos afectivos básicos (hambre, sed, náuseas y aquellos asociados con los órganos y tejidos emuntorios), específicos (sabores y olores desagradables y sensaciones somáticas como dolor y estremecimiento) y generales (miedo, terror, tristeza, deseo de estar solo, enojo, familiaridad y extrañeza).

Antes esta pluralidad de emociones, MacLean (1980, p. 21) destaca la falta de objeto como común denominador, al afirmar que “al parecer el antiguo sistema límbico proporciona fuertes sentimientos afectivos de convicción que flotan libremente y que podemos unir a revelaciones y creencias, ¡independientemente si estas son verdaderas o falsas!”.

Este modelo está alineado con el freudismo de MacLean, ya que el modelo afectivo que Freud y Breuer plantearon en 1885 en sus *Estudios sobre la histeria*, explicaba que un afecto (carga energética) podía ligarse en el inconsciente a una representación cualquiera y generar un síntoma o una idea independientemente de la coherencia entre afecto y representación e independientemente

de la verdad o falsedad de dichas creencias (aunque a nivel consciente esa posible falsedad les daba el carácter de síntoma y no de una creencia más).

Afirma MacLean (1982) que la epilepsia del sistema límbico indica que es un sistema básico para los sentimientos afectivos de la realidad del sí mismo y del ambiente. La disrupción brusca de sus funciones cambia los estados de ánimo, distorsiona la percepción, causa sentimientos de despersonalización, alucinaciones e ilusiones paranoides. Claramente hay una ampliación de las explicaciones psicopatológicas relacionadas con el sistema límbico. En un principio, el problema radicaba (para el caso de las patologías psicosomáticas) en la cercanía anatómica ente los centros motores y el sistema límbico que evitaban el tratamiento intelectual (por parte del *word brain*) de las emociones; en este caso, no ligado a una psicopatología específica pero sí a una amplia sintomatología, el problema radica en un mal funcionamiento del sistema, es decir, la afección del sistema emocional conduce a síntomas centrales a psicopatologías como esquizofrenia, depresión, trastornos de personalidad, etc.

En 1949, MacLean sugería que los impulsos de los sistemas interoceptivos y exteroceptivos encontraban camino al hipocampo a través del giro del hipocampo. El hipocampo era visto como un mecanismo que combinaba la información de origen interno y la información de origen externo en sentimientos afectivos que posteriormente eran elaborados y expresados a través de conexiones con la amígdala, el septum, los ganglios basales, el hipotálamo, y el circuito de Papez. Es decir, en ese momento, consideraba a las emociones como un subproducto, una síntesis de procesos perceptivos externos e internos y no una especie con independencia ontológica. En 1980, al hablar de cómo la estimulación eléctrica del sistema límbico o los problemas de funcionamiento asociados con la epilepsia del límbico causaban, en sí mismos, procesos emocionales con todas sus cualidades fenomenológicas (la sed, el hambre, el susto, la necesidad de estar solo, etc.), las emociones se convierten en eventos independientes, en clases naturales.

Esta independencia, le permite plantear una división entre un sistema afectivo y un sistema con funciones epistémicas, al señalar que las descargas convulsivas en o cerca del sistema límbico se diseminan en la totalidad de dicho sistema, causando una desconexión entre ambos, ya que:

Registros simultáneos en la neocorteza suelen mostrar que ésta sufre pocos cambios durante las descargas en el sistema límbico, a excepción de una desincronización generalizada. Por dicha razón he hablado de una potencial “esquizofisiología” entre los sistemas límbico y neocortical, y he sugerido que dicha situación puede, en parte, dar cuenta de los conflictos entre aquello que afectivamente

“siento” y aquello que “sé”. (MacLean, 1980, p. 22)

La explicación de MacLean se movía hacia una especificación funcional de cada cerebro, delimitada de modo tal que las alusiones “reptiliano” y “paleomamífero” no solamente fungían como metáforas, sino como caracterologías capaces de dar cuenta de la naturaleza específica de distintos tipos de comportamiento en lo humanos; una visión que más que recordarnos a la frenología, rememora una fisiognomía que tenía como particularidad desplazar los rasgos animalísticos, tal como son tratados en la psicología popular, hacia estructuras cerebrales específicas.

MacLean cava profundo en su naturalización del freudismo, de modo tal que sostiene que desde las diferencias químicas y estructurales del cerebro triuno ha surgido, en la especie humana, un “psicoencéfalo” (*psychencephalon*), el cual se caracteriza por el incremento y consolidación (filogenéticos) del cuidado parental y la responsabilidad con otros miembros de la especie, superando por sinergia las estructuras caracterizadas por su automatismo, haciendo surgir aquello que llamamos conciencia (MacLean, 1982)

Bien puede decirse, que la “esquizofisiología” entre sistema límbico y neocorteza implica también una “esquizofrenia” (entendida etimológicamente como mente dividida) ya forma parte de la división más radical del cerebro tripartito, que equivale a una mente tripartita, en donde hay formas de comunicación y expresión conductual con características propias, ya que: “nuestras funciones psicológicas y conductuales están bajo la dirección conjunta de tres mentalidades muy diferentes. Además de la complicación de la falta de capacidad de comunicación verbal de las dos formaciones más antiguas” (1982, p. 189).

Entonces ¿cuál es la función, como tal, del cerebro neomamífero y en qué se diferencia de los otros dos? Para contestar, hay que dejar clara la visión que tiene de los cerebros más antiguos. En experimentos de privación neocortical en hamsters, Murphy, MacLean y Hamilton (Murphy, MacLean, & Hamilton, 1981) observaron que mostraban las conductas típicas de la especie, con un crecimiento y desarrollo normal, desarrollaron conductas de juego y se aparearon, reprodujeron y cuidaron a sus crías. No obstante, si son privados de alguna sección del sistema límbico, no juegan y presentan un déficit en la conducta materna, “como si estos animales hubieran retrocedido a una condición reptil” (MacLean, 1982, p. 204).

La neocorteza proporciona las bases neuronales del lenguaje y la expresión oral y, como se ha dicho, ha evolucionado en relación con los sistemas que MacLean considera receptores de información del mundo (con funciones exteroceptivas), los cuales además son representados en la

neocorteza. Afirma también que, ya que la representación del lenguaje hablado se encuentra en el hemisferio izquierdo, lo cual significa un acoplamiento evolutivo para la coordinación fluida entre lenguaje y expresión diestra del mismo (por ejemplo, en la escritura), el otro hemisferio juega un papel importante en la memoria, con lo cual la lengua no tiene un hemisferio dominante y puede sintetizar función y contenido (MacLean, 1982).

La corteza prefrontal tiene un papel fundamental para relatarnos el pasado, el presente y el futuro, ya que permite una mirada prospectiva que “hace posible tanto la anticipación como la planeación. Presumiblemente, es a través de sus conexiones con el núcleo medio dorsal que obtiene los *'insight'* requeridos para planear y prever las necesidades propias y las de los demás” (MacLean, 1982, p. 207).

Como se dijo, MacLean buscaba las bases fisiológicas del modelo mental freudiano, lo cual no es de ningún modo extraño, ya que como Sulloway (1979) planteó, el proyecto freudiano es el de un biólogo de la mente (criptobiólogo lo llama él), que siguiendo la estela de Ernst Haeckel intentaba comprender desde una particular forma de evolucionismo el funcionamiento de la vida psíquica. Basta tomar en cuenta el modelo energético de las emociones de Darwin para ver la enorme similitud con el modelo económico de Freud que Assoun (1981) considera heredero de Mayer, Helmholtz y Ostwald. Independientemente de su genealogía, así como del carácter biológico de los postulados de Sigmund Freud, asuntos que rebasan los objetivos de este trabajo, no se puede considerar a Freud como el iniciador de lo que se llama propiamente psicoevolucionismo, no obstante, es importante mencionar que, sin sus perspectivas tópica, dinámica y económica, introducidas a la neurociencia por la obra de MacLean, difícilmente se habría hecho este planteamiento.

De acuerdo con Laplanche y Pontalis (1996, p. 102), el carácter económico en las explicaciones psicoanalíticas “califica todo lo relacionado con la hipótesis según la cual los procesos psíquicos consisten en la circulación y distribución de una energía cuantificable (energía pulsional), es decir, susceptible de aumento, de disminución y de equivalencias”. Desde esta perspectiva (que no es la única en la metapsicología freudiana, también habría una dinámica y una tópica), se busca comprender los movimientos y destinos de la catexis (fenómeno por el cual una cantidad de energía psíquica es ligada a un objeto, una representación, una parte del cuerpo, etc.) como uno de los fundamentos explicativos de la aparición de ciertos síntomas o incluso rasgos subjetivos.

La metapsicología “piensa a los cuerpos en términos de proyección espacial, de despliegues

de fuerzas y de producción de cantidades” (Assoun, 2002, p. 14). Sitúa al evento psíquico en algún lugar del aparato psíquico o estructura (yo-ello-superyo). Desde ahí la pulsión, su función y sus destinos, deben ser estudiados desde ciertos mecanismos, particularmente la represión. Por lo tanto, una explicación económica da cuenta de las cantidades de energía libidinal que se comprometen o invierten en los mecanismos defensivos, moldeados por la represión que es inherente a la vida cultural.

Entonces, tendríamos que, mientras para Darwin, las acciones corporales descargan la acumulación energética de las emociones, por ejemplo un grito ante la acumulación de coraje; en Freud, la somatización, característica de la histeria, sería una forma de expresión de la economía psíquica, de cómo la represión hace que una representación y un afecto que no pueden ponerse en palabras, que no pueden nombrarse, sean expresados a través de un síntoma conversivo como podría ser una parálisis o ceguera histérica, debido a que necesitan ser descargados del algún modo. Estas explicaciones fueron naturalizadas por Paul MacLean y generaron toda una vía de abordaje en neurociencia.

Plutchik, quien importó el psicoevolucionismo a la psicología se encuentra íntimamente ligado a la tradición de Papez y MacLean, asentada en Cannon, indicio claro es la siguiente afirmación:

El miedo y la ansiedad en las personas es cercanamente paralelo al estado de excitación elevada de un animal que percibe un depredador o una amenaza a su descendencia, una similitud que ha sido encontrada en estudios neuroquímicos, anatómicos y de imagen los cuales muestran que esos estados son mediados por el sistema límbico, la parte del sistema nervioso central común en animales inferiores y superiores. (Plutchik, 2001, p. 345)

Pero todo su modelo fisiológico de base está desarrollado en torno a la relación fundante entre procesos subcorticales y emociones. Ríos-Flórez y Cardona-Agudelo (2016) afirman que Cannon, Papez, MacLean y Plutchik, además de Izard y Wilson, son los fisiólogos de las emociones a quienes se debe el “paradigma subcortical de los procesos emocionales”, en donde la amígdala, el tálamo, el hipotálamo, el hipocampo, los cuerpos mamilares y el giro cingulado (estructuras del tallo cerebral o sistema límbico en el modelo de MacLean), en donde dichas estructuras son vistas como asientos de las emociones primordiales, debido a su origen filogenético lo suficientemente tardío para desarrollar, por adaptación, el repertorio emocional ya presente en todos los mamíferos; pero no tan tardío para presentar meras conductas agonísticas; ni tan contemporáneo como para ser

tenido como una habilidad cognitiva de pleno.

En el próximo apartado se expone el modo en que el psicoevolucionismo fue asimilado por el cognitivismo clínico, con lo cual cambiaban radicalmente las explicaciones que desde el cognitivismo semántico se daban sobre el funcionamiento de las terapias cognitivas y cognitivo-conductuales.

2.3 Psicoevolucionismo, psicología clínica y afectividad

TenHouten (2017) afirma que, si Darwin consideraba que las emociones eran reacciones adaptativas a problemas de la vida, sin clasificar ni aclarar su origen, por su parte Plutchik, “desarrolló un modelo psicoevolucionista en el cual identificó cuatro tipos de problemas vitales — *identidad, temporalidad, jerarquía y territorialidad*. Cada uno de esos problemas vitales pueden ser una oportunidad, un peligro o una amenaza, de eso depende que una situación sea evaluada positivamente o negativamente” (TenHouten, 2017, p. 146).

El uso de la palabra “adaptación” en psicología clínica debería ser siempre metafórico, no obstante, como se verá en este apartado, esto no ha sucedido así. Un problema vital no es uno adaptativo en el sentido biológico y esa confusión se encuentra en la base de prácticamente todos los modelos cognitivistas psicoevolucionistas.

Plutchik (1988) considera que la psicología clínica, particularmente la psicoterapia, se ocupa de las conductas maladaptativas (*maladaptives*), las distorsiones cognitivas y la ansiedad en su búsqueda por quitar o disminuir los síntomas. Así, nos dice, la psicoterapia se relaciona con cuatro cuestiones: una evaluación de uno mismo; una reconstrucción histórica de aspectos de uno mismo; un conjunto de objetivos; y la adquisición de varias habilidades o estrategias.

La idea de Plutchik (1988) es que las psicopatologías dependen de la visión que una persona tiene de sí mismo y de su relación con el mundo, es esa visión la que afecta su estado de ánimo, ya que los acontecimientos no afectan por sí mismos, sino las creencias que se tienen de esos acontecimientos, las cuales determinan las emociones, es decir, “nuestro mundo emocional es creado por nuestras cogniciones” (Plutchik, 1988, p. 18). Este planteamiento es el clásico del cognitivismo clínico, que se revisará en el próximo capítulo, pero ¿qué relación tiene eso con su modelo fisiológico subcortical de las emociones? ¿Cómo es que condicionan al ejercicio de la psicología clínica?

Los trastornos psicológicos son, para Plutchik, realmente problemas cognitivos que

conlleven la persistencia de ciertas emociones de modo tal que esas emociones dejan de ser adaptativas. La presencia no adaptativa e incluso abiertamente antiadaptativa de las emociones es lo que debe considerarse patológico, no a la emoción misma. Las emociones funcionan como mecanismos neurofisiológicos de comunicación y supervivencia basados en adaptaciones evolutivas con base genética que generan una homeostasis conductual mediante circuitos de retroalimentación estabilizadora, entonces se puede decir que, si se cambia la visión de sí mismo, se rearticula el papel adaptativo de las emociones.

Existen ocho emociones básicas y episódicas que son: alegría, confianza, miedo, sorpresa, tristeza, aversión, ira y anticipación; las cuales se combinan entre sí mismas para dar paso al abanico emocional humano. ¿Por qué entonces hay cierta persistencia de algunas emociones en patologías específicas? Debido a que la mezcla de emociones genera distintos problemas, dependiendo de los rasgos de personalidad individuales. Una mezcla determinada puede ser problemática con un estilo de personalidad y no con otro, es por ello que el psicoterapeuta debe descomponer cada emoción para analizar sus componentes. Por ejemplo, dado que la culpa es una mezcla de miedo y placer, afirma Plutchik (1988), una persona que siente culpa porque abandonó la casa donde vivía con su pareja y a ésta, en realidad siente una mezcla entre el miedo de no poder ser autosuficiente y el placer por independizarse. La culpa es el conflicto entre el miedo y el placer, su evaluación separada permite explorar cada creencia. Y los problemas cognitivos y conductuales que acompañen a esa culpa, dependen del modo en que la desarticulación del papel adaptativo del miedo y el placer se empalme con sus rasgos de personalidad.

Sostiene Plutchik (1988) que las emociones, en tanto cadenas complejas de eventos, contienen sentimientos e impulsos a la acción. Los sentimientos no siempre pueden expresarse con palabras claras, mientras los impulsos a la acción son más claros, razón por la cual el terapeuta debe centrarse en estos impulsos, además porque los episodios emocionales son siempre ambivalentes, debido a las mezclas emocionales.

Así, cuando un cliente se siente atrapado en un tema, no puede actuar del modo que busca y no es capaz de examinar ideas o cursos de acción distintos, es importante observar qué emoción impera para determinar su relación con ésta, puesto que las diferencias idiosincráticas de las personas dan encausamientos distintos a sus emociones. Una de las principales afirmaciones de Plutchik (1988) es que:

La teoría de las emociones que yo propongo implica que todas las emociones tienen un valor de

supervivencia para el individuo. La alegría es una expresión de un contacto placentero que puede ser asociado con la propagación de los propios genes. Pero el miedo es tan adaptativo como la alegría en tanto moviliza al individuo a evitar una amenaza o conflicto. [...] un individuo que solamente presenta una emoción como principal ante todo problema tiene una emoción mal ajustada. Idealmente, *la capacidad de experimentar un amplio rango de emociones es un signo de adaptación exitosa o buena salud mental.*” (Plutchik, 1988, p. 17)

Dado que la supervivencia necesita de una plasticidad acorde con las variaciones en el medio en que se desenvuelve una persona, entonces la fijeza de ciertas emociones amenaza dicha supervivencia. Es importante recalcar la sinonimia entre “adaptación exitosa” y “buena salud mental”.

En consecuencia, para actuar sobre este mundo cognitivo al que responden las emociones, el principio terapéutico más importante es “reducir la influencia de lo ambiental y desconectar los problemas del pasado mediante el uso de estilos de afrontamiento adecuados” (Plutchik, 1988, p. 18).

Es claro que el uso de Plutchik de la fisiología psicoevolucionista es meramente conceptual, es decir, trabaja con una “fisiología conceptual”, entendida en el mismo sentido que Skinner (1975) habla del “Sistema Nervioso Conceptual”, como un sistema de resultados dinámicos y no como una estructura fisiológica real que experimenta cambios bioquímicos. Ya se verá si la procesión de autores que seguirá esta tradición logra hacer un uso efectivo de la fisiología, trascendiendo la fisiología conceptual o no. Las ideas de Plutchik vienen del afluente psicoevolucionista señalado y del cognitivismo clínico, pero sus encuentros con el constructivismo y la psicología evolucionista fueron fundamentales para su éxito mediático.

A partir del constructivismo se dio un valor diferente a las emociones, en franco desacuerdo con la visión del cognitivismo clínico de Beck y Ellis, para proponer cierta autonomía de las mismas con respecto a los procesos cognitivos y una intervención terapéutica centrada en las emociones. Es decir, las emociones no surgían de juicios ni tenían efectos por su adhesión a un juicio sino por sí mismas.

En este cambio queda claro que, mientras tradicionalmente se considera en el cognitivismo clínico que un pensamiento inadecuado genera emociones inadecuadas que mantienen comportamientos y otros pensamientos inadecuados, de modo que a través de la modificación de las estructuras cognitivas se cambian los pensamientos volviéndolos coherentes y lógicos para que las emociones sean coherente y lógicas; desde el constructivismo las emociones son fenómenos

evolutivos que por sí mismos causan problemas si está perturbada la capacidad sintética del organismo, la cual siempre obedece a fines adaptativos, de modo que no pueda conciliar la tendencia adaptativa con las exigencias actuales.

Esta tendencia emocionalista en las visiones constructivistas, base de lo que llamamos “giro emocionalista” en psicología clínica, debe mucho a la teoría del apego de Bowlby, la cual bien podría ser entendida como un psicoanálisis etológico, en el sentido que es una teoría que surge de la aplicación de marcos interpretativos derivados de descubrimientos etológicos con distintas especies a los supuestos teóricos del psicoanálisis. Las emociones, considera Bowlby (1980), son tendencias adaptativas modeladas por patrones de crianza e interacción tempranos que funcionan como estructurantes de todas las experiencias; están detrás de los esquemas con que vemos el mundo, por lo cual son autorreferenciales en todo proceso perceptivo.

Es claro que las emociones de las que nos habla no son actitudes proposicionales, ni juicios, ni cogniciones calientes, ni valoraciones sesgadas, sino instintos o pseudoinstintos, debido a que su conceptualización debe mucho a las formulaciones de Konrad Lorenz sobre la impronta (*imprinting*), con los cuales descubrió que el aprendizaje temprano en patos y gansos, quienes al eclosionar en su presencia lo seguían como si fuera su madre, les impedía identificar posteriormente a su madre biológica (Bolhuis & Van Kampen, 1991). Las consecuencias de esa identificación temprana determinaban otro tipo de comportamientos en dichas aves, ya que “el ave no desarrollará respuestas sociales y sexuales propia de su especie. En la edad adulta, los patos improntados en Lorenz intentaban copular con él o con algún otro ser humano y no tenían interés sexual en su propia especie” (Vicedo, 2009, p. 264).

Desde la impronta se estructuraban ciertas pautas del comportamiento importantes para la vida adulta, además, de acuerdo con Vicedo (2009), en Lorenz esquemas innatos de liberación de los diferentes sistemas de comportamiento son estructurantes de toda experiencia. El mismo Lorenz realiza una conceptualización de las emociones que el constructivismo posracionalista asume completamente:

el hombre tiene otros tantos instintos ya que tiene emociones cualitativamente distinguibles, [es necesario] sospechar de la existencia de un mecanismo de liberación innato, ya que siempre podemos determinar introspectivamente una calidad específica de los placeres sensuales (Lorenz, 1950, pág. 263-265)

Este igualamiento de emoción con instinto supone una inversión interpretativa con respecto

a Darwin. El autor inglés reconocía emociones humanas en todos los animales; Lorenz reconoce instintos animales en las emociones humanas. Irenäus Eibl-Eibesfeld (1989), alumno de Lorenz y padre de la etología humana, hizo una prolongación de dicha conceptualización y su trabajo se centró en las expresiones faciales tras ese concepto de emoción, lo cual aplanó el camino para el uso de estos recursos en la psicología clínica. No solamente eso, puede bien decirse que la visión constructivista surge de un diálogo muy íntimo con la epistemología evolucionista temprana de Lorenz, Wuketits y Hayek.

Las exploraciones de Eibesfeldt propiciaron un encuentro entre psicoanálisis y etología, en el cual, tal y como lo dice Bowlby (1980), el psicoanálisis debía cientifizar sus postulados si quería sobrevivir, rindiendo cuentas a los planteamientos darwinistas. Bowlby buscaba persistentemente un sustento biológico que limpiara de especulación los planteamientos psicoanalíticos. Tras la propia noción de apego como vínculo emocional (Bowlby, 1992), afirma que las consecuencias nefastas de un apego inadecuado o una separación afectiva impactan todas las posibilidades de aprendizaje, memoria y procesamiento de información (razón, imaginación, toma de decisiones y más.), declaración que en el centro contenía la convicción psicoanalítica de encontrar en los primeros años la clave comprensiva de las conductas de las personas.

Estos planteamientos aparentemente borran la oposición entre racionalidad y afectividad, al darle un papel estructurador radical a las emociones, afirman Guidano y Liotti (2006) que lo racional sobreviene después de un sentido de sí mismo que es únicamente emocional, en tanto las emociones son formas de interactuar y comprender el mundo, lo racional vendrá con el lenguaje y tendrá un poder menor, no obstante invierte el orden y mantiene la oposición. Guidano (1994) al decir que el reconocimiento del rostro y la expresión de emociones está en la base de todos los eventos cognitivos de las personas, operó un desbancamiento de la racionalidad como proceso central a través del cual nos movemos y comprendemos el mundo, dado que incluso ésta está posibilitada por las formas relacionales estructurantes del apego.

Desde esta postura, las emociones son la justificación de todas las razones y son el único factor para la acción y planificación, dado que todo proceso cognitivo es un proceso afectivo. Su concepción psicopatológica es que los procesos emocionales son estructuras que organizan y condicionan el carácter obsesivo, depresivo, psicótico o despersonalizante de las personas, es decir, esta estructura determina el “problema” que una persona va a padecer si se dan las condiciones estresantes precisas para el desarrollo de una sintomatología. La estructura emocional que sea

moldeada en la infancia va a gestar la vulnerabilidad psicológica de unos y la invulnerabilidad psicológica de otros.

En este cambio, considera Guidano y Liotti (2006), la relación entre emoción y racionalidad se ve trastocada debido a la consideración constructivista de que el sujeto es parte de lo observado ya que su particularidad perceptiva como especie y su historia psicológica le dan a esa experiencia única de una realidad única que debe ser comprendida en sí misma. Una observación es una interpretación ya de origen y toda observación es autorreferencial debido a que, en partes inseparables, y metódicamente indiferenciables, la interpretación es una referencia a sí mismo. Pero no solamente se modificaba esa relación, el propio Guidano optó por esta visión confrontativa que lo llevó a hablar de su propuesta como una postracionalista en oposición con el racionalismo de Beck y Ellis, entendido como un “realismo inocente”.

Una de las modificaciones en la comprensión de la cognición que proponen Guidano y Liotti (2006) es que el conocimiento es el proceso adaptativo primordial con el cual los seres humanos interactúan con el mundo, tanto en un sentido filogenético como ontogenético, caracterizado por estar en una reestructuración y remodelación constante que integra los datos vivenciales que surgen de la interacción con la realidad. En consecuencia, si algún factor altera o incluso evita la reestructuración de la autoimagen y las actitudes hacia la realidad, entonces aparecen pensamientos y comportamientos estereotipados y repetitivos que afectan la adaptación al ambiente, allí es donde surgen las disfunciones cognitivas que son condicionadas por las predisposiciones emocionales.

En esta visión, no se considera que las emociones por sí mismas sean patológicas, sino que las actitudes rígidas son el resultado de las experiencias tempranas de apego y de cómo dichas experiencias han sido resignificadas e integradas en el desarrollo cognitivo (no perder de vista que para estos autores cognitivo es sinónimo de conocimiento), de modo que un desorden emocional puede ser definido como el carácter recalcitrante de una emoción, o bien un repertorio reducido de respuestas emotivas. El apego patológico influye la organización del conocimiento de modo tal que permite la emergencia de síndromes clínicos (Guidano y Liotti, 1983 [2006]).

Para esta visión postracionalista, que consideramos la primera expresión completa de cognitivismo clínico psicoevolucionista al asumir las posturas de Bowlby edificadas sobre las neurociencias psicodinámicas que exploramos en el siguiente capítulo, la solución a los problemas o trastornos psicológicos, dada su crítica a las estrategias racionalizantes, viene de estrategias reestructurantes de las narrativas con la que las personas, según este planteamiento, vivimos la

realidad. La predilección por una u otra narrativa es igualmente el resultado de la tendencia de la estructura emocional, así que, si se construye una narrativa cercana a esa estructura que permita salir de la visión que genera malestar psicológico, entonces esta nueva narrativa ocupará el lugar organizador. Lo emocional como estructurante de la personalidad.

El postracionalismo era la primera propuesta en psicoterapia cognitiva que tomaba discusiones claramente evolucionistas en su seno, ya que Mahoney había aplanado el camino, pero no solamente eso, sino que apostaba por la integración de sus perspectivas con las visiones psicodinámicas biologizantes. Pero, desde el cognitivismo clínico se levantaba una tradición ligeramente diferente, la cual, manteniendo cierta fidelidad a la visión de una cognición bayesiana como fundamental, atraía estudios de las ciencias cognitivas para reformar al cognitivismo clínico.

De acuerdo con Gangemi, Mancini y Johnson-Laird (2013), la visión cognitiva semántica en el cognitivismo clínico es heredera del platonismo, dado que ha considerado que las inferencias irracionales y los sesgos que resultan de dichas inferencias están en la base de las patologías psicológicas y la lógica se ha visto como antídoto. La corrección de los errores inferenciales, la revisión de las creencias disfuncionales y el peso de la evidencia tienen la capacidad de conducir al alivio. Pero, afirman, si bien no cabe duda que las personas con trastornos mentales frecuentemente razonan de forma inadecuada, desde los estudios de Wason (1960) hasta los de Kahneman podemos decir que también los individuos sanos cometen una gran cantidad de errores sin por eso devenir enfermos. Respaldados por esta idea, Gangemi, Mancini y Johnson-Laird (2013) sugieren que las emociones pueden ser apropiadas en una situación pero su intensidad ser inapropiada y que ahí radica el origen de las patologías psicológicas.

Detrás de esta idea, se encuentra una teoría sobre la relación entre cognición y emoción que sostiene que las evaluaciones cognitivas de ciertas situaciones disparan emociones que predisponen a los individuos a ciertos cursos de acción y pensamiento (Oatley y Johnson-Laird, 1987; 1996). Esas emociones, pueden ser básicas, las cuales dependen de mecanismos innatos, las cuales incluso pueden ser causadas por evaluaciones primitivas “que no hacen uso de la memoria de trabajo y ocurren fuera de la conciencia” (Gangemi et al., 2013, p. 48); o pueden ser complejas, las cuales parten de emociones básicas más modelos mentales que un individuo tiene de sí mismo. En esta visión, emociones como los celos, la culpa u otras, no pueden ser experimentadas sin tener una evaluación cognitiva de su causa y una autoevaluación con relación a la forma en que nos idealizamos.

Gangemi, Mancini y Johnson-Laird (2013) sostienen que las emociones básicas subyacen a la psicopatología. La idea central es que hay reacciones emocionales racionales, como el miedo al estar frente a un perro con disposición de atacar porque sabemos que es probable que lo haga, no obstante, habría personas que sobre-reaccionarían ya sea como resultado de disposiciones innatas o por tensiones recientes. A esas emociones desproporcionales, es a lo que llaman hiperemoción. En el ejemplo anterior, una hiperemoción sería tener temor (y sus expresiones corporales) ante cualquier el ladrido de un cachorro. Por lo tanto, las personas son conscientes de qué causa su emoción, pero no de qué causa su intensidad. Esto desencadena el proceso que mantiene los trastornos psicológicos, a saber:

Las hiperemociones a su vez concentran la mente: los individuos razonan acerca de su problema. Su razonamiento amplifica sus emociones y amplía los problemas que desencadenan las transiciones inconscientes que sostienen su situación. [...] Los individuos no tienen control sobre esas emociones. Todo lo que ellos pueden hacer es adoptar algún método para que decrezca esa emoción, tales como evitar la causa” (Gangemi et al., 2013, p. 49).

En este modelo, es claro que hay una relación dispar entre razón y emoción. De entrada, las emociones, básicas y complejas, son racionales si son adecuadas a una situación, es decir, como venimos sosteniendo, sirven para detectar, plantear y resolver problemas, como en el caso del perro amenazante. Pero, esa adecuación se rompe cuando la intensidad de la emoción no es simétrica con el evento, lo cual trae como resultado un trastorno psicológico. El individuo al razonar sobre su trastorno, es decir, al querer detectar, plantear y resolver lo que sucede, empeora las cosas debido a que esto amplifica sus emociones y por lo tanto sus problemas y su única salida es renunciar al reinado de esa emoción evitando la causa. La disparidad surge del hecho que la causa (disposiciones innatas o tensiones recientes) escapan de la racionalidad, no pueden ceder a ésta.

Este modelo causal de los trastornos mentales estaría en la base de los más celebres de éstos, Gangemi, Mancini y Johnson-Laird, (2013) afirman que la ansiedad intensa causa las fobias, la tristeza intensa la depresión, los disgustos intensos el desorden obsesivo-compulsivo y la ira el trastorno de oposición desafiante. Y afirman que, al originarse y mantenerse un trastorno por el mecanismo ya mencionado, se producen formas de razonamiento ligadas a la patología, por ejemplo, una persona deprimida o que tiende a la depresión, ante una pérdida reaccionará siempre distinto a una persona sana, quien se recupera y rehace sus planes. Estos individuos tienden a tener una hipótesis sobre el funcionamiento de su problema a la que siempre recurren por economía

cognitiva.

Bajo este modelo explicativo, Gangemi, Mancini y Johnson-Laird, (2014, p. 51) sostienen cuatro predicciones sobre la relación emoción-racionalidad en la psicopatología, a saber:

1. Las emociones básicas de intensidad aberrante causan y mantienen los trastornos mentales.
2. Las inferencias que provocan una emoción generan mayor motivación en encontrar distintas posibilidades en un curso de acción o pensamiento que aquellas inferencias no emocionales.
3. Como consecuencia de esto, las personas con trastornos psicológicos deberían razonar mejor sobre su condición que los individuos sanos.
4. Diferentes trastornos psicológicos deben conducir a diferentes estrategias de razonamiento.

Podría decirse que, como otros autores que hemos explorado sostienen, un razonamiento que esté completado o que llame a las emociones es, al menos, más intenso y supone mayor interés en el objeto o situación analizada; esto conlleva a buscar más opciones de solución y con ello eleva las posibilidades de éxito. Con este trasfondo, los autores suponen que una persona con un trastorno psicológico, al estar motivado por una hiperemoción a pensar y comprender su situación para corregirla, debería razonar mejor mediante diferentes estrategias sobre dicha situación, no obstante, cometen un error, ya que una mayor motivación y la apertura a más estrategias no lo hacen mejor razonador, en todo caso elevan las posibilidades, pero las vías de búsqueda podrían ser inadecuadas.

El planteamiento parece un tanto confuso. Tenemos que una hiperemoción, que es una emoción básica de intensidad aberrante, genera un trastorno psicológico, no obstante, ya en ese estado, las emociones deberían generar mejores vías de abordaje racional, por lo tanto, para salir de la confusión, estas emociones pro-racionales, deben ser otras, no las mismas que causan y mantienen el trastorno ya que, como se planteó, éstas están en un círculo vicioso.

Ante esta necesidad, plantean una distinción entre emociones incidentales e integrales. Las incidentales, son aquellas que surgen como reacción a un hecho que no compromete demasiado a un individuo (una película o una historia), estas emociones no impulsan de forma determinante los procesos de razonamiento. Las integrales, que son las que mejoran el razonamiento, son el resultado de un evento racional, entendiendo aquí evento racional como aquel en donde la emoción

era pertinente y útil, además que dicho evento es importante (Blanchette & Richards, 2010). Son estas últimas emociones las que tienen un papel en el alivio, curación o recuperación de los trastornos psicológicos si es que la persona es guiada por dicho camino, lo cual es un asunto psicoterapéutico.

En esta teoría se propone un papel ambivalente de las emociones que las posicionan, en cuanto a la relación trastorno-curación, por encima de la racionalidad, ya que ésta no tiene impacto benéfico como vía de curación. Además, las emociones mejoran o determinan las posibilidades de los abordajes y soluciones racionales, de eventos de distinta índole, mediante una relación simétrica entre motivo emocional y desempeño racional. Las emociones básicas, que suelen ser racionales, si por su intensidad causan un trastorno, entonces pueden ser aliviadas por emociones que son desencadenadas por un evento igualmente de forma racional, es decir, en la intensidad adecuada y si son dichos eventos relevantes para el individuo. Estas emociones pueden ser básicas o complejas.

Los autores admiten que hay una dependencia entre desencadenante y emoción básica que hace a las emociones siempre racionales por su objeto, pero irracionales por su intensidad. Y este carácter racional *a priori* depende de que las emociones básicas sean innatas, universales y resultantes de la adaptación biológica (Gangemi et al., 2013). Dado que las emociones básicas son patrones fijos de acción en el mismo sentido que las trató la etología clásica, por lo tanto, tienen un desencadenante fijo (que puede variar en condiciones extremas como el aislamiento o la falta de disponibilidad de dicho estímulo) y que en su despliegue siempre se dan de la misma forma, con los mismos movimientos, pero con diferente intensidad.

Esta visión se complementaría con la psicología evolucionista de gran prestigio en tiempos recientes. La psicología evolucionista se presenta como una forma de pensar los problemas tradicionales de la psicología desde los planteamientos de las teorías evolucionistas (Cosmides y Tooby, 1992). En esta perspectiva se han postulado tres niveles explicativos complementarios que sirven para explicar o abordar un fenómeno. El primero lo conforman teorías acerca los problemas adaptativos que han enfrentado nuestros antepasados en toda su historia evolutiva, lo cual surge de las descripciones de los nichos ecológicos que habitaron-construyeron dichos grupos; el segundo, la descripción de aquellos procesos psicológicos que surgieron para hacer frente a esos problemas; el tercero, busca comprender los procesos neurobiológicos que subyacen a los psicológicos desde un marco evolucionista.

Valga decir que la comprensión de los procesos neurobiológicos podría también definirse como una hermenéutica evolucionista, particularmente adaptativa, de los descubrimientos o planteamientos en las neurociencias. De acuerdo con Sanjuan (2005), podemos caracterizar a la psicología evolucionista por el papel central que la modularidad masiva tiene para comprender la función cerebral y su correlato mental-comportamental, así como dos principios presentes en todas sus explicaciones, a saber:

1. Adaptación Evolutiva al Ambiente: el entorno selecciona patrones comportamentales que mejoran la capacidad adaptativa de una especie. Como el miedo a las arañas o las serpientes.

2. Retardo en el Genoma (*Genoma Lag*): los condicionantes genéticos de las emociones, los instintos y otros rasgos aparecieron en ambientes arcaicos, y ya que el cambio cultural es más rápido, entonces se presentan problemas entre dichas adaptaciones y las necesidades del mundo contemporáneo.

Dentro de este marco de pensamiento, Tooby y Cosmides (2000, p. 92) consideran a las emociones como “programas de orden superior” (superordinados) que coordinan respuestas organizadas frente a distintas situaciones ambientales, poniendo en marcha una serie de habilidades resultantes de la adaptación a cambios ambientales que mejoran procesos cognitivos de distinta índole, metas, acciones, motivaciones, la atención y respuestas fisiológicas.

Las emociones registran pistas en el ambiente de adaptación evolutiva (EEA) que son relevantes ante situaciones específicas. La presencia de estas pistas y su estabilidad en el ambiente de adaptación evolutiva permiten una solución modular a tales problemas, lo cual implica, de entrada, un “ahorro” de recursos, debido a que dichas respuestas no requieren una elaboración cognitiva con la estructura de un juicio proposicional. Son evolutivamente limitadas y determinadas.

Atendiendo a esta función, las emociones no son coextensivas con efectos o causas fisiológica, comportamentales, juicios, valoraciones cognitivas o sentimientos, ya que tienen una injerencia evolutivamente determinada en todos estos eventos y tienen como función resolver problemas ambientales que enfrentaron los ancestros del humano (Cosmides y Tooby, 2000).

Teniendo esto en cuenta, como Jones (2006, p. 16) propone, habría de entrada la idea de que las emociones:

nos ayudan a enfocarnos en nuestras razones; incrementan la eficiencia en la toma de decisiones, en ocasiones incluso dan paso a la acción correcta sin pensamiento mediador; facilitan la acción apropiada, preparan al cuerpo y la motivación para tener una opción de acción dentro del rango

delimitado por la emoción.

Esta idea de la ausencia de pensamiento es importante para los psicólogos evolucionistas ya que eso permite hablar del carácter innato de las emociones e incluso asemejarlas con los instintos, tendencia muy común en la naturalización de las emociones, no obstante, lo problemático que resulta decir que un comportamiento es o no instintivo, por la polisemia del concepto, esto plantea una dicotomía radical entre racionalidad y emociones aunque la cooperación sea fundamental.

La relación de adecuación entre respuesta emocional y desafío ambiental, que podría ayudar a enfocarnos e incrementar nuestra eficiencia, no siempre cumpliría ese cometido, ya que las emociones son adaptaciones que no necesariamente concuerdan con los desafíos ambientales a los que hacemos frente en el mundo contemporáneo (el *Genoma Lag*), e incluso podría ser nocivo. Como Jones (2006) menciona, los errores al facilitar la acción apropiada más que un problema inherente a las emociones serían en todo caso la fuente de error por el desfase, el anacronismo, entre la respuesta y el ambiente y las expectativas.

Entonces, en algún momento las emociones facilitaron la acción apropiada, incluso en algunos casos sigue siendo así, pero ante toda variación en la adecuación señalada el error es posible, por lo tanto, la certidumbre de la respuesta ya no sería consecuente con el criterio de ahorro energético, aunque sí como respuesta ante la opacidad ambiental, pero podría ser cara e implicaría desaprovechar la otra ventaja evolutiva que es la racionalidad, si es que, claro está, es ésta una ventaja.

Las emociones facilitan la acción apropiada porque tienen una relación coevolutiva con el objetivo de esa acción, pero no necesariamente porque mejoren el acceso a nuestras razones o porque los factores de relevancia que proporcionan sean el resultado de un análisis más eficiente por automático. La tesis de la modularidad masiva incluso niegan la posibilidad de el mejoramiento al acceso de nuestras razones ya que las emociones están encapsuladas. La psicología evolucionista acepta que las emociones son racionales cuando, por el contexto, son atinadas.

Si, como afirman Cosmides y Tooby (2000), las emociones tienen funciones computacionales que se relacionan con procesos motivacionales y otro tipo de procesos cerebrales que nos permiten generar acciones y conocer el mundo, es porque la estructura cerebral de la cual emergen tiene las características “calientes” que les atribuimos, mientras el razonamiento, la inducción, los juicios probabilísticos, etc., son “fríos” por su estructura subyacente.

El uso de las metáforas “frío” y “caliente”, que científicos cognitivos como Thagard (2008) también han usado, hacen referencia a la velocidad y cantidad de información para el cómputo o tratamiento de información. El pensamiento frío hace un tratamiento lento que es más eficaz a mayor información disponible, mejores condiciones de cómputo (tiempo no limitado, bienestar del agente, etc.), mayor mejoramiento u optimización del computador y buenas posibilidades de generalización o abstracción.

El pensamiento caliente, no es que tenga más posibilidades de acierto cuando se dan las condiciones contrarias (información limitada, exigencia de velocidad o condiciones desfavorables), sino que ante esas condiciones se disparan estas respuestas para contrarrestar el evidente fallo del pensamiento frío. El pensamiento caliente, partiendo de eventos similares presentes en la historia evolutiva y que son inconscientes en tanto no se presentan como información en forma de juicio, pero disponibles como respuestas automáticas, responde de forma impulsiva y heurísticamente viable, con lo cual puede tener mayor éxito que el pensamiento frío en dichas circunstancias.

Derivado de lo anterior, Tooby y Cosmides (2008) defienden la idea de que estructuras cerebrales específicas, para problemas específicos, implican que algunos programas cerebrales sean inconsistentes con otros, razón por la cual, ante la acción de un mecanismo, otro no está en funcionamiento paralelo. De la misma forma la combinación de estructuras para problemas específicos genera respuestas a problemas novedosos para los que no existe una estructura específica, por lo tanto, no es generalizable el éxito de una estrategia, aunque sí puede hablarse de una confiabilidad elevada.

Proponen pensar las emociones con respecto a la racionalidad en este segundo sentido, como programas de orden superior que han evolucionado para resolver demandas complejas y:

reconocer que el mecanismo de orquestación es la función que define a las emociones y explica en detalle sus características de diseño. Son adaptaciones neurocomputacionales que han evolucionado como respuesta al problema adaptativo de encontrar matrices para la activación de mecanismos útiles para demandas adaptativas específicas impuestas por situaciones alternativas (Tooby y Cosmides, 2008, p. 117)

Efectivamente, consideran que cada emoción evolucionó para dar respuesta a situaciones recurrentes y evolutivamente determinadas. La experiencia consciente que un individuo tiene de una emoción, es independiente de si sus respuestas son acordes a dicha emoción, ya que se puede ser inconsciente de los estados emocionales y aun así emitir una respuesta evolutivamente

determinada. Estas ideas son fundamentales para el cognitivismo clínico psicoevolucionista que será expuesto en el próximo apartado.

2.3 Cognitivismo clínico psicoevolucionista, psicopatología y psicoterapia

El cognitivismo clínico psicoevolucionista hoy se vive como un gran éxito dentro de la psicología clínica, en gran medida porque ha desechado casi todo el vocabulario psicológico que les precedía o bien lo ha resignificado echando mano de un vocabulario rico en conceptos biológicos utilizados en modos diversos, generando la ilusión de científicidad, actualidad, complejidad e incluso superación de los viejos embrollos de la psicología; a pesar de que en realidad estas visiones estén edificadas en torpes y abusivas prolongaciones de la biología, como se intentara mostrar.

La característica principal de esta visión es considerar que los problemas psicológicos que busca comprender y atender son todos ellos en algún grado resultantes de problemas adaptativos, en los cuales las emociones juegan el papel primordial, y los cuales deben ser afrontados por narrativas y acciones basadas en valores darwinistas. Desde su visión, el objetivo de la psicología clínica es lograr el acoplamiento y conversión del cliente hacia una axiología específica capaz de normar su vida durante y después de las intervenciones terapéuticas para adaptarse, signifique esto lo que signifique.

Sanjuan (2017) invita a ver en el darwinismo una perspectiva integradora y una interpretación de la etiología de los trastornos mentales, proponiendo que la trinidad ultradarwinista (adaptación-lucha por la existencia-selección natural) sirve como marco comprensivo de todo trastorno psicológico. Este interés se fundamenta en la convicción, retomada de Dennett (1999), de que la fertilidad y desafío de esta “simple y elegante figura explicativa” supera cualquier otra explicación hasta ahora dada en cualquier campo que involucre seres vivos.

Este viraje darwinista impulsara una psicología clínica centrada en la psicopatología evolucionista, proveniente de la psiquiatría y las neurociencias, la cual aparentemente tenía ciertas ventajas en cuanto a la tan pretendida “universalidad” en psicología clínica, no obstante, condujo a una utilización acrítica de los desarrollos en psiquiatría biológica y neurociencias, saberes de donde obtienen sus insumos teóricos principales.

Se mostrará que esta mudanza conceptual y fundamentación no aportaban absolutamente ninguna transformación práctica en las intervenciones clínicas, solamente han sido de gran fertilidad narrativa en el cognitivismo clínico psicoevolucionista en consolidación.

La centralidad de la psicopatología, cambió el tono explicativo de las causas de los comportamientos, de modo tal que el auxilio que pudiera prestar la psicología sería ya no en el combate del trastorno, que es de naturaleza biológica, sino en la reestructuración vital, en la capacitación para la vida como paciente psiquiátrico en tratamiento farmacológico y respondiendo de forma adaptativa a los desafíos de la vida diaria. Las explicaciones causales de los trastornos psicológicos serán siempre adaptacionistas y en algunos casos ultradarwinistas, confirmando lo que Stevens y Price (2000, p. 31) han afirmado:

el darwinismo [...] es el fundamento en el cual todas las ciencias biológicas se basan en la actualidad, y ninguna explicación psicológica puede tener esperanzas de supervivencia si es incompatible con dicho fundamento. La psiquiatría evolucionista sostiene, como hemos visto, que cada organismo viviente tiene una estructura anatómica y un repertorio conductual el cual está únicamente adaptado al ambiente en el cual evolucionó.

Tener o no un problema psicológico depende de ambientes físicos y sociales capaces de conjuntar las necesidades arquetípicas (*archetypal needs*) del desarrollo individual, por lo tanto, una incapacidad sintética conduce a la psicopatología. Las necesidades arquetípicas son interpretadas como aquellas adaptaciones que han sido privilegiadas por la selección natural; un ambiente que no sea óptimo para esos rasgos resulta incompatible con la supervivencia y la reproducción o bien produce trastornos psiquiátricos, sociales o ecológicos.

En concordancia con lo anterior, Gilbert (2002) asume nueve fundamentos de la psicopatología evolucionista, que son:

1. Los animales no buscan, como acto volitivo, pasar sus genes a generaciones ulteriores, sino que están motivados por participar en conductas que caigan bajo su control y cuando esto se realiza competentemente se dice que hay "eficacia biológica" (*fitness*); pero esta eficacia se da en competencias evolutivamente modeladas en épocas anteriores a las que normalmente apela la psicología, siendo así inútil hablar de eficacia biológica con respecto a la forma contemporánea de las conductas (si alguien logra, trabajando un par de horas más al día comprar un carro en menor tiempo, no se puede decir que sus actos denotan eficacia evolutiva).
2. Existen mecanismos de organización cerebral que son fundamentales al guiar a los animales en la obtención de sus objetivos, los cuales pueden ser específicos de una especie, determinados por la etapa del desarrollo, relacionados con el género,

relacionados con el rol social y/o determinados por el ambiente. Estos mecanismos condicionan estrategias, las cuales son disposiciones evolucionadas para la atención, el procesamiento de información y el despliegue de acciones.

3. Toda disposición o estrategia evolucionó para servir a la eficacia adaptativa y no para promover la salud mental, por lo tanto, en algunos trastornos psicológicos los mecanismos que las sostienen pueden ser adaptaciones, así, afirma Gilbert (2002, p. 266) que:

La ansiedad está relacionada con varias formas de defensa ante amenazas (Marks, 1987); la depresión parece estar relacionada con bajos afectos positivos y una exploración reducida que podría ser útil para afrontar las pérdidas del apego y la derrota (Beck, 1996, 1999a; Gilbert, 1992a); la paranoia que permite enfocarse en las amenazas que provienen de los otros del mismo grupo/especie (Gilbert, 2001a).

Esto no significa que los mecanismos para el control de los estados de ánimo y afectos siempre trabajen adaptativamente, sino que interactúan con esquemas y nociones personales.

4. Todos los mecanismos moldeados por la evolución tienen un rango de adaptabilidad que incluye desencadenantes, frecuencia, duración e intensidad. Los desencadenantes pueden ser cognitivos, genético, madurativos o de otros tipos.
5. Aquello determinado por la adaptación no es necesariamente la mejor respuesta para todos los desafíos a los que debe o pretende dar respuesta; además un rasgo adaptativo puede comprometer a otro rasgo que se haya adaptado en otro momento ante otra necesidad.
6. La evolución procede a través del cambio y adaptación de diseños preexistentes, no es una tabula rasa. Bajo esta premisa, la estructura cerebral es posible por millones de años de evolución, dicha estructura determina una serie de emociones básicas y sistemas para el manejo del estrés.
7. Las nuevas adaptaciones pueden atentar contra las más viejas y causar problemas. Tal como la rumiación puede afectar los sistemas afectivos y motivacionales más arcaicos.
8. Las adaptaciones prehumanas que subsisten en los humanos se dieron en contextos ecológicos distintos, de modo que las formas sociales e institucionales del mundo moderno pueden frustrar dichos mecanismos evolutivamente determinados por su

incompatibilidad con ese ambiente.

9. Las interacciones entre las disposiciones evolucionadas y la cultura condicionan características sociales distintas, tal que, por ejemplo, en los entornos donde la cacería se despliega en terrenos plagados de depredadores, con los que se compete, favorecen la presencia, en humanos del género masculino, de rasgos machistas, la ostensión de un carácter temerario y claras diferencias de género.

Para Gilbert (2002) de uno u otro modo siempre están ahí los rasgos adaptativos acechando a otros rasgos que logran tener cierta independencia de éstos, como la inteligencia y los anhelos apegados al mundo moderno. Para explicar la psicopatología bastan estos nueve principios en constante tensión con lo que ha llamado los “fenotipos de apego”, las estrategias sociales, las “estrategias adaptadas a los nichos” (*strategies fit niches*), los esquemas cognitivos, las estrategias conductuales de defensa y las conductas para mantenerse a salvo (*safeness behaviors*).

Las combinaciones entre estos componentes tienen distintos pesos en distintas psicopatologías y en distintas personas, no obstante los rasgos determinados por la eficacia biológica en otros momentos de la historia evolutiva son los de mayor importancia, dado que están presentes en todos los humanos, y muchos animales, siempre empujando con fuerza, siendo evocados a pesar de los esfuerzos de la voluntad y con la capacidad de conducir al individuo al sufrimiento, la inhabilitación e incluso la muerte si no sabe gestionar estas guerras de las que él es campo de posibilidad.

Otra visión adaptacionista de la psicopatología es la de McGuire, Nesse y Troisi (1992) quienes afirman que la biología evolutiva, con su distinción entre explicaciones últimas y explicaciones proximales de la conducta, apuntala una visión funcional del comportamiento con la que pueda darse sentido al carácter reactivo de la conducta y los procesos neurofisiológicos que la condicionan.

Los autores afirman que los criterios actuales para definir los desórdenes mentales son, (1) la asociación de éstos con una lesión somática; (2) las desviaciones estadísticas de la normalidad; y (3) la angustia subjetiva; de los cuales, el sufrimiento que muchas veces se ha leído como el factor más ajeno a la evolución no es más que el producto de un proceso evolutivo donde sentir placer o dolor, así como otras emociones, nos permiten identificar el peligro y las amenazas vitales.

Sostienen que hay que diferenciar la etiología (causa) de la patogénesis (mecanismo), de modo tal que, por ejemplo, una alteración en la recapturación de la serotonina (característico de la

depresión) es la patogénesis, mientras la causa sería ambiental o genética. Esta apertura hacia lo ambiental, en donde McGuire, Nesse y Troisi (1992) afirman que la interacción social sería el factor que impacta el funcionamiento los mecanismos que dan paso a la patogénesis, no debe entenderse como una sociogénesis en el sentido de que son las interacciones las que enferman, sino que consideran que la interacción del organismo con otros organismos y con circunstancias vitales, le permiten o no desplegar comportamientos evolutivamente determinados que son esenciales para su salud mental, lo que convierte a la interacción en un escenario para los rasgos evolutivos que al verse frustrados generan malestar.

El asunto central es que la selección natural ha favorecido mecanismos cognitivos y sentimentales (*feeling mechanisms*) adaptados a situaciones particulares propias de una época previa a la actual los cuales son subactivados o sobreactivados trayendo consigo los problemas fisiológicos y en las respuestas conductuales que se asocian con los trastornos mentales.

En estos tres casos, se puede ver que se tiene a la adaptación como el proceso mediante el cual se han desarrollado características otrora vitales que dada la dinámica actual de la vida devienen problemáticos y conducen a estados patológicos, pero que también otros rasgos adaptativos son los que pueden sacar de la enfermedad a quien la padece; del mismo modo que la hipótesis de trabajo, y principal estrategia interpretativa, de que todo trastorno mental tiene una base neurofisiológica y genética, sea ya porque la alteración genética se exprese en conductas no adaptativas, o sea que las conductas adaptativas de base genética resulten patológicas cuando son desplegadas en el ambiente.

Greenberg y Paivio (2000) consideran que existen “esquemas emocionales” entendidos como mecanismos generadores de experiencias emocionales y significados, así como organizadores psicológicos, contruidos por la interacción entre respuestas innatas, experiencias pasadas y situaciones actuales. Dichos esquemas son personales e idiosincrásicos y aunque reciben el nombre de “emocionales” son una mezcla entre afectos, cognición, motivación y acción sin los cuales no existirían ni el sentido ni los significados como eventos personales o subjetivos.

Los trastornos emocionales, de acuerdo con Greenberg y Paivio (2000) pueden tener cinco causas posibles, a saber:

1. Tendencias emocionales que conducen al estrés que ocasiona torpeza para efectuar cambios en la relación con el entorno.
2. Desorientación e incongruencia como resultado de tendencias a evitar o disociar las

emociones.

3. Una torpe regulación emocional que ocasiona un afrontamiento inadecuado.
4. Traumas y estrés postraumático que afecta la regulación emocional.
5. Procesos de construcción de significados disfuncionales que dan como resultado respuestas emocionales desadaptativas.
6. Procesos bioquímicos disfuncionales (además del estrés) que causan problemas afectivos.

Gilbert (2004) considera que la vida moderna nos expone a una “sobrecarga contextual” que afecta al sistema cardiovascular, las respuestas neurofisiológicas del sistema nervioso y, a nivel psicosocial, se expresa con conductas competitivas, comparación social, ansiedad, miedo a la exclusión, sobrepoblación y hacinamiento. Estos ambientes contemporáneos constriñen las conductas adaptativas de modo completamente distinto a como fueron determinadas en sus ambientes selectivos.

Como ejemplo de lo anterior, el matrimonio puede verse como un constreñimiento social que evitaría a una mujer escapar de un hombre abusivo y violento, aunado a las necesidades económicas que producen una idea de “atrapamiento”, muy común en la depresión. Entonces, los ambientes pueden frustrar mecanismos evolucionados porque no se dan las condiciones necesarias para su maduración y pleno ejercicio (Gilbert, 2004).

Pero Gilbert (2006) va mucho más allá, incluso considera que la depresión tiene un alto valor adaptativo, dado que el mantenerse apaciguado, tranquilo y sometido tenía ventajas para ser aceptado ampliamente por el grupo social al que se pertenece, el problema actual es que los ambientes altamente competitivos, hostiles, represivos y donde no se generan buenos nexos pronuncia de tal modo la afectividad que deviene patológica la depresión.

Pues bien Los principales argumentos de estas propuestas son:

1. Los trastornos psicológicos pueden ser definidos como problemas adaptativos ante los desafíos contemporáneos.
2. Estos problemas adaptativos surgen porque hay adaptaciones construidas en otros ambientes que al enfrentarse con los ambientes contemporáneos resultan inadecuadas.
3. Pero también la enfermedad es un intento adaptativo que, aunque fracasa, en el fondo buscaba dar solución a los desafíos del medio ambiente.
4. Las pautas relacionales con los padres o criadores determinan la forma en que se

despliegan las tendencias comportamentales evolutivamente conformadas, de ese modo una tendencia no es nunca errónea, lo que las hace fallar son problemas patológicos en los patrones de apego.

5. Si las emociones son programas adaptativos que se despliegan para dar soluciones a desafíos ambientales, pero se afirma que las emociones son siempre reacciones a creencias y no al mundo mismo, entonces el “ambiente” del que habla el cognitismo clínico es el de las creencias del agente, lo cual implicaría, en su argumentación, que un hemos sido determinados evolutivamente para responder al mundo mental y no al material.
6. La idea de ambiente sometida al mundo diseñado por las creencias obliga a pensar que ha habido una transición de las respuestas fisiológicas condicionadas por la percepción, principalmente externa, hacia las respuestas a creencias que solamente guardan una relación contingente, o bien ninguna, con el ambiente, entonces habría que afirmar que el humano ya no habita el mundo sino la imagen que tiene del mundo, en ese tenor toda estrategia evolutiva surgida como respuesta a un mundo externo pierde todo valor adaptativo, y toda la conducta es fundamentalmente patológica aunque a nivel sindrómico no se refleje dicho carácter.
7. La “sobrecarga contextual” aunada a la idea de un ambiente de adaptación que se mantuvo constante hasta ahora hacen pensar en los ambientes de adaptación como unos que se mantuvieron constantes el tiempo suficiente para crear los fenotipos que existen pero que en algún momento empezaron a cambiar de forma convulsiva sin permitir que la adaptación pudiera operar a ese ritmo, no obstante
8. Las emociones son vistas como programas neurofisiológicos adaptativos con trasfondo neuronal y genético, de modo tal que el individuo deviene escenario del despliegue de esos programas en disputan con el mundo de creencias que el propio individuo ha configurado con un sistema más contemporáneo, que es el que sostiene la razón, de modo que hay siempre una batalla entre un sí mismo arcaico y un sí mismo proximal, donde, parece ser, cuando el arcaico gana no se producen psicopatologías pero si quien gana es el proximal entonces sí que se producen.

Kring y Bachorowski (1999) afirman que las perturbaciones emocionales son centrales en toda psicopatología, de modo tal que desde ahí pueden incluso comprenderse diferencias

importantes entre unas y otras, puesto que es el deterioro en uno o más componentes emocionales, como pueden ser la percepción, experiencia, intensidad o despliegue emocional, lo que interrumpe el logro de las funciones adaptativas que dichas emociones deben tener.

Las emociones tienen la misma función adaptativa en las personas que tienen una psicopatología y quienes no, con la salvedad que en los últimos están afectados algunos componentes emocionales como, afirman sucede, en la esquizofrenia o en la depresión donde hay una imposibilidad para comprender adecuadamente las expresiones de los demás, respondiendo así de modo equivocado en las interacciones sociales.

Dado que las emociones son sistemas complejos que se han desarrollado en la historia evolutiva y que preparan a los organismos para actuar como respuesta de estímulos y desafíos ambientales, los sistemas emocionales están vinculados con dos sistemas adaptativos motivacionales: la aproximación-abordaje y la retirada. Así, existen una serie de sistemas cuya perturbación en cada caso da paso a síntomas particulares; estos sistemas son: Sistema de Activación Conductual, Sistema de Facilitación Conductual, Sistema de Inhibición Conductual y Sistema de Lucha-Huida (*Fight-Flight*), el cual no está condicionado por recompensas ni por castigos. Por lo tanto: “postulamos que muchos de los trastornos emocionales en psicopatología pueden ser vistos como déficits en uno o más componentes del procesamiento emocional que afectan el resultado adaptativo de la actividad de las actividades de los sistemas de aproximación-abordaje y retirada” (Kring y Bachorowski, 1999, p. 577).

¿Cómo y desde qué lógica podría decirse que un sistema de lucha y huida no está condicionado si el único modo en que puede inferirse dicho sistema es analizando los patrones de lucha y huida los cuales siempre se dan como respuesta a un estímulo? ¿O acaso hay luchas sin oponente, aún siendo este “imaginario”, sin despliegues agonísticos sumamente elaborados los cuales se dan en relación necesaria con un ambiente? ¿Hay acaso una huida que no implique el desplazamiento de un individuo de un punto a otro para evitar algún peligro o peligros que no provoquen movimiento y desplazamiento, pero se pueda decir que hay una huida fija? Son situaciones absolutamente absurdas, derivadas de una comprensión pobre de la noción de condicionamiento y aprendizaje que genera falsas dicotomías entre lo innato y lo aprendido, resultado, como se ha señalado en todo este trabajo, de la penosa ignorancia de la psicología. Incluso si a lo que se refieren es a que las respuestas de huida no necesitan ser modeladas, bastaría revisar los estudios sobre “indefensión aprendida” que se derivaron del trabajo seminal de

Seligman y Maier (1967), que además adquirieron suma importancia en la psicología, para comprobar la fragilidad de dicha suposición. Pero lo mismo aplica para los otros sistemas hipotéticos ¿cómo son formulados sino es en su ejecución plena, en su plenitud conductual, y de qué modo se extrae todo proceso de aprendizaje para afirmar que son procesos biológicos innatos?

Las propuestas nacidas en el cognitivismo clínico psicoevolucionista han transformado los modos de explicación de las psicoterapias cognitivas y cognitivo-conductuales. Ellis y Beck piensan los problemas psicológicos como problemas de irracionalidad caracterizados por emociones anómalas que resultan de ciertas actitudes o visiones personales mantenidas por las particularidades de las estructuras enunciativas y/o cognitivas de las personas; mientras desde el cognitivismo clínico psicoevolucionista, el problema tiene que ver con el enfrentamiento real y efectivo entre los procesos fisiológicos que permiten las emociones y los sistemas fisiológicos que permiten la inteligencia, o bien un enfrentamiento entre las funciones adaptativas de las emociones, siempre arcaicas y con forma instintoide, y las exigencias contemporáneas impuestas por el ambiente.

3. Funcionalismo, experiencia y psicoterapias

3.1 El funcionalismo como psicología evolucionista

La psicología contemporánea se configuró en diálogo con el pensamiento evolucionista. Esta afirmación, sostenida temerosamente, debe ser matizada, ya que no existe consenso con respecto a qué significaría la locución “psicología contemporánea”, dada la pluralidad de proyectos y tradiciones psicológicas. En ese tenor, he aquí una reformulación: la psicología empírica contemporánea se configuró en diálogo con el pensamiento evolucionista, en donde el concepto “empírico” apelaría a una forma de psicología que construye sus conocimientos mediante la experiencia, pero más aclaraciones son necesarias.

Tal como lo ha descrito Carmichael (1926), la frase “psicología empírica” es utilizada, regularmente, en tres sentidos generales, a saber:

1. *Metodológico*: donde lo empírico es tomado como sinónimo de experimental. En esta visión, regularmente se suele diferenciar una psicología filosófica o teórica, la cual reflexiona sobre las estructuras y fenómenos psicológicos (como la consciencia, el recuerdo, la emoción, la personalidad, entre otras entidades discretas) desde principios racionales e inferenciales; de la psicología experimental, la cual observa, describe, manipula, evoca y replica los factores que desea conocer, dado que aquello que llama psicológico se refiere a eventos precisos que los organismos experimentan directamente.
2. *Epistemológico*: donde empírico es el proceso mediante el cual un organismo adquiere ciertos rasgos o habilidades en el trayecto de su desarrollo vital. En esta visión, se suele diferenciar una psicología centrada en lo innato de una centrada en lo adquirido, que se corresponde también con la división estructural/funcional. Así una psicología innatista y estructural comprende los fenómenos psicológicos como expresiones de mecanismo connaturales a distintos estadios del desarrollo ontogenético de un organismo; mientras una psicología empirista y funcional comprende los fenómenos psicológicos como actividades que surgen de relaciones complejas en las cuales las experiencias del propio organismo son fundamentales para que se den esos eventos que son llamados psicológicos, independientemente de si tienen o no un origen innato, dado que incluso un rasgo innato es expresado, conocido y desarrollado en la ontogenia de un organismo a través de su experiencia, de modo tal que la formulación de lo innato solamente puede ser inferencial (lo que nos regresa al punto uno).

3. *Tradicional*: donde el significado de empírico está determinado por el modo en que se conceptualiza y habla de lo psicológico en dos tradiciones de investigación específicas, la psicología empírica de Brentano, y la psicología experimental de Wundt. En ambos proyectos se busca estudiar la mente tal como se manifiesta a cualquier persona, no solamente a los psicólogos, en la vida cotidiana, las relaciones con los demás y los soliloquios y reflexiones. Brentano enfatizará el carácter intencional de lo psicológico para poner como objeto de su psicología las representaciones inmediatamente perceptibles a la consciencia. Wundt por su parte, considera que los fenómenos psicológicos son vías para conocer la estructura de la consciencia, de modo que una descripción sistemática de sus cualidades, a través de una introspección controlada, permite conocer indirectamente la estructura de la mente.

Teniendo estas distinciones como base, en este capítulo se expone una tradición empírica en psicología, el funcionalismo, al que extrañamente Carmichael (1926) no dedicó línea alguna y que puede definirse como un proyecto metodológico y epistemológico, en línea con su diferenciación, que surge como reacción tanto al proyecto wundtiano como al brentaniano y, sobre todo, se opone contundentemente a las psicologías racionalistas o inferenciales, el cual se edificó en el darwinismo y que sostiene que los fenómenos psicológicos pueden ser comprendidos empíricamente a través del estudio de las transacciones entre organismo y ambiente.

De acuerdo con Parot (2010) el funcionalismo llega a la psicología a través del ambiente intelectual que se vive en Chicago en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, momento en el que es una ciudad progresista, viviendo la modernidad industrial y abierta a enfoques innovadores. En el año de 1904 William James, siendo presidente de la *American Psychological Association*, dijo que la psicología en la Universidad de Chicago era: evolucionista, empirista, convencida de la continuidad entre la biología y la psicología y con gran sentido de la realidad concreta, calificativos que encajan muy bien con el funcionalismo, pero ¿qué significa que sea evolucionista?

Para Green (2009), el funcionalismo es la primera revolución psicológica plenamente americana, dado que constituye un esfuerzo por desarrollar una psicología científica basada en la teoría de la evolución por selección natural. El que sea norteamericana podría parecer irrelevante, pero para el autor da el distintivo práctico o aplicado a esa psicología que va afuera del laboratorio a contestar las preguntas psicológicas clásicas.

La interpretación de Green (2009) es simplista, sesgada y obvia el carácter naturalista del darwinismo con el que los funcionalistas trataban. El funcionalismo no es práctico porque los norteamericanos sean tendientes a serlo, es práctico y escudriña los acontecimientos de su interés en los ámbitos cotidianos de los organismos porque trata de emular el estudio descriptivo sistemático y diferencial *in situ* que realizaran Darwin y otros naturalistas, tras la convicción de que las relaciones entre organismo y ambiente son mutuamente performativas y que por esa razón el estudio morfológico (la conducta es morfología para ellos) no podía ser separado de la comprensión exhaustiva de los rasgos ambientales, dado que uno sin otro pierden todo sentido.

En Norteamérica ya existía una tradición darwinista en psicología, que va de Chauncey Wright, que en 1870 consideraba que “los contenidos estables de nuestro intelecto son producidos por un tipo de competencia darwiniana entre nuestros pensamientos inmediatos: ‘Nuestros conocimientos y creencias racionales resultan, *verdadera y literalmente*, de la supervivencia de la creencia que mejor se adapte’”, a William James, que en 1890 afirmaba que si la consciencia existía era porque de algún modo había mejorado las posibilidades de supervivencia de los organismos, razón por la cual debía estar involucrada en los procesos causales de determinadas acciones; esta visión darwinista de la mente y la consciencia sirvió de basamento y diana al funcionalismo.

Los psicólogos darwinistas asociados con el proyecto de James consideraban que la selección natural actuaba sobre la consciencia, de modo tal que esa consciencia era producto evolutivo y parte del proceso evolutivo. El problema era que al situar como su objeto de estudio la consciencia habían olvidado el papel que el darwinismo daba al ambiente y en su lugar consideraron que el estudio fisiológico de las estructuras que posibilitan los fenómenos de la consciencia era suficiente para explicar el porqué de sus manifestaciones experienciales particulares, olvidando de paso el organismo como unidad. No es preciso referirse a estos autores como miembros de una tradición, hay más bien intentos darwinistas distintos, entre los cuales el de William James destacó.

Un punto de inflexión con esos otros darwinismos, donde se edificará el funcionalismo, puede ser precisado en torno a la investigación que Angell y Moore (1896) realizaron sobre las diferencias individuales en los patrones de reacción sensoriales y motores, en la que descubrieron que los tiempos de respuesta motores siempre son más rápidos que los sensoriales, debido a la habituación, y que a la vez hay diferencias importantes entre individuos, debido también a la habituación, de modo que las diferencias entre individuos y la brecha entre uno y otro tipo podían superarse mediante entrenamiento, con lo cual concluían que la diferencia entre dos modos de

percepción (sensorial y motor) es ilusoria y planteada *ad hoc* por recursos introspectivos.

Posteriormente a eliminar esta división, Angell y Moore (1896) afirmaban que las reacciones implicaban actos de atención en conjunto que requerían, en cada caso, no solamente de las estructuras fisiológicas estimuladas sino también de otros procesos perceptivos aparentemente distantes, de modo tal que las reacciones motoras y sensoriales son dos expresiones del mismo acto que pueden ser vistos como actos sensorio-motores más habituados y actos sensorio-motores menos habituados. Esta unión llamaba la atención sobre las reacciones en sí mismas y no sobre la estructura de la consciencia, además que fijaba la atención en el hábito, el cual será interpretado en el mismo modo que propuso Darwin como un modo de establecer un comportamiento con una persistencia y fuerza tales que parecen instintivos.

Ese mismo año, y teniendo como base esta investigación, Dewey, que era maestro de Angell y Moore, reflexionaba sobre el uso del concepto de “arco reflejo” en la psicología y hacía algunas observaciones que fueron, sin lugar a dudas, fundamentales para el funcionalismo. De acuerdo con Dewey (1896), el concepto de arco reflejo era la materialización de los dualismos tradicionales (idea/acción, cuerpo/mente, imagen/movimiento, entre otras) en una figura aparentemente justificada por la fisiología; de modo que al asumir que los reflejos son siempre actos sensorio-motores no suponían que es la sumatoria de rasgos sensoriales y rasgos motores sino que para la experiencia todo lo sensorial es motriz y viceversa, dado que eso que conforma el “arco reflejo” no son entidades separadas sino factores que funcionan dentro de una todo.

Dewey (1896) afirmará que no es “sensación-seguida-de-idea-seguida-de-movimiento” sino una coordinación que se complejiza dependiendo de los factores (funciones) que integre. Por ejemplo, el acto de ver no se da solamente por un estímulo sensorial sino por una coordinación óptico-ocular que permite que haya una sensación, de modo que el “acto de ver” es en un principio motriz, pero esa motricidad en sí misma no es equivalente a ver, como la mera sensación (por lo demás hipotética) tampoco es equivalente, ya que ver requiere de un acto motriz, aunque éste no sea ni voluntario ni propio. Además, cuando vemos algo en la vida cotidiana, suele ser con un fin; algo es visto porque forma parte de un acto que tiene alguna finalidad, de modo que no solamente se trata de ver algo sino de ver-a-efectos-de-alcanzar, ver-a-efectos-de-evitar, ver-a-efectos-de-discernir, entre otras coordinaciones de actos.

Aunque fisiológicamente o anatómicamente puedan diferenciarse uno y otro tipo de procesos, eso no implica que la misma división pueda ser realizada psicológicamente, dado que eso

que es llamado “reacción” o “respuesta” es un acto que necesita de factores internos y externos para darse, cualquier diferencia es meramente analítica y externa a la coordinación de actos que la posibilita. La conjunción y dinámica de factores organismo-ambientales serán el centro del funcionalismo, frente a las psicologías enfocadas en entidades discretas heredadas por la larga estela de pensamiento especulativo sobre la que están edificadas, incluso las psicologías empíricas de Wundt y Brentano, de las que pretendía ser una alternativa efectivamente naturalista.

Como Green (2008) afirma, este modelo perceptivo es darwinista debido que considera que los objetos del mundo, que permiten el discurrir cotidiano de los organismos y su propia existencia, tienen un significado práctico o bien están relacionados contingentemente con ese significado, el cual es igualmente resultante de una relación de coordinación conformada por funciones de la historia evolutiva de la especie, de su historia particular de interacciones, de su historia transaccional con el ambiente y de constreñimientos ambientales y morfológicos cotidianos.

Con estas premisas de base, John Dewey, James R. Angell y George Herbert Mead, encabezaron un frente de renovación de la concepción de consciencia imperante en la época, desafiando las inferencias que tenían como bastidor descubrimientos fisiológicos efectivos o delineamientos supuestamente estructurales obtenidos por introspección, para poner en su lugar el análisis de componentes materiales, incluidos los productos simbólicos como el lenguaje, las construcciones, las instituciones, entre otras, dado que el significado práctico y la consciencia son productos.

El funcionalismo entonces podría quedar definido como la ciencia de las funciones psicológicas que conforman la consciencia, en donde eso de “consciencia” es siempre una actividad (tener consciencia de un color, de un sabor, de un significado, etcétera) que surge de las transacciones entre entorno y organismos (Parot, 2010), para dar cuenta de cómo reaccionan, son abatidos, se sobreponen, compensan ciertos fallos, generan alianzas, buscan alternativas, se relacionan con los demás, modifican su entorno y a la vez son modificados, realizan valoraciones, entre otros procesos.

Afirma Baldwin (1894, p. 368) que: “la nueva concepción funcional busca comprender cómo actúa la mente como un todo, y estudia cómo sus actividades se adaptan a las diferentes situaciones que se le presentan”. Comprender la mente desde la acción de un todo en adaptación, ha sido a condición de que cuando se habla de adaptación se refiera, igual que Darwin (1884), al modo en que se transforman las pautas interactivas de ese organismo como resultado de la interacción misma,

elevando las posibilidades de supervivencia de los individuos, aunque estas pautas interactivas no sean heredadas a la progeñie. Daban igualmente importancia a lo que bien puede ser llamado evolución cultural, como baluarte de transformaciones que se mantienen en el tiempo y se relacionan de muchos modos con los organismos, constriñendo sus conductas, sin ser factores transmitidos biológicamente.

Heidbreder (1960) considera que, dado que las funciones son sinónimo de actividades, operaciones y acciones, una actividad en un ámbito experimental, no mostraría todo lo que hay que saber sobre actividades similares desplegadas en otros entornos, razón por la cual, para el funcionalismo adquirió relevancia la pregunta por la utilidad de un comportamiento (para qué sirven, cómo condicionan otros procesos, cómo actúan).

El darwinismo del funcionalismo es principalmente metodológico, en forma de una psicología naturalista que va al fenómeno sin emanciparlo del organismo que lo despliega y sin emancipar a éste del entorno con el que construye el sentido de sus acciones: los actos de consciencia son productos en los cuales necesariamente intervienen factores evolutivos, pero no únicamente.

El sentido práctico de una acción es contenido y posibilitado por la coordinación de funciones, ya que la división entre organismo y ambiente es igualmente analítica, no sugiere un agregado de partes sobre partes que de pie a decir, por ejemplo, que una emoción es un evento mental o cerebral por sí mismo y que lo que vemos en el ambiente son sus efectos, sino que, como se verá en el siguiente apartado, la emoción es el proceso transaccional, ya que:

Vemos que el hombre es algo más que una máquina psíquica perfectamente ensamblada que pueda ser tomada como un individuo aislado, colocado y analizado en la mesa de disección y correctamente anatomizado. Sabemos que su vida está ligada con la vida de la sociedad, de la nación, con el *ethos* y el *nomos*; sabemos que está cercanamente conectado con los hechos del pasado por medio de la educación, la tradición y la herencia; sabemos que el hombre es de hecho el microcosmos que ha reunido dentro de sí mismo las riquezas del mundo, del espacio y del tiempo, el mundo físico y el mundo psíquico. (Dewey, 1884, p. 279)

Dewey (1884) se niega a analizar los actos de consciencia como propiedades de un individuo, mucho menos como entidades, ya que considera que tanto la psicología asociacionista como la estructuralistas al plantear de ese modo la cuestión se enredaron en confusiones lingüísticas con consecuencias metodológicas graves, que no les permitió considerar ciertos problemas de modo empíricamente abordable; como alternativa propone el camino de la

“experiencia”, que incluso reemplazará la noción de consciencia, de la que debía dejar de hablar para evitar la reificación de las coordinaciones y el idealismo de sus conclusiones.

Las explicaciones de los acontecimientos psíquicos deben ser ellas mismas psíquicas y no fisiológicas, aunque es claro que eso de “psíquico” no es más que relacionado con las transacciones vitales de los organismos, teniendo la fisiología un papel secundario, a saber:

Por muy importante que sea el conocimiento de la fisiología, por sí mismo no tiene valor para la psicología. Lo que nos dice ese conocimiento es qué elementos fisiológicos y de qué forma sirven como base a los actos psíquicos; sobre qué son éstos, o cómo deben ser explicados no nos dice nada. La fisiología puede, por sí misma, decirnos el qué, porqué y cómo de la vida psíquica, en el mismo sentido que la geografía física de un país puede permitirnos construir o explicar la historia de la nación que ha habitado ese país. Por importante que sea, incluso indispensable, el territorio con todas sus cualidades es la base de esa historia, que la historia misma pueda ser determinada o explicada es posible solamente a través de los registros históricos y las condiciones históricas. Por lo tanto, los acontecimientos psíquicos solamente pueden ser observados a través de medio psíquicos, e interpretados y explicados por condiciones y hechos psíquicos. (Dewey, 1884, p. 282)

Pero este posicionamiento es aparentemente esquizoide. Considera que la *Nueva Psicología* va de la mano del desarrollo de la fisiología, particularmente de la fisiología del sistema nervioso, pero la psicología poco obtiene ella, ¿qué sucede? Pues bien, la afirmación es porque la fisiología ha proporcionado un nuevo instrumento y un nuevo método: la experimentación; que ha desplazado al viejo método de la introspección, así como la observación y descripción externa como nuevas vías informativas.

De la fisiología importaron: (1) la experimentación; (2) la utilización de medios cuantitativos de análisis; y (3) el análisis de la historia de los individuos para comprender su presente. Y dado que explicar, en la visión de Dewey (1884), es mediar, conectar un hecho evidente con otros no evidentes y temporalmente distantes, la fisiología es para la psicología lo que el microscopio es para la biología, dado que:

Ha ayudado a la explicación, tanto como a la observación, mostrando los procesos condicionales de los acontecimientos psíquicos. La mejor forma de ilustrar esto es mediante la percepción visual. Ya es casi un lugar común del conocimiento el hecho que, por ejemplo, el paisaje más complejo que podemos ver ante nuestros ojos, no es, psicológicamente hablando, un simple hecho último, ni una impresión grabada en nosotros desde afuera, sino una imagen construida a través del color y las sensaciones musculares, con, quizás, sentimientos de extensión no localizados, a través de las leyes

físicas del interés, la atención y la interpretación. Una percepción es, dicho brevemente, un juicio complejo que involucra en sí mismo elementos emocionales, volitivos e intelectuales (Dewey, 1884, p. 284).

La propuesta es que, si se descubren procesos nerviosos no conocidos, habría procesos psicológicos relacionados con éstos que sugerirían la existencia de actividades mentales que quizás se pasan por alto. Ejemplo de esto es, afirma, la división entre procesos volitivos e intelectuales que tienen como basamento la división de Bell entre nervios sensoriales y motores y que previamente no existía. La relación de la psicología con el conocimiento fisiológico es conceptual y su uso es inferencial, no es que la psicología pueda o deba confirmar, o refutar, que en efecto la división nerviosa sea equivalente a la división psicológica, o no por medios de indagación empíricos, ya que eso corresponde más bien a un asunto metaempírico.

De esta relación con el evolucionismo y con la fisiología surge una relación particular con la biología, centrada la noción de “organismo”, deudora de Kant, en la que:

la vida mental [es vista] como un proceso orgánico unitario que se desarrolla acorde con las leyes de toda vida, y no un teatro para la exhibición de facultades independientes y autónomas, o una cita en la cual aisladamente sensaciones atómica e ideas se reúnan para conversar y luego mantenerse separadas por siempre (Dewey, 1884, p. 285).

El ambiente del organismo humano, regularmente, es la vida social organizada, la cual conduce a constituciones morales determinadas, pero con la que se relaciona desde una serie de condicionantes corporizados que van desde componentes biológicos heredados, hasta condiciones fisiológicas particulares y un lenguaje con rasgos particulares. Lo social está relacionado biológicamente con el organismo, en tanto ambiente, y es una función de sus comportamientos en modos distintos.

Puede decirse entonces que el rasgo más sobresaliente del funcionalismo psicológico es el desafío a los dos principios que Hume había legado a la psicología, a saber: (1) que cada idea distinta tiene una existencia separada de otra idea, con lo que destruye toda relación para privilegiar el accidente; (2) que cada idea debe ser definitivamente determinada en cualidad y cantidad, con lo que niegan un tratamiento de las ideas externo a las ideas mismas. El desafío es necesario porque estos marcos lógicos son repudiados por la experiencia concreta y por el crecimiento y desarrollo individuales.

En la experiencia viviente se desarrollan los rasgos psicológicos, ya que la experiencia, de la cual lo psicológico es la expresión más rica y profunda expresión, es realista, nunca abstracta. Es

necesario entonces abandonar toda ficción nomológica y todo atomismo; la experiencia no debe ser vista:

como un poder abstracto de elección desmotivada, ni como un poder ejecutivo que hace obedecer las leyes del entendimiento, que sería la franja legislativa del gobierno psíquico, sino como un vínculo vivo que conecta y condiciona toda actividad mental. Enfatizando el elemento teleológico, no de mecanismos específicos o de los sentidos externos, sino de la vida como organismo en la cual las ideas y propósitos inmanentes se realizan a sí mismas a través del desarrollo de la experiencia (Dewey, 1884, pp. 288 - 289).

Los fenómenos psicológicos no son solamente fenómenos, sino que son fenómenos de los que alguien es consciente, lo cual no quiere decir que hasta que son conscientes tienen efectos psicológicos. Nos percatamos de que existimos y de la existencia de otras cosas porque el cambio en las relaciones, su continuidad, nos permiten tener la experiencia de movimiento o fijeza, de tiempo y espacio, eso es la consciencia y no una sustancia o entidad particular. Pero el ser consciente condiciona la experiencia.

Los seres que actúan conscientemente siempre son de uno u otro modo conscientes, en los cuales no existen segmentos temporales sin consciencia (no equivalente a la voluntad, sino como coordinación de funciones). Un animal, por decirlo de modo caricaturesco, no tiene momentos donde sería una piedra o polvo; incluso dormidos, desmayados o en estado de coma, hay interacciones conscientes condicionando las experiencias, habiendo así distintas formas de consciencia en un mismo organismo, las cuales la psicología debe describir y comprender.

Al optar por estar atentos a las conexiones previas, actuales y posibles de determinada actividad (función) del organismo, se pueden describir complejas relaciones de estreñimiento, direccionamiento y transformación mutua. Sirva la caracterización de Angell (1907) para sintetizar los principales rasgos de esta psicología, a saber:

1. Busca comprender las operaciones de la consciencia bajo condiciones cotidianas.
2. Comprende las actividades perceptivas (oler, ver, escuchar, degustar, tocar) en relación con cómo determinan los procesos psicológicos que implican al organismo completo: actuar, juzgar, concebir, querer, anhelar, entre otros, tras la convicción de que el atomismo es de gran utilidad para la psicofisiología y como tal informa a la psicología, pero no puede suplantarla.
3. Rechaza que en la mente existan elementos distintivos que permitan diferenciar

cognición, sentimiento y voluntad por su mera estructura, tal como lo afirmaba el estructuralismo; las diferencias fenoménicas, innegables, por cierto, se dan en la interacción (incluida aquella con nosotros mismos y acontecimientos distantes en el tiempo y el espacio).

4. El estudio de rasgos mentales definitivos, claros y trascendentes explicados al margen de los rasgos efectivos de las interacciones del organismo es erróneo.
5. El funcionalista evita atribuir estados mentales, como parte de la constitución de una experiencia, sin que pueda dar garantía de su ejercicio en interacciones específicas, ya que esto conduce a una falacia común en la psicología que consiste en atribuir a ciertas condiciones mentales más atributos o rasgos de los que podría contener.
6. La distinción entre estructura psíquica y función psíquica es falsa porque ni siquiera podría suponerse la estructura sin las funciones. Lo que se tiene es la actividad y de ella en todo caso se infiere la estructura, pero la descripción de esa supuesta estructura siempre será precaria e incluso fantasiosa porque no puede abstraerse de la propia interacción: lo mental es interacción.
7. Todo momento de actividad es un complejo susceptible de análisis que si ha de apelar a una o varias estructuras debe hacerlo a las morfológicas y fisiológicas, no a una entidad con valor analítico pero especulativa; no obstante que el uso explicativo de dichas estructuras morfológicas y fisiológicas no puede dar con una explicación completa de los hechos mentales si se abstraen del contexto.
8. Las funciones son persistentes en la vida física y en la vida mental y aunque eso no asegura que haya una estructura trascendental, sí permite inferir que hay contenidos de consciencia con significados idénticos o similares dados por interacciones cualitativamente distintas, es decir, funcionan del mismo modo práctico, pero con texturas momentáneas distintas.
9. “La actividad mental es parte de una corriente de fuerzas biológicas las cuales en todo momento están trabajando ante nuestros ojos y las cuales son constitutivas de las partes más importantes y absorbentes de nuestro mundo. El psicólogo de esta estirpe suele inspirarse en la concepción basal del movimiento evolucionista, es decir, que la mayor parte de las estructuras y funciones orgánicas poseen sus características en virtud de la eficiencia con la cual éstas se adecuan (*fit*) a las condiciones de vida

existentes ampliamente designadas como medio ambiente” (Angell, 1907, p. 69).

10. Derivado de lo anterior, el psicólogo funcionalista busca explicar cómo rasgos tenidos por psicológicos –emociones, juicios, valores, creencias, sentimientos, entre otros– influyen en los otros procesos biológicos para lograr esta adecuación.
11. La consciencia para el funcionalista es primaria e intrínsecamente un fenómeno de control de la conducta y el medio ambiente, de modo que: “Así como la conducta puede ser vista como la categoría más distintivamente básica de la biología general en su fase funcional, entonces el control quizás sirva como la categoría más fundamental en la psicología funcional, las formas especiales y diferenciaciones de la consciencia simplemente constituyen fases particulares del proceso de control general” (Angell, 1907, p. 288).

3.2. Afectividad y funcionalismo deweyano: las emociones como valoraciones

En esta tesis, como ya se ha hecho evidente, se ha escogido una visión particular dentro del funcionalismo, la propuesta por Dewey. En este capítulo se expone y reinterpreta su teoría de las emociones. No se privilegiará una exposición histórica, es sabido que Dewey modificó sus posturas con el paso del tiempo, de modo que se buscará más bien una comprensión útil para la psicología clínica contemporánea, haciendo uso de conceptos contemporáneos.

Pues bien, como se ha expuesto, para las neurociencias psicodinámicas que fundamentaron las visiones psicoevolucionistas del cognitivismo clínico psicoevolucionista, la teoría de las emociones de James-Lange fue un punto de referencia necesario, aunque fuertemente criticado e incluso, según su parecer, invalidado. Para el funcionalismo dicha teoría tuvo un papel sumamente importante, criticada, aunque no por las mismas razones, desde ella se rescató el núcleo evolucionista de las emociones, pero desde las transformaciones conceptuales y metodológicas que se expusieron en el apartado anterior.

Dewey reinterpreta los tres principios darwinistas que explican “las expresiones y gestos usados involuntariamente por el hombre y los animales inferiores bajo la influencia de diversas emociones y sensaciones” (Darwin, 1894), a la luz de la relación de utilidad que existe entre expresión y movimiento, respondiendo para qué sirven y cuál es su función en la conducta.

Como punto de partida afirma que no hay tal cosa como expresión de una emoción para aquel que atraviesa dicha experiencia. La expresión es un evento de segunda intención, sobre el

que se reflexiona, que se aprecia en los demás, que se aprecia delante de un espejo o en la búsqueda de un deleite estético y que tiene una función social importante, relacionada con los significados, pero no es un fin biológico en sí mismo: “para un espectador mis movimientos coléricos son expresiones –signos, indicaciones–; pero sin duda no lo son para mí” (Dewey, 1894, p. 555).

Decir que esos movimientos son esencialmente expresiones es “caer en la falacia del psicólogo: es decir, confundir el punto de vista del observador y explicar desde ahí el hecho observado” (Dewey, 1894, p. 555). Las expresiones emocionales son parte de un segmento de transaccional entre agente y ambiente. Como actividad transaccional, podría haber tenido o tener una función adaptativa a nivel filogenético; a nivel ontogenético, suele tener una función adaptativa en un sentido analógico. Pero, valga decirlo claro, la mayoría de actividades psicológicas pueden ser caracterizadas del mismo modo.

Con respecto a las funciones biológicas de las emociones, Darwin (1884) consideraba que, por ejemplo, los movimientos de los gatos al encontrar una superficie acolchada en donde descansar (golpearla suavemente con las cuatro patas de forma alternada, con los dedos separados y las uñas extendidas), tenían esa forma porque dichos movimientos habían sido utilizados en el pasado, cuando mamaron de la madre en sus primeros días de vida, para facilitar el flujo de la leche; ese movimiento está presente en la situación adulta mencionada, o se presenta cuando son acariciados, porque está asociada con la sensación placentera que causaba el alimento y la cercanía a su madre en ese uso primero, la cual es evocada por lo acolchado. De modo que, las expresiones deberían tener dos utilidades:

(1) una utilidad primordial, anacrónica con respecto a la expresión contemporánea (una conducta que fue útil en alguna etapa ontogenética queda fijada por el hábito y se repite en condiciones similares) y que ahora es un hábito con una función expresiva;

(2) una utilidad de descarga, en la cual, por hábito, se han reafirmado las vías de expresión de placer o displacer, cuya forma fue definida por la utilidad primordial.

El modelo de Darwin es adaptacionista solamente si se considera que las presiones evolutivas fueron conformando tanto los músculos (no exclusivos para la expresión) como los movimientos musculares que posibilitan los gestos, pero no aventura explicaciones filogenéticas. Lo importante a recalcar aquí es que una serie de condicionantes afectivos (placer, calor, cercanía, saciedad, entre otras) generan un nexo habitual que condiciona las expresiones afectivas contemporáneas del gato y que permiten expresiones afectivamente condicionadas, pero, he aquí el

problema para Dewey, ese hábito solamente sirve de vía, de “entubado” para la descarga nerviosa.

Dewey (1894) considera que el hábito no sirve a la descarga, e incluso considera que esa conceptualización dificulta una visión evolucionista efectiva. Considera que con relación al “principio de los hábitos útiles”, las emociones son modos de coordinación en forma de acciones útiles o componentes de coordinaciones útiles, en donde la utilidad puede ser satisfacer una necesidad, alejar el displacer, procurarse placer, entre otras. En el caso del gato, la relación alimenticia con su madre lo condiciona a actuar de ese modo para un fin específico: un mejor flujo del alimento. Pero el simple conjunto de movimientos no es por sí solo una emoción; se considera que hay emociones o afectos asociados porque, posteriormente, en situaciones que objetivamente parecen placenteras o agradables se comporta de modo similar, por lo tanto, se infiere que esas expresiones son de placidez, relajación, alegría, tranquilidad u otra emoción e igualmente se infiere un nexo entre las expresiones primordiales y las contemporáneas.

A partir de que se infiere esta relación, inferencia posibilitada por el papel explicativo de la utilidad y el hábito, se suele inferir que había componentes afectivos en aquellos actos primordiales relacionados con alimentarse de y con su madre, que condicionaron, por habituación, patrones de respuesta que condicionan expresiones contemporáneas. Lo que no está permitido decir, considera Dewey (1894) es que esas expresiones sirven a una descarga fisiológica, ya que dicha inferencia no tiene soporte empírico.

Placer, displacer, anhelo, deseo o apetencia, no son emociones, ni estados cognitivos, sino disposiciones condicionadas y condicionantes construidas en los modos relacionales que tiende el organismo en sus actos, regularmente relacionados con el logro de fines. Estas disposiciones a la vez, no son expresiones de entidades o principios que sean colmadas para después ser expulsadas en busca de distensión y alivio, sino que tienen una función en las coordinaciones funcionales que son las acciones. De ahí que Dewey (1894) no pueda aceptar que la utilidad de una expresión sea aliviar las sensaciones desagradables, eso implicaría darle a la expresión una función fisiológica con respecto a un estado *ad hoc*, como el placer, al que ciertos movimientos específicos sirven como canal de descarga.

Dewey (1894) propone, para dar una alternativa a la visión de Darwin, que el punto de partida sea reconsiderar el papel de los hábitos. En primer lugar, los hábitos serán entendidos como funciones psicológicas adquiridas, por condicionamiento, en el contexto de las relaciones entre organismo y ambiente, las cuales, debido a la constancia o importancia del contexto condicional,

adquieren una preeminencia funcional analógica a la de procesos fisiológicos vitales e independencia de su contexto condicional para funcionar, regularmente, como movimiento útil para la supervivencia.

La supervivencia está referida al organismo, no a la especie ni a ningún proceso suborganísmico o entidad sustancialmente distinta como la mente. No hay que olvidar que para Darwin la supervivencia procurada por los instintos era organísmica y su significado es más amplio que el hecho de evitar la muerte, más bien apela a los procesos asociados con la evitación de amenazas, visto negativamente, y con factores relacionados con la vida, aquellas relaciones placenteras, agradables, coherentes, apreciadas, entres otras. Si no se tiene en cuenta este carácter analógico, enriquecido psicológicamente, del concepto de supervivencia, se puede caer en el simplismo de la psicología evolucionista que hemos criticado.

Entonces, las expresiones emocionales están ligadas a hábitos cuya utilidad no está dada por el origen filogenético de la expresión, sino que es sincrónica a los fines contemporáneos del organismo. Igualmente habría hábitos que no son útiles para la supervivencia, no obstante, su inutilidad no es apriorística sino un fallo en la coordinación funcional.

El caso de la risa es utilizado por Dewey (1894) para aclarar su postura. La visión clásica de la psicología, sostenida incluso por James (1890), es consecuente con la función de descarga que Darwin da a las expresiones. La risa es vista como un momento de la excitación corporal caracterizado por un cambio de intensidad con respecto a un estado previo, en donde la “excitación que afecta a todo el organismo debe descargarse en el aparato vocal” (Dewey, 1894, p. 556), siendo esa descarga útil porque permite un desenlace y una salida o evacuación de la excitación corporal generada por el humor, la risa es el conducto por donde fluye la energía “cómica”.

La risa, sostiene Dewey (1894), no siempre es causada por un hecho esencialmente humorístico. Lo humorístico es contextualmente variable, además, se suele hablar de risa nerviosa, risa malévola, risa hipócrita, risa social, risa fingida, entre muchas distinciones más propias de las psicologías populares. De modo que reírse no es el resultado privativo de la comprensión de una serie de hechos o enunciados como chistosos; tampoco el resultado de la evaluación de los cambios corporales que surgen como consecuencia de lo chistoso (James, 1890), sino que la risa es el momento final de un periodo de expectación y no un movimiento vegetativo.

Además, los distintos modos posibles de risa tienen caracterizaciones específicas, con respecto a la totalidad de movimientos expresivos que la acompañan, contextual e individualmente

variables.

Para Dewey (1894) reír es parte de una coordinación de actos condicionados por la función “estar-atento”. Esta coordinación, entre otros factores, incluye “imágenes cenestésicas” del presente inmediato y del transcurrir del contexto, así como una expectativa. Cambios en el contexto relacional, en este caso dados regularmente de forma abrupta y sorpresiva, condicionan movimientos corporales y (con ello o paralelamente) cambios en las imágenes cenestésicas, de modo que la experiencia estar-atento se transforma en la experiencia estar-riendo, caracterizada por la distensión y expresiones particulares. Esta sucesión de conductas se experimenta como la unidad humor-risa, nervios-risa, ficción-risa, entre muchas más. La relajación repentina se corresponde con el cambio repentino de la actitud corporal general, la cual afecta al aparato vocal y respiratorio y produce una expresión habitual y morfológicamente condicionada. De modo que, la expectativa, la atención y la relajación son movimientos útiles a la vida en el contexto transaccional y no la descarga ni a la vida como valor trascendental.

Una imagen cenestésica es una disposición a la acción condicionada por acciones, es decir, el producto de un contexto transaccional que genera expectativas de acción. Por ejemplo, si cae una piedra junto a alguien y no se ha percatado de su trayectoria, de inmediato intentará encontrar de dónde provino, pero ese intento integra muchas más acciones que la búsqueda, ya que esa persona estará atenta y dispuesta a esquivar otra piedra, responder a la agresión o huir y buscar que evitar otro ataque, entre otras.

Toda acción, se da en un flujo de acciones posibilitadas por las relaciones tendidas en los contextos transaccionales. Esas acciones funcionan como valoraciones de esos contextos transaccionales, de modo que las imágenes cenestésicas son valoraciones que sirven para la adaptación a las dinámicas de los contextos transaccionales. La idea de adaptación en Dewey (1894), es sinónimo de construcción; las imágenes cenestésicas sirven a la adaptación en el sentido que co-construyen el contexto transaccional y que lo hacen buscando beneficios, de ahí su utilidad.

El concepto “transacción” es tardío en la obra de Dewey, no obstante, logra connotar adecuadamente la relación entre organismo y ambiente que propone. La influencia del darwinismo en la filosofía, decía en 1909, es cuestionar seriamente la fijeza de los seres, las cosas o las ideas, de modo que el cambio constante deviene el rasgo ontológico más importante de lo existente (Dewey, 2000), de modo que:

Dewey quería decir que la realidad no está formada por bolas de billar metafóricas que chocan entre

sí sin cambiar en ningún aspecto. Concebir así la realidad, como una mera interacción, invita a una comprensión causal de la realidad acorde con la física clásica de Newton, donde el objetivo es trazar un mapa de las leyes naturales que operan en la naturaleza. En cambio, una descripción transaccional se ocupa de eventos y acciones sin dar a ningún elemento subyacente un poder causal independiente de la transacción. (Brinkmann, 2011, p. 62)

Entonces, lo principal es el proceso, la transacción, no las capacidades o poderes causales de entidades separadas desconectadas del evento interactivo; los objetos no son entidades sino distinciones funcionales de esa transacción. Brinkmann (2011) pone un ejemplo, a saber: no podemos decir tengo hambre y dicha hambre me hace comer, sino que “hambre” es el nombre para una tendencia del organismo a buscar comida, y eventualmente comer o no, el cual no depende del poder causal de entidades separadas sino de la transacción que permite dicha diferenciación funcional.

El concepto de transacción permite designar el carácter cambiante y fluido de la naturaleza y abandonar las distinciones ontológicas trascendentales dado que, acorde con una actitud pragmatista, todo conocimiento es una herramienta que tiende a ser utilizada, es decir, tomada, vista y usada con una finalidad específica; así, la noción ontológica “cerebro” en histología no puede ser la misma que en psicología y el tratar de someter una visión a la otra ha sido la causa de muchos malos entendidos. La propuesta transaccional entonces coloca como principio rector que:

Transacción es el procedimiento que observa a los humanos hablando y escribiendo, con sus palabra-conductas (word-behaviors) y otras actividades representacionales conectadas con sus cosa-percepciones (thing-perceivings) y manipulaciones, la cual permite un tratamiento completo, descriptivo y funcional del proceso global, inclusive de todos sus “contenidos”, sean llamados “internos” o “externos”, en cualquier forma que requieran las avanzadas técnicas de investigación. (Dewey & Bentley, 1949, p. 124)

No existe una oposición entre lo mental, espiritual o social y lo físico o material. Si se hacen tales distinciones es porque somos parte de una realidad evolucionante (*evolving reality*) que es percibida en las actividades funcionales en las que la propia actividad está constreñida y posibilitada por transacciones distintas con las cosa-percepciones que funcionan como objetos, es decir, las cosa-percepciones son tratadas, usadas, manipuladas, actuadas, transformadas, disfrutadas, soportadas, repudiadas, entre muchas relaciones más, en las cuales se “descubren” propiedades o rasgos de esas cosa-percepciones mediante la manipulación activa.

Valsiner y Van der Veer (2000) consideran que Dewey propone una idea de afecto-en-acto

(*affect-within-act*) para abandonar la dualidad intramental/extramental a la que conducía la visión original de Darwin, el énfasis en la relación dinámica entre movimiento y dirección hacia un objetivo posiciona a la expresión emocional dentro de flujo transaccional donde el continuo emoción-cognición o afecto-razón es experienciable pero no significa un salto entre mecanismos fisiológicos, sustancias o modos de acción trascendentales al contexto transaccional.

Entonces, las expresiones emocionales se dan en contextos transaccionales caracterizados por una utilidad. El contraste o continuidad entre las imágenes cenestésicas en uno y otro contexto transaccional, son suficientes para explicar la cualidad de una expresión emocional. Por ejemplo, alguien espera que un equipo deportivo gane y esa expectativa es mantenida por el contexto transaccional, pero faltando unos minutos para finalizar el juego, inesperadamente pierden, lo cual significa un cambio en dicho contexto que condiciona cambios abruptos en las imágenes cenestésicas y acciones distintas. Esto ni implica que, necesariamente, las imágenes cenestésicas causen, produzcan o generen acciones, aunque no hay razones para descartarlo, más bien se asume que los cambios en el contexto transaccional se dan paralelamente en distintas coordinaciones de dicho contexto. Debido a estos cambios, se generan expresiones emocionales, dado que “la explosión de la emoción –ya sea reír o llorar– es un ejemplo de síntesis dialéctica que surge en el curso de un acto dinámico” (Valsiner & Van Der Veer, 2000, p. 216).

Dewey (1894) rompía con la visión, compartida por Darwin y James, que veía una expresión emocional como el sometimiento súbito de todo acto a entidades cuya función y estructura estaba fijada por la evolución, las emociones, independientemente de si éstas eran meramente evocadas o bien resultantes de una evaluación corporal. Es por esta razón que no realiza una diferencia entre emoción y expresión, sino que para su análisis las emociones son acciones que pueden adjetivarse acorde con conceptos que en los lenguajes naturales describen formas conductuales específicas comúnmente llamadas emociones. Por esta razón, se utilizarán, de modo indiferente, las oraciones “expresión afectiva” o “expresión emocional”, evitando a toda costa la forma sustantivada común y corriente amparada en los conceptos que denotan y connotan emociones.

El papel explicativo de la utilidad solamente pertenece a uno de los principios propuestos por Darwin. Este principio explicativo, así como los otros dos que ahora se abordarán, tal como los reinterpretó Dewey, no están asociados a ningún grupo específico de expresiones afectivas, ni sirve para dividir emociones “útiles” de “inútiles”, ni tiene anhelos universalistas, sino que solamente sugiere un modo de analizar los contextos transaccionales poniendo especial atención en

expresiones cualitativamente diferenciadas como emocionales o afectivas.

Dado que muchas expresiones afectivas parecen no abonar a la supervivencia o incluso ser “enemigas” del organismo que las expresa, dichas expresiones pueden ser explicadas por los otros dos principios darwinianos sin retorcer la utilidad hasta grados absurdos como hiciera Gilbert (2006) quien ve en la función destructiva de algunas emociones en la depresión expresiones de arcaísmos otrora adaptativos, sin más fundamento o evidencia que su anhelo narrativo pseudodarwiniano.

Las expresiones inútiles también condicionan el contexto transaccional del que forman parte, como el temblor paralizante en el miedo o la autoagresión en la frustración y son claramente nocivas. Acorde con el principio “de las acciones debidas a la constitución del sistema nervioso de manera totalmente independiente de la voluntad y, en cierta medida, también del hábito”, Darwin (1984) consideraba, como consecuencia de la función de descarga que les imputa, que la acumulación de energía, asociada a las emociones que caían en este principio, solía expresarse, al margen de la utilidad en el contexto transaccional, de modos específicos debidos a la estructuración del sistema nervioso y otros constreñimientos morfológicos. No influiría ni el hábito ni la voluntad debido a que este modo de expresión se sustrae del contexto transaccional.

Para Dewey (1894) esto no sucede así. Bajo este principio considerará aquellas expresiones afectivas que además de no ser útiles, no formar parte de ningún hábito y ser molestas o nocivas, se presentan como excitación difusa. Su diferencia con otras expresiones no radica en un supuesto origen exclusivamente fisiológico, ni que sean mera excitación de mecanismos nerviosos, sino en la forma particular en que resultan del contexto transaccional del cual Darwin supuso eran ajenas.

En estas expresiones afectivas, afirma Dewey (1894), ha fallado lo que metafóricamente llama “maquinaria teleológica”; la cual es comprendida como la coordinación de procesos que permiten alcanzar un fin relacionado directa o indirectamente con la supervivencia. De modo que, con respecto a la obtención de un fin, un acto puede ser útil o no, pero esto no lo determina su origen evolutivo, ya que el carácter teleológico de una coordinación o un movimiento está dado por su contexto transaccional. Si lo que falla es uno de sus componentes, esto condiciona al contexto completo; analíticamente puede ser separado y en muchos casos esos componentes abordados empíricamente, pero en algunos casos no puede darse una determinación precisa.

Lo que sí no es posible desde su visión es determinar fisiológicamente ni conductualmente, de una vez por todas y al margen de los contextos transaccionales, si un tipo de emoción, como el miedo o el apego, se expresan siempre acorde con el primer, segundo o tercer principio de la

expresión; e incluso saber, por la experiencia misma, si habría emociones útiles, emociones debidas a la constitución del sistema nervioso y emociones contrarias a los hábitos útiles, diferencias analíticas que se usarán con fines comprensivos, comunicativos, restaurativos, entre otros.

Todas las expresiones, no solamente las afectivas, pueden formar parte de complejas coordinaciones, pero eso no implica que todas las expresiones sean útiles o fueran útiles por sí mismas para la supervivencia (como afirman los adaptacionistas), ni que todas formen parte de un estado emocional, ni que todas aquellas relacionadas con un estado emocional estén relacionadas con la supervivencia. Por otro lado, no es propiedad de algún tipo de expresión el ser nociva para el organismo, son las relaciones tendidas entre cada expresión, quien la vive, el punto de vista que las evalúe, la utilidad y sus efectos, las que les dan un papel nocivo, benéfico o neutral.

Por ejemplo, el aumento del ritmo cardiaco o las nauseas podrían ser, en algunos casos, expresiones afectivas, pero no todo aumento del ritmo cardiaco o nauseas lo son. Alguien puede tener nauseas por una infección estomacal, o percibir un aumento en el ritmo cardiaco porque tiene hipertensión arterial y ha comido alimentos con demasiado sodio; y aunque esto podría ponerle triste por sugerir un gris porvenir, no sería legítimo decir que esa tristeza está relacionada de modo directo con el aumento del ritmo cardiaco. Es excesivo e inocente buscar maridajes universales entre sensaciones corporales y expresiones afectivas, si los fines son comprender el papel de estas expresiones en las experiencias.

Pero este perspectivismo no debe hacernos perder el punto. Tal como afirma Dewey, el carácter idiopático de las expresiones emocionales sugiere, erróneamente, que son de una naturaleza distinta a otras expresiones, no obstante, todas las expresiones idiopáticas “son problema, defectos o alienaciones de los movimientos ajustados. Estos movimientos no son teleológicos en el sentido que sean útiles ellos mismos, pero sí están teleológicamente condicionados” (1894, p. 561).

El condicionamiento teleológico de una expresión está dado por el contexto transaccional, lo cual implica que, acorde con las circunstancias, las coordinaciones suelen alcanzar algún fin o fines de cualquier tipo, pero, si por cambios en esas mismas circunstancias, que deben especificarse en cada caso, la coordinación resulta perjudicial, ajena o contraria al logro de ese fin, eso se debe a que:

Toda emoción tiene un objeto y abarca una actitud hacia ese objeto; dicha actitud, bajo ciertas circunstancias, puede no ser útil ni ser dañina, sino la reproducción de una actitud o, mejor aún, una

mezcla de actitudes las cuales fueron útiles en el pasado. La inutilidad de la actitud se debe a que algunas características del estímulo (la situación o el objeto) despiertan las reacciones apropiadas, pero éstas no se coordinan con las reacciones que han sido provocadas por otras características de la situación” (Dewey, 1894, p. 562)

El fallo de la maquinaria teleológica es un fallo en la coordinación de coordinaciones distribuidas en paralelo y que deben acometer para lograr un fin, dichas coordinaciones se dan en el contexto transaccional pero no obedecen a un control o mando central como podrían ser la voluntad o la mente; en todo caso la voluntad y la experiencia son condicionantes del contexto transaccional, en acciones o conductas específicas puede ser analizado su papel.

Por otro lado, bien puede decirse que todas las actitudes emocionales son idiopáticas en tanto son de irrupción espontánea en la experiencia y generan expresiones muchas veces radicales con respecto a un estado previo. Garrison (2003, p. 406), afirma que para Dewey hay una clara diferencia entre “los sentimientos que flotan libremente, los cuales carecen de un objeto teleológico, y las ‘emociones’ que tienen un objeto teleológico (o idea) que las hace ‘racionales’ incluso cuando sean ‘patológicas’”, pero esa es una lectura parcial que evitamos a toda costa. Si se ha admitido que los fenómenos psicológicos son coordinaciones condicionadas por contextos transaccionales, entonces hay que decir que la coordinación estímulo-secuencia-reacción dirigida a un objeto o no, conforma una expresión el que sea o no afectiva no depende de su objeto, el cual está también determinado por el contexto transaccional, no es independiente y lo mismo sucede con el sentimiento. Si no se tiene en cuenta esto y solamente se habla de la dirección al objeto, entonces se asume que es la intencionalidad lo fundamental de una emoción, tal como suponen las visiones psicoevolucionistas.

El último principio darwiniano, el “principio de la antítesis”, es una variación del primero. De acuerdo con Dewey (1894), en ciertos contextos transaccionales se dan expresiones afectivas acotadas por alguna utilidad, pero, si el contexto transaccional cambia de modo tan radical que incluso puede decirse que es aversivo u opuesto a esa utilidad, puede condicionar expresiones afectivas con un condicionamiento ambiguo, dado que la utilidad puede no haber variado y el contexto relacional sí, o viceversa, de modo que tales expresiones son experimentadas como antitéticas de las que debían estar en esa coordinación.

Visto así este principio, permite de manera firme echar por la borda las visiones fijistas de las emociones, dado que, si éstas fueran innatas o patrones fijos de respuesta o expresiones

conductuales independientes de las relaciones de coordinación, entonces este principio supondría que, esencialmente, cada emoción tiene una antítesis: amor/odio, coraje/pasividad, alegría/tristeza, entre muchas más, pero esas son divisiones populares que poco abonan a la comprensión, como de cierto modo suscribieron tanto Dewey como James, al pensar que si se induce un estado de ánimo directamente opuesto, se realizan movimientos también de naturaleza opuesta.

Por esta razón, Dewey (1895) considera que James y Darwin realmente no se ocuparon de las emociones, sino del “sentimiento” que se tiene cuando se experimenta una emoción, pero las expresiones afectivas no son reducibles a sentir o ser consciente de los cambios corporales (estar enojado porque se tiembla), dado que:

La emoción en su totalidad es una forma de conducta que tiene un propósito, o tiene un contenido intelectual, y que también se refleja en el sentimiento o afecto, como la valoración subjetiva de aquello que está expresado objetivamente en la idea o propósito. (Dewey, 1895, p. 15)

Ni el contenido intelectual, ni los procesos fisiológicos, ni el objeto, son causales de la emoción por sí solos, sino que al condicionar el contexto transaccional tienen efectos en las expresiones y conductas, sean estas afectivas o de otro tipo. Tomando como punto de partida el clásico caso del Oso de James, Dewey (1895, p. 19) ejemplifica esta afirmación del siguiente modo:

Si mis cambios corporales en los latidos del corazón, piernas que tiemblan y se echan a correr, encogimiento del estómago, diarrea, etcétera, siguen al reconocimiento consciente de un oso; entonces no veo otra cosa, sino que el oso ya es un oso del cual tenemos miedo –nuestra idea debe ser la de un oso como un objeto temible–. Sin embargo, si esta reacción [...] no es hacia el oso como objeto, ni hacia la idea del oso, sino que simplemente expresa una coordinación de dos tendencias orgánicas, [...] No es la idea del oso, o el oso como objeto, sino cierto acto de ver, que, por hábito, ya sea heredado o adquirido provoca otros actos”.

Si el oso “del cual tenemos miedo”, pudiera reducirse a la idea del oso, para imputarle la causa de miedo, eso implicaría que el contexto transaccional no tiene efecto alguno sobre el comportamiento, sino la idea, quedando el resto de componentes como mero fondo de la acción, como mero adorno, tal es el papel que le dan al “ambiente” los psicoevolucionistas, los psicólogos evolucionistas y los cognitivistas. Es su visión, un oso es temible porque tuvo que en algún momento conformarse una imagen con la modalidad particular “temible”, para que posteriormente la memoria evoque el miedo en una situación presente, olvidando que se necesita el oso efectivo para que ese miedo se de, y que si ese oso estuviera detrás de las rejas de un zoológico no se daría.

Por esta razón, no dudamos en tildar de pseudodarwinistas a los psicoevolucionistas, dado

que el ambiente es el mero teatro de la acción del organismo, el cual parece ser que fue dependiente de él, parece ser que estaba en una relación transaccional con él, pero que eventualmente se desconectó, en el caso humano ese momento, suponen, fue hace aproximadamente 12,000 años. Además, suponiendo que el ambiente es el conglomerado de cosas que rodea a un organismo, mientras que lo que sugiere Dewey que este es contingente a las transacciones.

La “coordinación de dos tendencias orgánicas” o actos, determina la forma en que se percibe al objeto y no es previa a la reacción; si fuera previa a la reacción, entonces el valor emocional estaría dado antes del encuentro de esas dos tendencias, ya sea en los objetos mismos, como afirma el realismo ingenuo, o bien en los individuos, como afirman los constructivismos semánticos, de modo que el objeto es el único factor necesario para “despertar” una emoción preexistente.

La reacción no surge de que se capte alguna cualidad del objeto sino de un “hábito organizado” constreñido por los contextos transaccionales, por lo tanto, el objeto temible y la emoción de temor “son dos nombres para la misma experiencia” (Dewey, 1895). El objeto, al igual que el sentimiento, son abstracciones de la actividad corporal en un contexto transaccional, de modo que:

El “oso” es, psicológicamente, tanto una discriminación de ciertos valores, dentro de este pulso total o coordinación de acción, como el sentimiento de “temor”. El “oso” está constituido por las excitaciones del ojo y los centros coordinados del tacto, así como el “terror” está constituido por los trastornos en los sistemas musculares y glandulares. La realidad, la coordinación de estas actividades parciales, es esa actividad total que puede describirse igualmente bien como “ese oso terrible” o “¡qué asustado estoy!” Es precisa e idénticamente la misma experiencia concreta real; y el “oso”, considerado como una experiencia, y el “susto”, considerado como otra, son distinciones introducidas en la reflexión sobre esta experiencia, no una experiencia separada. (Dewey, 1895, p. 20)

Las expresiones afectivas, son valoraciones, de modo que “no se habla de lo mismo”, es decir, no hay comportamientos similares, cuando un aracnofóbico y un aracnólogo se encuentran accidentalmente con un miembro de la clase *Arachnida*, porque una serie de habilidades y hábitos presentes en uno y otro condicionarán el contexto transaccional en que se han encontrado con dicho insecto, expresándose valorativamente con respecto a la situación y al objeto; dicha valoración constreñirá a las transacciones subsecuentes.

Como se ha visto, el funcionalismo propone como objeto de investigación de la psicología las coordinaciones funcionales de un organismo para el logro de fines, las cuales suelen contener funciones adaptativas, aunque no toda la coordinación logre serlo. Dichas coordinaciones no están contenidas en el organismo ni son expresiones exclusivas de su morfología sino propiedades del contexto transaccional, por lo tanto, los rasgos psicológicos no son expresiones metabólicas de un sistema que contiene todas sus posibles acciones sino modos relacionales que a su vez condicionan otras relaciones; analizar dichas coordinaciones permite comprender por qué un organismo actúa como lo hace en determinado momento, sin cometer el burdo simplismo de ver a la conducta como mera expresión de una actitud proposicional.

El rasgo característico de las expresiones afectivas es que surgen como valoraciones globales de los contextos transaccionales, a nivel también global o de sus componentes, condicionando al propio contexto transaccional y por lo tanto las acciones paralelas y subsecuentes, así como también resignificando algunas previas. Las funciones que cada expresión afectiva puedan tener, son distintas en cada caso, aunque suelen mostrar regularidades, ejemplo de ello es que en los lenguajes naturales son clasificadas de modos más o menos efectivos, pero esas regularidades más que denotar mecanismos, informan sobre ciertas analogías y regularidades en los contextos transaccionales, dadas por la morfología de los organismos, prácticas, cultura, instituciones, lenguajes y normas o reglas.

Las funciones valorativas de las expresiones afectivas, tienen efectos observables en el mundo y conformadas como “proposiciones de evaluación” (no derivadas de evaluaciones proposicionales), debido a las condiciones transaccionales efectivas en las que surgen (Dewey, 2008). Desde esta perspectiva, toma sentido la afirmación de que “la connotación de emoción es principalmente ética, y sólo secundariamente psíquica” (Dewey, 1895, p. 17). Es decir, están relacionadas con modos de acción y sus consecuencias sociales, las cuales competen al organismo global, no a sus procesos fisiológicos.

Las expresiones emocionales no tienen una función evolutiva primordial, aunque pueden ser parte de actos adaptativos. Pero también, dichas expresiones por sí mismas no son solamente productos adaptativos sino, en el mejor de los casos, para decirlo en lenguaje contemporáneo, exaptaciones; es decir expresiones que utilizan músculos y coordinaciones que se han adaptado a otras funciones y con las que incluso no tiene una relación filogenética, para fines igualmente distintos.

Desde estas consideraciones, es imposible pensar las expresiones como meras descargas, dado que la utilidad de la descarga se plantea siempre *ad hoc* a funciones fijas de las emociones, en donde, por ejemplo, el enojamiento generaría la energía “enojo” que es descargada a través de arquear las cejas de cierto modo, mostrar los dientes, adoptar una postura ofensiva, entre otros rasgos. La hipótesis de descarga entifica las emociones y les quita el rasgo evolutivo, de modo tal que una vez que el enojo emerge en un clado animal, sus modos de despliegue varían acorde con los cambios adaptativos en los devenires filogenéticos, pero nunca en su naturaleza, nunca dejaría de ser enojo.

Del mismo modo es evolutivamente incoherente considerar que las expresiones son el despliegue de rasgos adaptados encapsulados ante eventos actuales gracias a que dichos eventos son en algún sentido similares a los del contexto de adaptación, ya que eso supondría que en el contexto de adaptación el medio tenía un papel preeminente que no tiene en el contexto de despliegue; este es quizás el error más catastrófico del psicoevolucionismo.

La febril formulación de entidades mediadoras, procesos decodificadores, mecanismos de traducción estimular, entre otros tantos recursos, además de nebulosa y caprichosa, conduce al peligro de identificar emoción con estado mental y expresión con estado corporal, instaurando así una dicotomía que los funcionalistas buscan combatir. Ignorar esta crítica conduce al planteamiento, al estilo de Plutchik, de seductoras entidades que estarían en cada familia emocional distinta, de modo que: la furia produce enojo, rabia, frustración y coraje; la empatía produce amor, apego, simpatía, filiación e identificación; y así sucesivamente con todas las emociones.

Una expresión efectiva permite identificar, tanto en tercera como en primera persona, que alguien atraviesa un estado experiencial particular, permite decir, por ejemplo, “Juan está enojado”. No obstante, esa identificación es insuficiente para decir “Juan tiene la emoción enojo que es la responsable de causar esas expresiones” o “Juan tiene la emoción enojo porque ha evaluado como molesto algo”. Podríamos desconocer por qué Juan o cualquier otra persona enojada tiene esas expresiones, pero es indeseable cosificar esa actitud y decir que “el enojo”, como entidad, se expresa de la forma en que vemos expresarse a Juan, que el enojo causa enojamiento o, peor aun, que el enojo acaece.

El que se expresa “enojadamente” es Juan como organismo y no una entidad de raigambre neurofisiológica o mental y autónoma llamada “enojo”. Por lo tanto, insistimos en aras de la claridad, hablar de la expresión de una emoción preexistente, dividir emoción y expresión, diferenciar

emociones básicas de complejas o crear un catálogo de emociones naturales, impide una explicación en la cual pongamos atención, como Darwin en sus excursiones e incursiones naturalistas, en las transacciones organismo-ambiente de las cuales la morfología conductual es archivo viviente.

A continuación, desde esta propuesta, es menester contestar qué relevancia tienen entonces las expresiones afectivas en la psicología clínica y reafirmar el papel importante que la evolución biológica y el conocimiento biológico y fisiológico tienen en su conformación y corrección epistémica, a condición de que su relación con dichos campos vaya más allá de tomar prestados conceptos y analogías trascendentales.

3.3. La psicología clínica como tecnología de la experiencia

La *American Psychological Association* (APA) define a la psicología clínica como:

La especialidad psicológica que continuamente proporciona cuidado a la salud mental y conductual de individuos y familias; atiende a agencias y comunidades; entrena educa y supervisa; y tiene una práctica basada en la investigación. Es una especialidad en crecimiento –ampliación que incluye la psicopatología severa– y está marcada por la comprensión e integración del conocimiento y la habilidad de una amplia gama de disciplinas dentro y fuera de la psicología propiamente dicha (American, Psychological Association, 2016)

La psicología clínica entonces (1) cuida, (2) fomenta, (3) entrena, (4) educa, y (5) supervisa, la salud mental. Su población objetivo son (I) individuos, (II) familias, (III) agencias y (IV) comunidades. Realiza estas funciones desde un proceso epistemológico, ya que: comprende e integra conocimientos y habilidades, basándose en la investigación. La APA (2016) misma, señala que esos conocimientos y habilidades a integrar provienen de:

1. La comprensión de la psicopatología, su diagnóstico e intervención.
2. La atención de problemas de salud mental presentes a lo largo de la vida basados en una sólida comprensión de la psicopatología.
3. La evaluación, integración y síntesis de los datos de las pruebas de personalidad, otras pruebas y métodos de evaluación estandarizados.
4. La consulta clínica y los modos de atención con referencia a estratos poblacionales diversos y/o psicopatologías específicas.
5. La investigación básica, particularmente la investigación específica y la revisión crítica

de la ciencia, el conocimiento y los métodos pertenecientes a aquellas áreas distintas a la psicología clínica.

Bien puede decirse que la psicología clínica requiere de la psicopatología, de sus avances en el área diagnóstica, de las propuestas de intervención basadas en psicopatologías específicas, de la valoración de rasgos mediante la psicometría y, en menor medida, de lo que tímidamente incluye el último punto, la revisión crítica del conocimiento que los cuatro puntos precedentes apuntalan. Es decir, hay una estructuración epidemiológica en la que categorías discretas como edad, género, patología, estrato poblacional, entre otras, determina en gran medida la pertinencia de la psicología clínica.

El gran problema con esta definición es que la epidemiología de los problemas psicológicos es tan porosa como la misma psicopatología, dado que las asociaciones patología específica-tratamiento específico, han derivado, como mostramos para el cognitivismo clínico psicoevolucionista, de comprensiones propias de distintas tradiciones de investigación, de modo tal que es legítimo preguntarse ¿qué epidemiología y qué psicopatología podrían lograr esto?

Se formulará una visión normativa de la psicología clínica, para, posteriormente, proponer una relación de la misma con la psicopatología y, eventualmente, con la epidemiología. Y se hablará de la relación que existe entre psicología clínica y psicoterapia, la cual simplemente sistematizará la concepción inicial: la psicología clínica es un modo de psicología que busca comprender y superar los problemas psicológicos, mientras las psicoterapias son modos o técnicas de intervención para lograr ese objetivo.

Para poder estructurar esta propuesta normativa, se tomarán como referentes las visiones e intervenciones surgidas en el conductismo radical, dado que, como se mostrará en el próximo capítulo, las propuestas tardías de B. F. Skinner y las aquí presentadas de John Dewey comparten muchos puntos en común, algunos incluso de modo sorprendente.

Nuestro objetivo no es dar una propuesta “novedosa” capaz de solucionar todos los problemas y errores de la psicología clínica, ya que la constante huida hacia adelante que ha caracterizado las reflexiones teórico-filosóficas en esta área ha sido tan nociva y destructiva, que deja la impresión y tarea, al psicólogo inocente, que siempre hay que construir todo de nuevo, quedando así para este campo una colección de manifiestos y desideratas que no sirven a nada ni a nadie, que no son orquestados por nadie y que, a nivel efectivo, no impactan al campo en modo alguno, generando una impresión de esterilidad en la psicología.

Los problemas en la psicología clínica no se deben a la falta de una “buena teoría” sino, precisamente, al modo en que se concibe ésta y cómo se relacionan; razón por la cual, más bien, acercaremos una actitud, la actitud pragmatista, al campo de la psicología clínica y, de ese campo, al análisis conductual, dado que su paradigma es compartido con el funcionalismo psicológico aquí presentado.

Skinner (1979, p. 5) incluso propone reemplazar el uso del concepto teoría entendido como “cualquier explicación de un hecho observado que apela a eventos que tienen lugar en alguna otra parte, en algún otro nivel de observación, que se describen en términos diferentes y que son medidos, si es que lo son, en dimensiones diferentes”, por el concepto de teoría como crítica de los métodos, datos y conceptos de una ciencia, en este caso específico de la psicología clínica, como un modo de psicología estructurado por la utilidad de comprender y superar los problemas psicológicos.

Desde esta visión, el estudio de la conducta no requiere de métodos hipotéticos-deductivos, ya que la mayoría de variables de las que es función son comúnmente claras y si se ocultan es, precisamente, porque no se manejan adecuadamente los métodos para su estudio (Skinner, 1979), lo cual suele derivar de pobres conceptualizaciones y operacionalizaciones que tienden a ocultar dichas variables, como decir que la psicología clínica se debe ocupar de la comprensión, diagnóstico e intervención de la psicopatología, postulando las patologías psicológicas como hechos de cuya comprensión podrán surgir tratamientos específicos para cada una de las especies mórbidas, tal como sucede en la medicina patológica. Gran esperanza, pocos avances alentadores.

En una variante similar, hay quienes han propuesto que la psicología clínica es una aplicación de principios teóricos desarrollados en la psicología experimental, cualquier otro modo de psicología “básica” o, en el peor de los casos, en la fisiología y/o las neurociencias; esta es la visión que impera, como se ha mostrado, en el cognitivismo clínico psicoevolucionista, así como una variante de ella en el cognitivismo clínico que recurre igualmente a predilecciones filosóficas, ejercicios espirituales y otra serie de “técnicas” y “conocimientos” básico.

Skinner (1975) criticaba severamente esta relación, particularmente aquella que sostenían Meichenbaum (1977), Mahoney (1983), Lazarus (1999), Wolpe (1993) y Eysenck (1964), quienes consideraban, con respecto a referentes distintos, que era necesaria una “teoría del aprendizaje” surgida de la psicología básica, la cual regularmente era entendida en tres modos, a saber:

1. Basada en la psicología fisiológica. La cual buscaría explicar el aprendizaje en

términos bioquímicos o de conexiones sinápticas para contestarse planteamientos conductuales, de modo que alguien tiende a aprender porque ciertos cambios bioquímicos en áreas específicas así lo permiten.

2. Basada en hechos mentales. La cual buscaría explicar el aprendizaje en términos mentalistas, es decir, concibiendo una entidad llamada mente, distinta de la conducta y de los procesos fisiológicos o bien su producto “emergente”, la cual supone es asiento y pivote tanto de ideas como de actos; en donde su estructura y funciones son inferidas ya sea desde la conducta, ya sea desde la fisiología, pero suponiéndole una dinámica propia. En este tenor, alguien aprende un nuevo repertorio conductual porque lo anhelaba, está motivado, la agrada aquello que aprende, o está bajo el imperio de un instinto, una pulsión o una entidad psíquica.
3. Basada en un Sistema Nervioso Conceptual. La cual buscaría explicar el aprendizaje desde un “sistema nervioso” cuya dinámica es comprendida mediante un facsímil conceptual del conocimiento que la fisiología tiene en un momento dado del Sistema Nervioso Central, pero del cual ha adquirido independencia para convertirse en un sistema con resultados dinámicos. Un buen ejemplo sería lo que sucede con el uso explicativo del cerebro triuno en psicología, a saber: dado que siempre que se presente enojo éste será producido por una estructura del sistema límbico, entonces si Juan está enojado con su madre por haberle prohibido algo, esa prohibición es de algún modo “traducida” por el sistema límbico y genera o causa enojo; para llegar a esto, el psicólogo tomó un estado conductual dado (enojo) y sin medirlo u observarlo en el funcionamiento cerebral efectivo, hipotetizo sus causas apegado al funcionamiento del sistema nervioso tal como ha sido conceptualizado en uno u otro momento, por uno u otro autor.

Estos tres tipos se encuentran comúnmente combinados. Pues bien, el propio Skinner (1975) no pone en tela de juicio la utilidad que puedan tener, y han tenido, el uso de teorías entendidas en este sentido en otras ciencias, pero mostrará que con respecto al aprendizaje en sí y la psicología habría otros caminos más prometedores.

Para Skinner (1975), una ciencia de la conducta privilegiaría el uso de variables manipulables para comprender esa conducta, pero dichas variables no pueden ser “pasos

intermedios”, ya que dichos pasos, además de no ser manipulables por el psicólogo, necesitan ellos mismos ser explicados, anhelo que puede ser complementado con el naturalismo *in situ* ineludible con afanes descriptivos que proponía Dewey, quien a pesar de abogar por el uso del control experimental de situaciones, llamaba a no renunciar a las relaciones comunes, las del día a día, ya sea en sus formas normales o anormales, de modo que, “la cuna y el asilo devienen laboratorios para el psicólogo [...] El estudio de la mente infantil, el descubrimiento de sus pensamientos y sentimientos desde la primera infancia, el orden natural del desarrollo de su vida mental y las leyes que la gobiernan, prometen ser una mina de gran valor” (Dewey, 1884, p. 287).

El privilegiar este acercamiento combinado, permite también cierta parsimonia metodológica, ya que si la explicación requerida se encuentra en un nivel distinto, previo o inferior ¿cómo detener su huida al infinito o bien hasta un asidero tal que nos siga diciendo algo sobre “lo psicológico”? Esta pregunta está lejos de ser absurda, ya que si una conducta se explica por la fisiología que la posibilita, la cual a su vez se explica por las estructuras bioquímicas de distintos compuestos, los cuales a su vez se explican por sus dinámicas químicas, y así sucesivamente hasta llegar a la física, entonces, como afirman algunos estudiosos de la fisiología del sistema nervioso, en efecto la psicología no tiene razón de ser, pero no solamente eso, si ellos a su vez recurren a la bioquímica, la fisiología es inútil, y así sucesivamente.

Estos recursos crean, afirma Skinner (1975), un “falso sentido de seguridad”, ya que cuando se dice, por ejemplo, que “aprender es amoldarse o adaptarse a una situación”, entonces debería explicarse qué es eso de “amoldarse” o “adaptarse”, cómo y por qué alguien se “amolda” o “adapta” y que factores influyen, pero regularmente esos conceptos son tenidos ya como explicaciones, como se ha visto quizás hasta el hastío en este trabajo. Dewey realizaba una crítica similar, dirigida a C.I. Lewis, quien, en un artículo de 1941, “utiliza al menos nueve veces la frase ‘conductual (*behavioral*) [conductista (*behavioristic*)] y [o] estados cerebrales’. Identificando de este modo, sin argumento, una explicación conductual de lo mental con descripciones en términos del cerebro” (Dewey, 1942, p. 34).

Dewey (1942) consideraba que, en efecto, la conducta vista como contexto transaccional puede ser comprendida, en cierta medida, en términos de “eventos cerebrales”, pero esa comprensión por sí sola es incompleta, dado que obvia una serie de condicionantes simbólicos, corporales, comunicativos, entre otros; en ese tenor, afirma que seguir a C.I. Lewis o a cualquier otro que equipare lo mental a los “hechos cerebrales” o a los “hechos de la conducta física” “constituye

una limitación de la conducta a aquello visible por un tercero por meras limitaciones epistemológicas” (Dewey, 1942, p. 34).

Pues bien, entonces se sostiene que la psicología clínica, antes de detallar qué hace y cómo lo hace, o debe hacer, al igual que cualquier otra psicología se deberá enfocar en la conducta; además se dijo que conducta y contexto transaccional eran de cierto modo equivalentes, entonces, ¿qué es la conducta? Lee (1999) considera que, derivado de la asociación generalizada y equivocada que existe entre los conductismos y las psicologías estímulo-respuesta, la palabra conducta (*behavior*) ha sido definida como respuesta o reacción, la cual además se comprende siempre como contracara receptiva y pasiva de un estímulo, de modo que la conducta es simplemente una reacción. Reacción que, además, puede prescindir de toda cualidad relacional para ser estudiada.

Esta visión vulgarizada, describe con mejor exactitud el cognitivismo clínico psicoevolucionista, el cual es un modelo estímulo-respuesta ampliado, dado que considera que el organismo es una entidad separada, reactiva y en constante tensión con el ambiente con mecanismos inaccesible empíricamente que permiten la ancha especulación. Su “ampliación” no ha sido empírica, no se ha operado en reformulaciones metodológicas con respecto a las psicologías estímulo-respuesta, lo que han ampliado es el papel “explicativo” de la especulación, tratando de atinar a aquello que sucede en el intermedio, en lo que los psicólogos estímulo-respuesta identificaban como “caja negra” y ellos han llamado, de forma igualmente misteriosa, mente.

El cognitivismo se vanaglorió afirmando que habían desafiado y superado la clausura que ellos identificaron como conductista, consideraron que la apertura de la caja negra significó una revolución científica, pero, a decir verdad, lo único que hicieron fue imaginar la dinámica de esa caja negra con un lenguaje fisiológico, pero a nivel metodológico no hubo ampliación alguna en psicología clínica.

Pero esa significación es absolutamente contraria a la propuesta desarrollada por el “conductismo radical”, nombre que Skinner (1994) daba a su proyecto filosófico que servía de basamento a una ciencia de la conducta, particularmente en su última etapa de pensamiento. En un espíritu francamente pragmatista, el asunto no era “abrir” o “cerrar” la caja negra, la mente o el alma sino, como los funcionalistas hicieran, abandonar su propia formulación que ya había acarreado tantos falsos problemas y malos entendidos. El fin no era crear un “monismo”, que es otra cara del molesto dualismo, sino una alternativa a esas metafísicas que permitiera un acercamiento pluralista,

tal como lo propuso Skinner, pero también antes de él James, Dewey, Angell, Mead y otros tantos psicólogos naturalistas, tal como se argumentó al inicio de este capítulo.

No obstante, en el propio seno del conductismo radical, así como antaño en el del funcionalismo y en la actualidad en el del pragmatismo (actitud filosófica, más que escuela, que continuó con propuestas análogas a las del funcionalismo), se tiende a pensar en la conducta como actividad de un organismo, reacción, movimiento o incluso fenómeno en el sentido más amplio: cualquier expresión de la que podemos dar cuenta directa o indirectamente. Lee (1999) incluso recuerda que Angell, en 1913, afirmaba que todas las ciencias se ocupan de “conductas”, en un sentido amplio, que por ello la psicología debía agregar un “calificador”, conducta de qué, a lo que se agregó el sustantivo organismo como calificativo, pero sin que eso permitiera construir un objeto.

En esta visión, el asunto parece identificar al organismo objeto y posteriormente describir lo que hace, con criterios jerárquicos diversos para, posteriormente, preguntarse cómo es posible que haga lo que haga y lo haga como lo haga, como el naturalismo del siglo XIX. Hemos dicho que ahí está el fundamento del funcionalismo, como también en el evolucionismo mentalista, pero desde ahí se tomó un distanciamiento que permitió la emergencia de la psicología como una disciplina independiente, ese distanciamiento empezaba con la idea de “organismo como un todo” que metodológicamente planteará alternativas a las atomizaciones que podían derivar de las visiones basadas en reacciones o movimientos.

Si se dice, por ejemplo, que un organismo se mueve de modo tal y se quiere saber cómo y por qué lo hace examinando sus relaciones con el ambiente, biológicamente habría varias vías, por ejemplo, preguntarse por la mecánica musculo-esquelética su conformación y función; el modo en que su caminar responde a las particularidades de los condicionamientos ambientales; los mecanismos que permiten el control de sus extremidades; las semejanzas y diferencias con otras especies; entre muchas más. El problema no es con la idea de movimiento en psicología, de raigambre aristotélica, sino con la atomización del movimiento, necesaria y útil para otras disciplinas, que conduce a la tentación, como hemos visto constante y contundente, de eliminar a la psicología dado que aquello que dice estudiar lo estudiará mejor quien se enfoque en las condiciones de posibilidad de sus reacciones.

Pero, aunque pareciera muy extraño que alguien sostuviera que la psicología es una ciencia de las actividades de los organismos y que esto se tradujera como que la psicología es la ciencia de las contracciones musculares, de la biomecánica de los organismos o bien de la fisiología de sus

reacciones, es así como regularmente se le ha comprendido. El cognitivismo y el cognitivismo clínico psicoevolucionista son garantes de ese mayúsculo error, ya que aunque aparentemente se centran en las verbalizaciones, en las ideas sesgadas que condicionan los trastornos y en la forma en que cada persona mira e interpreta al mundo, no lo hacen con herramientas lingüísticas, por decir algo, sino pensando que estas expresiones son meros productos metabólicos del sistema nervioso central cuya expresión cualitativa se debe al accidental lenguaje que forra sus instintos, pulsiones, emociones o pautas de acción que son los verdaderos causantes de esta tendencia al malestar, buscando así traer bienestar limitando esas tendencias o dándoles otros causes.

La idea de “organismo como un todo” apuntaría a comprender el modo en que las distintas relaciones que tiende un organismo condicionan circunstancias, pero con y desde el lenguaje un organismo humano puede condicionar un gran número de circunstancias sin prácticamente movimiento alguno; y decir que el lenguaje es movimiento, es tan absurdo que incluso plantearlo causa sonrojo.

La propuesta de Lee (1999), fundamental para la que aquí se desarrolla, es que, si se observa lo que se ha realizado en torno al análisis de conducta y al análisis operante, es claro que la psicología no tiene nada que ver con ser la ciencia de la conducta de los organismos sino con el análisis de los datos operantes regularmente recogidos de los operanda (plural de operandum, entendido como las palancas, llaves o dispositivos con los que alguien se relaciona contingentemente), considerando que esos operanda son transductores o conversores de las relaciones tendidas entre organismo y ambiente: nos dicen algo sobre cómo se relaciona ese organismo específico o ese tipo de organismo, sea de la especie que sea.

El error es atribuirle propiedad a la conducta, decir que “pertenece a” (conducta *de* los organismos), ya que eso conduce, de nuevo, a tener el ambiente como una sumatoria *sui generis* de objetos del mundo utilizados por otros objetos del mundo que tienen la cualidad de ser activos, de tener movimiento propio, creyendo que los objetos, inertes o no, son tales por una propiedad metafísica: los objetos son objetos antes, durante y después de sus relaciones; creyendo que las variaciones en las relaciones están contenidas en el organismo, ya sea en sus fines, intenciones, anhelos o simplemente posibilidades relacionales, constreñidas morfológica y ambientalmente.

Los objetos, afirma Lee (1999), son constitutivos de lo que los organismos hacen, no es que los objetos sean agregados que mejoran el hacer contenido en el organismo, de modo tal que las relaciones estén contenidas en potencias, sino que el propio hacer está posibilitado por las

relaciones que lo constituyen, es decir, las potencias están en las relaciones. No hay nada “interno” o “externo” en lo que hace un organismo, el hacer mismo es un modo sintético del continuo ambiente-organismo el cual está hecho de cosas, de modo que lo que importan son las relaciones entre esas cosas que están posibilitadas no solamente por la actividad de un organismo.

Del mismo modo, el lenguaje y lo simbólico no funcionan como prótesis de las actividades de los organismos, sino que el modo en que se tienden relaciones entre elementos específicos de los lenguajes, objetos con funciones simbólicas, objetos de muchos otros tipos e individuos capaces de sintetizar, pasiva o activamente esas relaciones, que se desarrollan “actos” que no estaban contenidos en el organismo, ni en los objetos, ni en las reglas contenidas en el lenguaje.

En consecuencia, en efecto la conducta se refiere a actividades, pero vistas de un modo particular no como propiedades, reflejos o emanaciones de los organismos o de las cosas sino como construcciones relacionales; la psicología no se encarga de estudiar la “conducta de los organismos” sino la conducta como aquello que hace el organismo en y con el mundo, dado que:

Ninguno de los eventos que deben ocurrir para que digamos que se ha hecho algo dependen exclusivamente del individuo aislado del mundo. No se trata de que el individuo interactúe con el mundo y, por lo tanto, tenga efectos como resultado de las respuestas que emite. Se trata de lo que el individuo hace en un mundo en el que está inextricablemente inmerso y sin el cual no puede hacer nada.” (Lee, 1999, p. 78).

De ahí que se haya elegido el funcionalismo de Dewey como basamento de esta propuesta, ya que eso que el conductismo radical conceptualiza como conducta, él lo ha hecho, junto con Bentley, como transacción y hemos hablado de “contexto transaccional” de modo chocantemente redundante solo para no perder de vista que las transacciones no son un teatro donde interactúen las fuerzas de los organismos y otras cosas u objetos sino que las transacciones son modos de relaciones entre contextos plurales dadas en muchas formas que van desde la contigüidad espacio-temporal hasta las transacciones poéticas.

Valga decir que esa visión no concuerda con la de los primeros trabajos de Skinner quien, en 1938, afirmaba que: “por conducta, entonces, entiendo simplemente el movimiento de un organismo o de sus partes en un marco de referencias proporcionado por el organismo mismo o por varios de los objetos eternos o campos de fuerza” (Skinner, 1975, p. 20). Pero, en 1969, proponía una visión similar a la delineada por Lee, dentro del propio conductismo radical, y que se ha equiparado con la de Dewey, centrada en la formulación de la interacción organismo-medio

atendiendo: “a) la ocasión en la que ocurre la respuesta; b) la propia respuesta, y c) las consecuencias reforzantes. Las interrelaciones que se establecen entre estas tres cosas son ‘contingencias de reforzamiento.’” (Skinner, 1979, p. 20).

A partir de este momento, entonces hablará de “interrelaciones”, evocando el calificativo de “textura causal” que Tolman y Brunswik daban al medio, de modo que la causalidad no depende del despliegue de propiedades de un organismo sino de las interrelaciones mismas que no son reducibles al modelo estímulo-respuesta, dado que los componentes relacionales que suelen definirse como estímulos, no lo son por ninguna propiedad connatural; un estímulo es estímulo si es un componente relacional con un papel relevante para las contingencias prevalentes, es decir es contingentemente estimulante (Skinner, 1975).

La conducta se caracteriza, afirma Dewey (1930), por la dirección o conducción de un organismo hacia un fin y por su naturaleza serial. Lo que opera como un estímulo es una función de una conducta inscrita en una serie de conductas que posibilitan distintas interacciones; es decir, algo que irrumpe una actividad deviene estímulo en virtud de sus relaciones con esa actividad en la que irrumpió y no por el mero hecho de irrumpir, así el estímulo es integrado en la sucesión. No hay un estado cero, neutral, en el que una mera presencia sea estímulo obligado, eso solamente pasa en los entornos experimentales, e incluso ahí hay condiciones, como los pensamientos y otros constreñimientos ambientales, que atentan contra esa visión simplista de estímulo.

Un estímulo entonces no queda definido *a priori* sino por la posibilidad que tiene de integrar contingentemente un cambio en el contexto transaccional que conduce a cambios en los modos transaccionales posteriores. Una respuesta es entonces un cambio en el contexto transaccional que da una nueva posición ordinal a las relaciones paralelas que lo constituyen.

Dewey (1930, p. 64) consideraba que la psicología debe interesarse en “el curso de vida de actividades individualizadas [y preguntarse] ¿Qué significado, si es que tiene alguno, puede atribuirse a la sensación, la memoria, la concepción, etc., sobre la base de la conducta o el comportamiento considerado como un continuo temporal en desarrollo que impone su marca a las situaciones-de-acción específicas?”.

Esta visión permite un posicionamiento, previo y necesario, con respecto a la visión, de que la psicología se encarga de conocer la mente y la psicología clínica de conocer, atender y rehabilitar la mente enferma. Una simple negación: la mente no existe, es irrelevante. Además, tanto el funcionalismo deweyano como el conductismo radical se han caracterizado no por desechar

conceptos de los lenguajes naturales sino por reformularlos para que sean útiles a sus proyectos.

Con lo mental se suelen designar supuestos procesos privados e internos aplicados a la información obtenida del mundo a través de la percepción, o bien moldeados a través de la acción de mecanismos innatos o bien la emergencia de las actividades fisiológicas y simbólicas de un organismo o individuo; pero parece ser que el componente privado, o mejor dicho subjetivo, es el rasgo definitorio, de modo tal que habría ciencias tratando de comprender por qué, cómo, cuándo y dónde se dan esos sucesos subjetivos.

De acuerdo con Dewey (1942) es absurdo plantear que los contextos transaccionales no tienen componentes subjetivos, es decir modos relacionales que condicionan a los contextos transaccionales pero que no son tangibles, como lo supone el cognitivismo, pero eso no implica que eso llamado "mente" que pueda ser reducida a esos condicionantes y mucho menos que una ciencia de la mente se ocupe exclusivamente de eso privado. Esto es relevante porque, dado que se opera esta reducción, se suele pensar que esa ciencia de la mente debe recoger reportes introspectivos para ser sumados a los datos empíricos que se obtuvieron tratando con lo visible, lo externo, para tener una imagen completa de lo mental desde sí misma y sus consecuencias.

El caso del dolor puede servir para desechar esta visión. Si se piensa que el dolor de muelas es privado y una expresión reactiva del organismo, inmediatamente conocida por quien lo experimenta e inaccesible a cualquier otra persona, entonces se negaría cualquier utilidad epistemológica al dolor o bien se tendría que afirmar que sentir ese dolor es equivalente a conocer ese dolor, algo completamente absurdo ya que tener un dolor (sentir un dolor) es distinto a saber el porqué de ese dolor, y en todo caso sentir el dolor no es una parte necesaria de un conocimiento sobre ese dolor y mucho menos de una intervención para alejar ese dolor. Por el contrario, "conocer ese dolor sería determinar sus causas, ubicación particular, tejidos afectados, entre otras condiciones físicas de las cuales depende la "privacidad" del dolor, el cual no tiene ningún tipo de naturaleza intrínseca más allá de esas bases físicas (Dewey, 1942, p. 32).

Una vez que quien experimenta ese dolor ha conocido los procesos que lo condicionan, entonces ese dolor sufre una transformación, y será experimentado como dolor-por-inflamación e inflamación por la causa X, de modo que el conocimiento de la causa alimenta y transforma la experiencia. Pero también a la inversa puede funcionar, al menos como pivote: los reportes subjetivos de ese contexto transaccional llamado dolor son útiles para identificar condicionantes regularmente asociados con ese contexto transaccional o, incluso si no se tuvieran datos previos,

permitirían construir en ese individuo un sensor diferencial de modalidades de dolor que caractericen contextos transaccionales futuros, o bien contextos transaccionales pasados condicionados por el dolor, pueden servir a la comprensión del que en ese momento experimenta.

Para Dewey (1942) el sentimiento privado puede ser el inicio de una curiosidad va en busca de cierta sistematicidad, de conocimiento. Hacer comparaciones y discriminaciones convierte en públicos enunciados provenientes de experiencias subjetivas específicas, transformando esas experiencias en indicios que puede conectarse con causas y consecuencias. De modo que:

para descubrir la naturaleza de lo mental, tenemos que comenzar con las mejores conclusiones que puedan alcanzarse sobre la conducta (*behavior*) desde el punto de vista de la biología, y luego utilizar todo lo que se sabe sobre las modificaciones producidas en la conducta (*behavior*) por el complejo de condiciones que constituyen la cultura, incluidas la comunicación y el lenguaje (Dewey, 1942, p. 34)

Mente es la denominación de modos de contextos transaccionales constantes y sensibles a la sistematización, caracterizados por presencias cualitativas inmediatas. Entonces la mente no puede ser un objeto, lo que interesa a la psicología son los contextos transaccionales, pero los estudia desde un recurso analítico que Dewey llama experiencia.

La experiencia es conocida como cualquier otro objeto natural: se le clasifica, se le prueba, se le divide, se le liga con otros eventos, ya que: “ningún organismo está tan aislado como para que pueda ser comprendido segregándolo del ambiente en que vive” (Dewey, 1930, p. 56). La experiencia no es entonces un proceso de estructuración del mundo de adentro hacia fuera, ni un evento psíquico de procesamiento de las cualidades que nos son inmediatas, la experiencia es por completo externa a los fenómenos psicológicos con los que se le quiere equiparar (sensación, percepción, memoria, entre otros) y de los que depende sin reducirse a ellos.

Tenemos presencias cualitativas inmediatas, como un recuerdo. Ese recuerdo no tiene una estructura psíquica, ni es un evento al que llegamos por introspección, es una presencia cualitativa que está determinada por la interacción entre organismo y ambiente, si tiene una estructura es la de esa interacción, ya sea la de la interacción evocadora del recuerdo, o la de la interacción contenida en el recuerdo. El hecho primario, el hecho psicológico a considerarse, es esa “transacción” o interacción.

Entonces, los componentes de una experiencia se dividen en organismo y ambiente por mero análisis y abstracción, pero lo que está ahí es la interacción. La psicología clínica no puede

meramente enfocarse ni en los procesos fisiológicos de un organismo, que son condición de posibilidad de su conducta sin duda, ni en la actividad del individuo sin más, ya que la experiencia requiere de aparatos, de conocimientos y de estructuras sin las cuales no podríamos tener experiencia de eso que a veces nos parece evidente e inmediato.

La experiencia es una estructura objetiva determinada temporalmente, de modo tal que un segmento de experiencia es meramente un artilugio analítico, ya que ese “segmento” siempre está interconectado y mutuamente determinado por otros. Todo segmento escogido con fines clínicos, es un contexto rico en estímulos, constreñimientos, valores, significados, objetos, tendencias, pensamientos y estados afectivos en interacción, los cuales vienen de otro conjunto interactivo y se dirigen a algo. Si la conducta no se define como interacción y no se considera en su contexto, carece de interés para la psicología.

Podría bien decirse, con mucho enredo, que la cosa experienciada está constreñida por el proceso mismo de experienciación; la cosa no se experiencia a sí misma. Para explicar lo experienciado debe saberse cómo es experienciado y cuál es el modo de experimentarlo, lo cual solamente se sabe observando los procesos de interacción de un organismo. Entendiendo aquí la metáfora “observar” no como un paso metodológico sino como el proceso naturalista de describir algo.

El objeto de la experiencia es diferente del “objeto total” que no es más que una hipótesis. Decimos: “lo oí”, “lo vi”, “lo toqué” como experiencias que dependen de las funciones integradas en ese proceso y que no necesariamente tienen que ser implicadas en otro proceso similar. Esas diferenciaciones son fácticas y no teóricas, lo teórico en todo caso sería postular el objeto total, como se hace cuando se plantea un organismo conceptual con fines normativos. Estas discriminaciones son la materia prima de la psicología, “tal como las determinaciones de sentido común acerca de la diferencia entre aceite y agua, hierro y estaño, constituyen el material original de la física y la química” (Dewey, 1930, p. 71), pero integradas a las coordinaciones funcionales.

En consecuencia, es imposible hablar de una “psicología general” y una “psicología aplicada”. Todas las psicologías son aplicadas, incluso la experimental es “aplicada” allí en el laboratorio. No existe ningún tipo de privilegio gnoseológico en los planteamientos generales, dado que la condición experimental condiciona la experiencia de modo que lo que allí sucede es comprensible solamente por el contexto en el que sucede. Se habla aquí de psicología clínica porque en esta ocasión es eso lo que interesa. Recuperar los fundamentos funcionalistas y

pragmatistas de la psicología de conducta puede ayudar a contrarrestar las formulaciones tradicionales, y sumamente acoplejadas, que insisten en hablar de la psicología como una ciencia natural, entendida como una ciencia con estructura nomológica-deductiva, un anhelo que ha generado más polarización que resultados útiles.

Como alternativa a lo anterior, la psicología clínica debe ser entendida como una tecnología más que como una ciencia aplicada o una ciencia básica independiente, dado que genera muchos de sus propios marcos conceptuales, vías de comprobación y métodos de intervención, para perfeccionar sus intervenciones. Tal como ha señalado Esteban (1999) una tecnología no asume como inmutables los conocimientos que toma de la ciencia sino como guías con valor heurístico para las posibilidades de descripción, predicción e intervención que le competen.

Y se podría complementar la idea diciendo que es una “tecnología de la experiencia” dado que le interesa detectar, describir, analizar e intervenir en las diferentes experiencias que son exploradas en la relación terapéutica, las cuales no pueden ser abstraídas como procesos fisiológicos o como resultados de la dinámica de un organismo conceptual, ya que tiene que ver siempre con objetos reales o ilusorios y con coordinaciones funcionales, dado que, por ejemplo, recordamos acontecimientos y no recuerdos; pensamos cosas y temas, no pensamientos; nos emocionamos como resultado de complejas coordinaciones y no como expresión de entelequias caprichosas. Dado que la experiencia es la interacción misma, no sus condiciones de posibilidad ni sus consecuencias, es esa interacción la que se busca comprender e intervenir.

Desde el funcionalismo deweyano no es posible pensar un organismo que en algún momento suprima las interacciones con el ambiente. La propia diferenciación organismo/ambiente es meramente analítica, razón por la cual la actitud del psicólogo clínico es la que Dewey (1948) describe como “naturalismo empírico” o “empirismo naturalista”, la cual afirmaría que dado que existe una pluralidad de factores que se coordinan funcionalmente para construir acciones, es necesario ir más allá de la errónea idea que pone por un lado al hombre y su experiencia y afirmar que: “la experiencia se presenta como el método, y el único método, para adueñarse de la naturaleza y penetrar sus secretos, y la naturaleza empíricamente descubierta (con el uso del método empírico en la ciencia natural) ahonda, enriquece y dirige el ulterior desarrollo de la experiencia” (Dewey, 1948, p. 4).

La comprensión de la experiencia con fines clínicos debe apegarse también a los criterios con los cuales ésta se conforma. Dado que la experiencia es punto de partida de la búsqueda de

conocimiento y método para tratar con la naturaleza, sirve a la profundización gnoseológica y tecnológica por medio de la inferencia, describiendo eventos que no son experiencias efectivas (como las causas o funciones problemáticas en un las coordinaciones trastornadas) pero que condicionan y posibilitan las experiencias efectivas, para así, una vez formuladas y descritas, ser integradas dichas experiencias y utilizadas con distintos fines mediante la propia relación terapéutica.

La psicología clínica como tecnología de la experiencia es entonces una forma controlada de la experiencia amplia habitual que busca comprender y transformar las coordinaciones funcionales que mantienen los comportamientos problemáticos mediante la intervención deliberada de aquellas funciones que están relacionadas o condicionadas por el aprendizaje, respondiendo a exigencias y necesidades propias de cada caso, cada objetivo acordado y cada necesidad construida en la relación terapéutica. A esta tecnología, y a cualquier ciencia en realidad, le es imposible describir todas las posibles formas de las experiencias.

Esto nos permite asumir un pluralismo epistemológico importante, en donde, por ejemplo, el psiquiatra comprendería y modificaría las conductas problemáticas mediante la intervención de las funciones fisiológicas de dichas conductas; el neurocientífico lo haría mediante el conocimiento de los mecanismos neuronales que son función de las conductas problemáticas; y así sucesivamente. Si uno u otro se equivoca en su enfoque, si lo han hecho bien o no hasta ahora, es motivo de un trabajo de naturaleza distinta, ya que no buscamos ni normar ni descalificar ningún acercamiento ni disciplina, sino más bien afirmar que solamente en la medida en que se comprenda que la conducta es un complejo interactivo multifactorial se podrán tener integraciones adecuadas con fines comprensivos y “curativos”.

En psicología clínica, hablar de inteligencia, emoción, sensación, memoria, concepción, entre otros atributos psicológicos, es para designar modos de contextos transaccionales con cualidades o rasgos que permiten diferenciar unos de otros e identificarlos como modos específicos de comportamientos, de modo que:

Oír, ver, percibir en general, y recordar, imaginar, pensar, juzgar, razonar, no son invenciones del psicólogo. Tomadas como designaciones de actos realizados por todo ser humano normal son distinciones de sentido común. Lo que algunos psicólogos han hecho es colocar por debajo de estos actos un espíritu o conciencia como autor, o locus. [...] lo que nos interesa es el hecho de que el hombre común, dejando de lado toda interpretación científica o filosófica, da por sentado la

existencia de actos de este tipo, diferentes de los actos de locomoción y digestión. Tales actos, en una forma puramente denotativa, prescindiendo de toda connotación conceptual, constituyen el significado de la palabra 'mental', distinguiéndola de lo físico y de lo puramente fisiológico. (Dewey, 1930, pp. 65–66)

Hay que tener clara la diferencia, porque esto no implica que no se hagan distinciones cualitativas entre lo físico y lo mental, sino que precisamente esa distinción implica que hemos realizado un acto sobre un proceso, pensarlo, y que por ello hacemos distinciones que no están el proceso en sí. La existencia de modos de comportamiento caracterizados cualitativamente y discernibles, no son cuestiones teóricas sino fácticas que deben abordarse por medios empíricos. El psicólogo clínico aplica esta observación al comportamiento de los organismos en función de necesidades materiales específicas como pueden ser modificar el comportamiento o instaurar comportamientos más adaptativos.

Desde esta visión, los cinco pilares de los tratamientos psicológicos que plantea Froján (2011) serían adecuados como fundamento de la psicología clínica, ya que permitirían superar tanto las antropologías y ontologías normativas que han fundamentado la psicología clínica, como la búsqueda de principios fisiológicos y las explicaciones unilaterales y universalistas, a saber:

1. El análisis de la funcionalidad de las conductas debe ser suficiente para explicar por qué alguien busca un tratamiento, cómo se mantienen tales conductas y diseñar una intervención que desarrolle otras funcionalidades para la superación de los problemas conductuales .
2. El análisis de la conducta verbal en la interacción terapéutica, porque lo que se dice en el contexto de un tratamiento es clínicamente relevante.
3. La situación clínica es un contexto en el que se dan los problemas de modo análogo a lo que sucede por fuera de ella, por lo tanto la situación terapéutica es un contexto para establecer contingencias de reforzamiento y castigo de las conductas relevantes.
4. La relación entre un terapeuta y un paciente será está llamada a ser terapéutica pero no lo es por la mera presencia de uno u otro sino por el tipo de relación, así será terapéutica si y solo si da lugar a procesos de aprendizaje que propicien el cambio clínico.
5. La conducta encubierta (cogniciones, emociones, motivos) son abordadas de la

misma forma que las manifiestas, dado que quien las reporta, o no, es observador de las mismas y las hace públicas a través de verbalizaciones.

Lo que hace el psicólogo es: “poner en marcha (o al menos intentarlo) una serie de procesos de aprendizaje (tanto pavlovianos como operantes) que darán lugar a la aparición de nuevas conductas más adaptativas en el cliente. Y estos procesos de aprendizaje ocurren a través (aunque no exclusivamente) de la interacción verbal que tiene lugar durante la sesión terapéutica” (Froján, 2011: 202). El concepto adaptativo es usado en sentido metafórico para hablar de aquellas conductas que funcionan en la construcción de circunstancias de interacción satisfactorias en contextos específicos, de modo que una conducta que es adaptativa en un contexto dado, puede no serlo en otro.

Pero fomentar estos aprendizajes no es privativo de los psicólogos. Ha habido problemas psicológicos desde antes de la psicología, y se han afrontado, “curado” o atenuado de muchos modos; ya sea por vías religiosas, por prácticas terapéuticas propias de cada sociedad, época o problemas abordados, dado que éstos conducen a cambios situacionales relevantes. Eso no debilita a la psicología sino que, precisamente, reafirma su objetivo: comprender por qué funcionan o funcionaban distintas prácticas, sin apostar por ninguna particularidad esencial de la psicología desde que esta pretende ser ciencia o de sus marcos conceptuales, dado que: “los procesos de aprendizaje ocurren, los conozcamos o no, los queramos provocar con la aplicación de técnicas concretas o surjan de manera espontánea” (Froján, 2011: 202).

Mediante el lenguaje utilizado en la terapia son traídos al presente hechos pretéritos, de modo selectivo o no, que adquieren una funcionalidad psicológica actual al formar un conjunto con los hechos actuales, entonces: “si algo ocurrió en el pasado, por grave o relevante que haya sido en su momento, que no está funcionalmente relacionado con el comportamiento actual (patológico o no, problemático o saludable) de una persona, ese algo pasado no contribuye a explicar éste; y por el contrario, un acontecimiento pretérito irrelevante puede adquirir una importancia clave en la explicación del problema actual cuando al traerlo al presente por medio del lenguaje podemos identificar su funcionalidad” (Froján, 2011: 203).

Es claro que lo importante es que la persona aprenda conductas adaptativas, entonces, ¿es la psicología clínica una aplicación de las teorías del aprendizaje, o bien es la psicología una ciencia del aprendizaje? No en ambos casos. Para desarrollar esta respuesta, es necesario el planteamiento que hiciera Skinner (1975), sobre lo innecesario de las teorías del aprendizaje para la psicología

conductual.

El carácter práctico de las terapias, particularmente de las cognitivas y cognitivo-conductuales, permitió evadir la formulación teórica de las mismas, rasgo que se reforzaba por la eficacia que mostraban los cambios que sobre la marcha proponían. No hay que olvidar que Ellis y Beck seguían ejerciendo como psicoanalistas mientras se transformaban en promotores de sus terapias. A la par de este desarrollo, las exigencias teóricas también crecían, ya que era imposible sostener la pertinencia de una terapia que se promulgaba tan efectiva por novedosa si los recursos conceptuales y explicativos del psicoanálisis o el conductismo no mediacional eran suficientes para sostenerla; como producto de esta exigencia se fue desarrollando el cognitivismo clínico y posteriormente, quizás por la tendencia en otras ciencias, el cognitivismo clínico psicoevolucionista. Las terapias cognitivo-conductuales trabajan con verbalizaciones que se modifican a través del debate, tras la confianza de que un cambio en las verbalizaciones es fruto de un cambio en las cogniciones (Froján, 2011), pero eso no permite afirmar que se ha hecho una modificación de los rasgos evolucionados, lo cual es un disparate.

¿Cómo debe relacionarse con la psicopatología esta psicología clínica? Para responder a esta pregunta, es necesario recalcar el carácter histórico de la comprensión en psicología clínica. Dewey (1884: 286) consideró que “la historia en su aspecto más amplio es en sí misma un problema psicológico, [que] ofrece los recursos más ricos para la psicología”. Entendemos tal afirmación del modo siguiente: la psicología clínica está insertada en un momento histórico particular el cual constriñe sus conceptos, objetos y procedimientos de modo tal que es parte del trabajo del psicólogo clínico conocer esos constreñimientos para no dar por naturales o inevitables afirmaciones de relevancia para su trabajo que pueden comprometer su comprensión, como pasa con el cognitivismo clínico y el cognitivismo clínico psicoevolucionista.

Las categorías diagnósticas y patografías, en tanto obras e instituciones, están condicionadas por su historicidad y condicionan los modos de las conductas problemáticas. Es útil referirse a la “psicopatología descriptiva”, entendida como el medio de comprensión de las distintas prácticas en torno al conocimiento y manipulación de los trastornos aludidos, mediante el análisis del lenguaje con que se describen los síntomas, que tiene como objetivo, en tanto “sistema descriptivo y cognitivo, [...] captar aspectos de la conducta anormal [...] aplicando palabras a segmentos del habla y la acción.” (Berrios, 2008, p. 41).

En consecuencia, se puede afirmar que la crítica al cognitivismo clínico y al cognitivismo clínico psicoevolucionista radica en su reducción explicativa, ya que han estipulado que la conducta es el reflejo de la acción de entidades suborgánicas reales o hipotéticas. No queremos negar que el planteamiento de dichas entidades pueda tener utilidad, pero hay que preguntarse por el destino específico de esa utilidad en cada caso, ya que lo que sí negamos es la posibilidad de explicaciones psicológicas universales para sintonizarnos con el empirismo naturalista de Dewey (1948), asumiendo que las coordinaciones funcionales que sirven a los fines de los organismos tienen componente experienciales, es decir, modos de conectar o desconectar eventos en relaciones conjuntivas o disyuntivas que se presentan como valoraciones prácticas.

Es por eso que esta reflexión histórica no es simplemente un acercamiento posterior a la construcción de un conocimiento y una práctica coherentes, no tiene fines de recapitulación o anecdóticos, ni busca generar una presión externa por la revelación de una historia otrora vedada (como se ha hecho común desde el camino foucaultiano), sino que busca reconstruir el porqué de una semiología que tiene una aplicación directa en las prácticas clínicas actuales (Huertas, 2001), para calibrarlas y exigirles una discusión activa con consecuencias clínicas.

Esto quiere decir que se parte de la convicción de que en todas las descripciones de los síntomas de aquello que sea llamado enfermedad, patología, problema o desorden y tenga como apellido mental, conductual, cognitivo, afectivo o psicológico en general, el lenguaje usado tiene como función captar y dar sentido a los aspectos problemáticos de una conducta para poder echar a andar una serie de procesos de recuperación.

Esta aplicación de palabras, conceptos o segmentos de habla a los problemas que se presentan en la experiencia del estudioso y del doliente como actos y acciones, obedece a criterios históricos y pertenece a léxicos más o menos delimitables a través de análisis, los cuales existen y se particularizan siempre en detrimento de otros que podrían ser utilizados.

Los fundamentos de la psicopatología descriptiva, entendida como una rama de la psicología histórica, hacen una crítica a la idea generalizada contemporánea que asume que los fenómenos psicopatológicos son especies naturales evidentes que no dependen de un marco conceptual específico para ser abordados, sino que pueden ser descritos y conocidos desde la nada

experiencia sensorial sistematizadora.

Es importante evitar la falsa dicotomía entre entidades naturales e invenciones culturales, campo de batalla de las ciencias del hombre, y sobre todo busca derribar la creencia de que los fenómenos a los que aluden las categorías que habitan en los catálogos diagnósticos al uso y de gran celebridad siempre han existido y se han manifestado tal y como lo hacen ahora (Berrios, 2001). Esta visión bachelardiana, como la ha llamado Berrios (2008), ha sido aplicada a las descripciones psicopatológicas en psiquiatría y, en menor medida, a las descripciones psicopatológicas en psicoanálisis, pero no a otras prácticas que se lían con los fenómenos psicopatológicos desde otros marcos conceptuales, como podrían ser los abordajes clínicos conductista y cognitivos.

Por ejemplo, la psicopatología descriptiva, con referencia al alienismo del siglo XIX, se entiende como “un lenguaje que, como todos los lenguajes, se define por un conjunto sistemático de principios generales, enunciados descriptivos y reglas de aplicación [cuya] función es la descripción y captura de aspectos de la conducta que asume son el resultado de una disfunción psicológica u orgánica. [...] un interface dinámica entre el observador y el fenómeno psicopatológico que debe facilitar el estudio e intelección de este” (Berrios, 2010: 110).

Pero ese carácter orgánico de las disfunciones es meramente contingente al conjunto de principios, enunciados y reglas de la psiquiatría biológica contemporánea, o su devenir histórico, y no a una cualidad ontológica de todo fenómeno psicopatológico, aunque la búsqueda de dicho carácter es una prioridad epistemológica de la psiquiatría contemporánea para, afirma Berrios (2001), evitar el relativismo, aunque es difícil aceptar que la pluralidad sea relativismo, en fin. Por lo tanto, se asume que:

la descripción de signos y síntomas de la enfermedad mental es más una actividad de construcción que de reconocimiento e incluye, además de un componente perceptivo, uno teórico. Los sistemas al uso han intentado solventar la cuestión del reconocimiento de síntomas mediante las definiciones operativas de éstos y la consideración de la psicopatología como instrumento “transparente”, no problemático, lo que ha perpetuado la errónea concepción de que los síntomas son entidades estables que contienen en sí mismas toda la información que se precisa para su reconocimiento. (Berrios, 2001, p. 109)

La psicopatología, como conocimiento y como práctica clínica, en su constitución está determinada por una serie de procesos o instancias que justifican y permiten su existencia, las cuales anidan en distintas visiones teóricas, dichas instancias son:

1. Conducta psicopatológica, conjuntos de signos y síntomas con intensidad y duración variables que se presentan como variaciones en un acto o conjunto de actos de una persona (incluidos aquí actos de habla y movimientos), ya sean evidentes para un tercero o solamente en primera persona (pensamientos, percepciones o afectos) que son considerados anormales o trastornados ya sea por el acto en sí o por sus consecuencias relacionales por una comunidad humana específica en un momento específico. Los agentes que atraviesan estas experiencias, pueden o no ser conscientes del carácter anormal.
2. Agentes-procesos culturales de significación, que se dan a través de las relaciones entre significados y personas capaces de dar un sentido trastornado o patológico a los actos del agente o agentes en cuestión mediante un juicio de sus actos utilizando ciertas categorías significativas para su entorno cultural. El propio agente de la conducta psicopatológica puede cumplir esta función.
3. Interface dinámica (Psicopatología Descriptiva), que supone la existencia de un quehacer o disciplina encargada de comprender y/o atender dichos fenómenos de mejor forma que otros agentes-procesos culturales, y que está constituida por principios generales, conceptos, enunciados descriptivos y reglas disponibles para la intelección del fenómeno psicopatológico, mediante su aplicación a los actos del agente. Esta interface puede ser consecuente con los agentes-procesos culturales de significación o no, es decir, contradictoria con otras interfaces con las cuales compite o no.
4. Profesional, el agente que tiene conocimiento de la interface dinámica profesional y que al aplicarla es capaz de plantearse hipótesis sobre las causas y consecuencias de los actos del agente y, dependiendo de su función social, puede comprender, buscar corregir, aliviar, resignificar o cualquier otro proceso performativo sobre los actos del agente.

Los siguientes tres procesos son meramente gnoseológicos y artefactuales y, aunque parezca una obviedad, son introducidos en este conjunto a través del profesional o bien ciertas instituciones aliadas y complementarias de la psicopatología, como principalmente son las terapéuticas, así como otros profesionales de áreas interesadas en estos procesos (filosofía, sociología, antropología, entre otras).

5. Medios de intervención, relacionados cercanamente con el interface dinámica, son las vías de intervención para hacer frente a los estados psicopatológicos, entre ellos se encuentran la farmacoterapia, las intervenciones sociales (como las psicoterapias, la consejería y la reeducación), intervenciones quirúrgicas, aparatos ortopédicos, hospitalización y cuidados especiales, entre otros.
6. Análisis de eficacia, aplicación de pruebas estadísticas, encuestas, estudios clínicos, pruebas médicas, imágenes cerebrales y otros medios que permitan evaluar la eficacia del interface dinámica y los medios de intervención o, en el mejor de los casos, el uso el profesional hace de estos.
7. Análisis conceptual, mediante análisis históricos y epistemológicos, como la comparación sincrónica y/o diacrónica con otros medios de intervención, otros interfaces dinámicos o bien los mismos en otros casos, así como el análisis lógico, el análisis de las transformaciones conceptuales, el análisis de las consecuencias sobre los agentes, entre muchas más, se emite un juicio sobre la interface dinámica profesional con el objetivo de enriquecerla. El analista conceptual puede ser el mismo profesional al sistematizar teóricamente las consecuencias de su ejercicio, pero también un agente ajeno capaz de aplicar conocimientos precisos para el análisis y con un amplio conocimiento de la interface dinámica profesional.

El punto nodal es, como ha mencionado Berrios (2001), que la psicopatología descriptiva, es insuficiente y poco sensible para dar cuenta de la experiencia por sí sola, no obstante, como función de la misma es útil considerarla para los fines de las intervenciones psicoterapéuticas. Desde este panorama toma sentido la inquietante afirmación de Pérez y González (2007, p. 17), de que:

La cuestión es, en el fondo, que los problemas que presenta la gente pueden tomar relativamente distintas formas no ya sólo según el momento histórico-social (por ejemplo, la histeria en tiempos de Freud, depresión en tiempos del Prozac), sino también según la orientación de los clínicos que los tratan (por ejemplo, como un problema neuroquímico, psicodinámico, cognitivo, existencial, de conducta o familiar).

Los conceptos psicopatológicos están sujetos a rectificación, corrección y comunicación constantes. Es imprescindible tener claro cómo y por qué se utilizan ciertas categorías y no otras, para poder determinar prospectivamente qué beneficios tendría poner en cuestión, cambiar o

reestructurar algunas de esas entidades conceptuales y, claro, qué efectos tendría este cambio sobre los fenómenos psicopatológicos en sí, los tratamientos, las sociedades y las personas e instituciones involucradas.

No existe la psicopatología como una ciencia independiente, sino distintas agendas psicopatológicas. Desde los intentos políticos y económicos por generar psicopatologías estandarizadas, comercializadas en forma de manuales, que no han logrado un consenso generalizado, hasta, como ya se ha dicho, psicopatologías locales para distintas propuestas, principalmente terapéuticas en un amplio rango.

La tendencia en psicoterapia es, sin lugar a dudas, apearse a los manuales estandarizados con el fin de privilegiar la comunicación con otros campos, interés nada despreciables, aunque eso ha tenido un elevado costo, ya que ahí donde ha triunfado esa relación, como en los sistemas de salud pública, ha sido a costa de la pluralidad epistemológica y gracias al sometimiento absoluto de las psicopatografías regionales, lo cual ha conducido a una franca ruptura entre investigación y clínica que banaliza toda reflexión teórica.

Con el fin de salvar esa peligrosa brecha, en el 2013 el *National Institute of Mental Health* (NIMH), de los Estados Unidos de América, rechazaba al Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM, por sus siglas en inglés) como criterio para la investigación psicopatológica de cualquier tipo (no para el diagnóstico), en pro de un nuevo proyecto cuyo propósito es crear un marco para la investigación desde la neurociencia y la genómica, capaces de soportar una clasificación psiquiátrica que no esté centrada en los síndromes y dé explicaciones etiológicas.

En ese tenor, eligieron como fundamento un acercamiento, que data del año 2010, llamado *Research Domain Criteria* (RDoC), el cual, de acuerdo con Carpenter (2013), sostiene que: (1) los trastornos mentales son alteraciones que se encuentran en los circuitos neuronales; (2) las neuroimágenes, la electroencefalografía y otros recursos técnicos de exploración del funcionamiento cerebral, son las vías primordiales de la investigación en salud mental; y (3) la genética y la neurociencia son las vías para la identificación de marcadores biológicos, los cuales deberían estar en la base de los diagnósticos y tratamientos.

Esta visión, independientemente de si es o no correcta, se niega a aceptar un manual sindrómico que se ha presentado como ajeno a toda teoría etiológica, para afirmar que los trastornos mentales son, se confirme o no dicha hipótesis, de naturaleza genética y/o neuronal. Pues bien,

consideramos que algo equivalente puede hacerse para la psicología clínica teniendo como idea central que los así llamados trastornos psicológicos son trastornos conductuales entendidos como coordinaciones funcionales problemáticas, en donde ha fallado la coordinación misma o bien algunas de las funciones que participan en coordinaciones específicas, lo cual solamente puede ser conocido o sabido una vez que se han realizado exploraciones empíricas de tipo funcional.

Para ello, la psicología clínica puede asumir algunos principios de la psicología histórica, particularmente aquellos propuestos por Meyerson que Pizarroso (2007) puntualiza del modo siguiente:

1. Las instituciones y obras humanas son producto de la actividad humana pero también molde de dicha actividad. Dado que las instituciones cambian, desaparecen, crecen o vuelven, entonces la actividad humana es también transformada constantemente.
2. Las funciones psicológicas, vistas desde fuera, son formas de organización de la experiencia, de las que *a priori* no puede decirse que sean únicas, ni innatas, ni universales, sino que se han utilizado para comprender y categorizar las “actividades psíquicas” de distintos organismos (memoria, percepción, sentimientos, emociones, entre otros).
3. Las funciones psicológicas, en la experiencia misma, son también modos de organización inmediata de esa experiencia, tal como es vivida por el organismo y no tal como éste las evalúa; tal como influyen en otros procesos biológicos de ese organismo, y no tal como ese organismo cree que influyen en los otros organismos ni tal como los otros organismo se creen influidos.
4. Sí hay aspectos funcionales permanentes, es decir que siempre serán funciones psicológicas, pero de eso no puede derivarse que siempre se incorporen del mismo modo en las coordinaciones funcionales.

La división de las funciones entre propias de la experiencia y posteriores a la experiencia es analítica pero no por eso carece de consecuencias conductuales, es decir, la misma división es una función psicológica que permite afirmar que, por ejemplo, quien no tiene en su repertorio lingüístico la noción de “estrés”, jamás se quejará de que su participación diaria en la dinámica laboral en que está inmersa es “estresante”; no obstante, dicha dinámica puede ser descrita por un psicólogo como estresante dado que causa una serie de interacciones que él así categoriza acorde con una teoría, estructurando así, retrospectivamente, la experiencia de esa persona. Su experiencia original, la cual

puede llamarse *experiencia X*, no tenía al estrés como función dado que faltaba el concepto en su repertorio lingüístico, pero tampoco podría decirse que tener dicho concepto habría conducido a tener estrés (como lo afirma el cognitivismo clínico).

La historización de las funciones también puede tener una dimensión personal, dado que explorar en los recuerdos del paciente tal como si fuera en la historia permitiría conocer cómo alguna función actual pudo tener otro acoplamiento en otros momentos de la vida, es decir una historización ontogenética, para dejar fuera el uso metafórico del concepto de adaptación, del que muy recurrentemente se olvida ese carácter metafórico.

Las funciones psicológicas pueden ser conocidas por los modos en que los procesos de interacción, desde ahora llamados conductas, afectan a otras conductas, ya sean propias, de los demás o bien disposiciones de las instituciones, las obras y los objetos. Esto deriva del punto cuatro señalado por Pizarroso (2007): la conducta, entendida como interacción, es un aspecto funcional permanente, es decir siempre será una función psicológica, pero de eso no puede derivarse que siempre sean las mismas clases de conducta, en los mismos niveles y con la misma utilidad.

La “función psicológica”, vista históricamente y en el análisis de conductas actuales, es entonces regularmente distinta a la experiencia misma, aunque no necesariamente. Tómese como ejemplo el siguiente caso explorado por Meyerson (1936): la continuidad mental de cuño evolutivo animal-humano sirvió a la naciente psicología científica (se refiere a los estudios de psicología de los simios de Köhler, Guillaume y Kohts) para tomar distancia de las visiones espiritualistas-fijistas, pero una vez tomada esa distancia, la continuidad opacaba discontinuidades evidentes. De modo que cada especie necesitaba una comprensión continuista de principio, pero discontinuista por método. Puede decirse entonces que la continuidad o discontinuidad mental son funciones psicológicas y no rasgos psicológicos, esto significaría que asumir una u otra tiene consecuencias descriptivas distintas que determinan la forma en que se interactúa con los organismos que buscan ser comprendidos.

Historizar las “funciones psicológicas” es asumir que las obras, los objetos y las instituciones son la materialización de las interacciones de individuos y grupos de individuos en momentos históricos precisos que determinan eso que se entiende por “mente” en esos momentos precisos, es decir, son un estadio de la conducta que adquiere cierta independencia y que son relacionados de forma contingente con conceptos y prácticas específicos. Dado que Meyerson (1948) asumía una visión discontinuista o rupturista de la historia, propone lo mismo para lo “mental”: no hay continuidad

mental entendida como una acumulación generacional o filogenética de procesos estructurantes de lo mental, sino interacciones que son clasificadas y analizadas como mentales en los modos actuales en que se explora eso llamado mental.

Las instituciones y las obras son estructuras colectivas producto de la materialización de procesos generacionales que en interacción con los organismos dan paso a categorías y a estructuras, las cuales no están ni en los objetos ni en una "mente". La mente o espíritu no es un "objeto permanente", está sometido a la misma historicidad que cualquier otro dominio de la realidad (Meyerson, 1948).

Lo que es llamado psicopatología debe ser visto en términos de trastornos de la experiencia y deben ser explicados como fallos en la maquinaria teleológica resultantes de problemas de coordinación entre las funciones. Y es claro que en muchas ocasiones ese fallo podría ser en las funciones fisiológicas, pero es el acoplamiento la causa del trastorno experiencial y no la disfunción fisiológica lo que interesa al psicólogo clínico, además que dichas disfunciones a la fecha no gozan de respaldo empírico.

Pero la relación con la investigación básica y con la psicopatología no son unidireccionales. Toda psicología clínica en su ejercicio construye conocimiento y formas de comprensión, las cuales tienen o deberían tener una función epistemológica y ser la fuente de corrección de sus enunciados, conceptos y prácticas; así como toda psicología clínica tiene posicionamientos originales sobre la psicopatología, la atención, la recuperación o la curación de trastornos patológicos y el porqué del comportamiento, no solamente es una aplicación de conocimientos de otras disciplinas. A continuación, entonces se define qué es y qué hace la psicología clínica para posteriormente proponer cuál es su relación con la psicopatología.

Conclusiones

Los ambientes en donde se desenvuelven los organismos están en constante cambio. En el caso humano, las condiciones de normalidad y certeza son sumamente endeble, llenas de estímulos extraños o alienaciones de las situaciones conocidas, por lo tanto, en la historia de coordinaciones de cada individuo hay fallos de la maquinaria teleológica necesarias para comprender las funciones problemáticas que algunas emociones tienen en un momento determinado.

El carácter “patológico” de una emoción es meramente dependiente del fallo de la maquinaria, es decir, en otras condiciones o con otros estímulos el mismo individuo debería de reaccionar adecuadamente. La inhibición en el logro de un objetivo produce emociones que son expresadas y cuya expresión no está relacionada con la supervivencia (Kemple, 2014).

El cognitivismo clínico psicoevolucionista excluye cualquier referencia al organismo actuante o a su medio circundante, su propuesta va solamente a los módulos mentales, que en última instancia deben ser módulos cerebrales, aunque las evidencias son tan pocas que se contentan con narraciones fantasiosas sobre el pasado del cerebro donde el organismo es una especie de máquina portadora de una mente en adaptación o, peor aún, adaptada y detenida en algún momento de la evolución. ¿Puede una psicología que no va a la interacción y que obvia el organismo ser llamada evolucionista en un sentido empíricamente sostenible? A todas luces no; además su casi nula apelación a estudios animales y sus pobres descripciones del funcionamiento psicológico hacen que su programa dependa demasiado de la psicología popular y además no la cuestione.

La insistencia de algunos enfoques biológicos y de las propias psicologías evolucionistas en la superación de la psicología de la conducta, es absurda, no han mostrado ningún tipo de eficacia o utilidad de sus planteamientos, no al menos para la psicología clínica, más que regresarlos a los modos explicativos oscurantistas del psicoanálisis en donde todo está determinado por las dinámicas infantiles, aunque con un toque de imaginación mayor: todo está determinado por la dinámica adaptativa de nuestros antepasados.

Los datos, interpretaciones y propuestas, que la psicología clínica ha cosechado de estos saberes le han servido para crear fantasiosas narrativas sobre los orígenes de todo comportamiento que les interese, con lo cual su objetivo rector de colaborar en la comprensión y manejo de los problemas psicológicos ha sido cambiado por el objetivo de explicar qué es y cómo funciona la mente o la enfermedad mental.

La psicología, como ciencia de la conducta, surgió como una crítica a estas visiones. Es ignorancia, y en ocasiones oportunismo, llamar psicología a eso que, al menos en el mundo académico y de la investigación, nunca se proclamó como tal. Es necesario rechazar estas declaraciones eliminativistas que tanto desprecian el sinuoso camino de construcción de la psicología y reapropiar para ésta una comprensión funcional de las terapias cognitivas.

El funcionalismo es un enfoque evolucionista que toma como centro al organismo y no a los procesos suborganismicos, ya que eso le permite ser darwinista (naturalista) también por método. Las reflexiones adaptacionistas son en ese sentido un darwinismo incompleto.

La psicología clínica, a nivel práctico, no tiene una conexión relevante con la fisiología, las neurociencias, la genética o la medicina, dado que no atiende síndromes, ni entidades patológicas o psicopatologías, ni mide niveles bioquímicos, ni interviene para modificar la farmacología cerebral, ni utiliza las mismas vías de investigación y acción que tales disciplinas. El psicólogo clínico, no utiliza resonadores, ni intervenciones quirúrgicas, ni análisis de laboratorio, ni prescribe fármacos. Algunos psicólogos utilizan tomografías, electroencefalogramas o medidores de la respuesta galvánica de la piel como herramientas terapéuticas con fines de modificación conductual, es decir como recursos conductuales, no para intervenciones fisiológicas, a menos que se ampliara la visión de la fisiología a niveles tales que sería inútil el propio concepto dado que todo proceso de un ser viviente sería en algún sentido fisiológico.

Mientras que las hipótesis genéticas, fisiológicas o cognitivas pueden ser de gran utilidad para tener una visión antropológica ilustrada de base “psicológica” o una teoría psicológica general, innecesarias ambas; a la psicología clínica y a la psicoterapia ofrecen lánguido favor, a no ser que la ilusión de estar afectando estructuras anatómicas, procesos fisiológicos o vías de adaptación biológica pueda ser usada para establecer algún condicionamiento tal que mantenga al potencial consultante asistiendo a terapia y pagando. Como alternativa, se revalorará la herramienta psicológica de mayor envergadura y pertinencia: el análisis funcional de la conducta o análisis de la conducta aplicado.

Tanto las conductas afectivas como racionales son sumamente relevantes para la psicología clínica debido a que son coordinaciones que tienen una función valorativa que impacta a la experiencia. En este tenor, las emociones son funciones de distintas variables que están reforzadas y controladas por una serie de circunstancias que a su vez controlan a otras conductas que no suelen identificarse con la emoción como tal, por ejemplo la agresión en la ira, la búsqueda de

cercanía corporal en el enamoramiento, entre otras. Estas relaciones funcionales apuntalan los reforzadores de las conductas implicadas en los procesos emocionales, por ejemplo el daño causado en la ira o una cercanía corporal placentera en el enamoramiento. Pero, y es aquí donde la evolución tiene importancia, hay conductas implicadas en las emociones que parecen no ser condicionadas, como golpear, gruñir o mostrar los dientes en la ira, que en efecto son conductas evolutivamente determinadas que no se intensifican en los procesos emocionales antes que el condicionamiento tenga lugar, es decir que sean reforzadas, y sean ellas mismas reforzadoras de otras conductas.

En este tenor en los procesos emocionales hay un repertorio de respuestas instintivas, innatas o primitivas, no son reducibles suficientes para explicar esos procesos ni pueden ser identificadas con ellos, dado que las emociones necesitan de “escenarios paradigmáticos”, por lo tanto es necesario:

Aprender a mirar desde una “Gestalt” las situaciones en término de distintos escenarios es aprender a poner atención diferencialmente a ciertos rasgos de una situación actual, a indagar en la presencia de otras características del escenario y a hacer las inferencias que el escenario sugiere (de Sousa, 1980: 143)

Los objetos de las emociones son socialmente determinados, no obstante, dicho carácter social puede ser, en muchos casos, el reconocimiento de objetos biológicamente dados, y por lo tanto socialmente moldeados. El autor da un ejemplo muy interesante, en el caso de los niños sus respuestas emocionales en ciertas situaciones podrían estar genéticamente determinadas, ante lo cual la educación consistiría, esencialmente, en identificar dichas respuestas, proporcionarles a los niños nombres para ellas en el contexto del escenario, y así enseñar que eso significar tener la experiencia de una emoción particular, generando así una diferenciación social útil para categorizar y comunicar las experiencias.

Si la racionalidad es útil en las psicoterapias cognitivas, es porque se ha llamado racionalidad al mero hecho de moldear conductas cognitivas de cuño valorativo a través del diálogo, pero no porque por sí misma la racionalidad tenga un papel terapéutico. Es importante rechazar la racionalidad como distintivo de la acción y el pensamiento humanos ya que no “existe un conjunto de criterios absolutos que permiten evaluar si las elecciones de creencias, de formas de actuar, así como de medios y de fines, son apropiadas sea cual sea el contexto de la elección” (Olivé, 2011: 29). Y, se puede agregar, además no son elecciones en el sentido estricto del término.

Estas tesis, como menciona Olivé (2011), perdieron fuerza en la filosofía resultado de la discusión de la universalidad de los criterios de evaluación, para, aceptar que la racionalidad está determinada por tiempos y lugares específicos. Del mismo modo que Ellis y Beck cuestionaron que conocer el origen de un problema psicológico no era suficiente para superar dicho problema, se puede afirmar que dado que mostrar la irracionalidad de una conducta y proponer una alternativa interpretativa son absolutamente insuficientes para explicar los procesos psicoterapéuticos.

Entonces, si la racionalidad se entiende como “el uso teórico, práctico y evaluativo de la razón. En otras palabras, el uso de la razón para adoptar creencias, tomar decisiones y evaluar hechos” (Broncano, 1995: 301), tendrá un papel importante en el moldeamiento tras un imperativo ético, no por alguna propiedad específica, dado que la racionalidad es normativa en un sentido externista, esto permite entender incluso que tanto el cognitivismo clínico como el cognitivismo clínico evolucionista pusieron racionalidades universales y específicas como marco ético de acción; los primeros la coherencia, los segundo la adaptación a ultranza.

La irracionalidad “persistente” en las emociones no es propia de las emociones sino de la interacción de distintas funciones de la conducta, ni tiene gran utilidad fuera de la normatividad de la conducta. Tanto la racionalidad como la emocionalidad tienen un objetivo similar: lograr fines del organismo, pero la racionalidad no es coextensiva con la adaptación; ni la emocionalidad con la desadaptación. Es decir, si se afirma que desde la racionalidad se busca: (a) minimizar errores predictivos; (b) analizar de forma precisa la información disponible; (c) detectar de modo preciso información ambiental; (d) elevar las probabilidades de éxitos; y (e) buscar un beneficio para el agente, entonces es porque eso que se entiende por adaptación en psicología clínica es el ideal de recuperación, no la descripción de un proceso terapéutico.

¿Qué entender por racionalidad entonces? En primer lugar, no es conveniente aceptar de forma acrítica que la racionalidad es la inteligencia aplicada a la solución de un problema, como asumen los cognitivistas clínicos, porque la propia noción de inteligencia que utilizan es difusa y es vista como causa: Juan sacó una elevada calificación en el examen porque es inteligente. Una tautología ramplona. Para dar buena salida a este problema, debemos asumir que hay o no hay relación alguna entre inteligencia y racionalidad.

De acuerdo con Hurley y Nudds (2006) la inteligencia es una capacidad más o menos general que se expresa en la memoria, el aprendizaje, la percepción y las habilidades imaginativas como ciertos tipos de tendencias conductuales. La racionalidad corresponde a cierto tipo de

procesos subyacentes que evalúan y refuerzan las conductas. Hay conductas inteligentes sin ser racionales y, aunque es más difícil de pensar, conductas racionales que no son inteligentes, es decir no resultan de una valoración sistemática de probabilidades.

La psicología clínica como ámbito de ejercicio de la psicología, debe proponer vías de comprensión de los problemas que ella atiende, si dichos problemas son en última instancia fisiológicos o genéticos ¿por qué llamar problema psicológico a lo que necesariamente debe ser reducido a la fisiología o la genética? ¿Para qué? Como Berrios (2008) ha señalado, la aspiración de la psiquiatría biológica y las neurociencias, e incluso de la psicología fisiológica, es que todos los problemas psicológicos sean entidades biológicas sin más, donde eso de “biológico” significaría: sucesos determinados por eventos fisiológicos, genéticos o moleculares. Pero ese no es el motivo ni afán de la psicología, a menos que se asuma un eliminativismo (o materialismo) tal como el propuesto por Gazzaniga (2000), Crick (1994) o Churchland (1986), quienes consideran que la psicología, como ciencia de la conducta, debe estar en el cajón de la historia de las malas prácticas, las ilusorias y las protocientíficas; ya que hoy, afirman, ser psicólogo es explorar el funcionamiento cerebral y los determinantes genéticos y moleculares de todo comportamiento dado o posible.

No falta a la razón Castrodeza (2009) al afirmar que el mundo se está darwinizando. La teoría de la evolución por selección natural ha trastocado todos los pliegues de la cultura. Su creciente aceptación no obstante no se podría justificar como la mera prolongación triunfal de una teoría, ni mucho menos como un conjunto de creencias empíricamente justificadas, sino que, por un lado, hay un anhelo por encontrar una explicación darwinista a todo fenómeno relacionado con los seres vivos, anhelo que determina programas de investigación; y por otro lado, se encuentra un ímpetu interpretativo en clave darwinista que quiere conquistarlo todo sin investigación de por medio, el cual se contenta con creativas narrativas sobre los antepasados de las especies o inferencias sostenidas por alfileres en investigaciones empíricas dudosas, para explicar casi cualquier rasgo actual de cualquier especie.

Estas dos formas de insertar el darwinismo en la cultura, si se consideran como los polos de un espectro, apuntalan programas de investigación ante problemas otrora ajenos a la biología, la psicología y las otras disciplinas donde se ha establecido, pero también dan pie a la actuación política de personajes que ven en estas descripciones genuinas prescripciones de cómo debe comportarse una persona, cómo debe estructurarse una sociedad, en qué debe fundamentarse un posicionamiento ético y, claro, cómo debe ser una ciencia, qué debe decir y cómo debe decirlo, en

este caso particular la psicología clínica.

El cognitivismo clínico evolucionista puede ser catalogado como un adaptacionismo, siguiendo la propuesta de Gould y Lewontin (1979) quienes hablan de “programa adaptacionista” para referirse al “hábito” de considerar que la selección natural es la vía principal para el diseño de todos los rasgos de los organismos de modo que toda conducta, forma y función son el resultado de la adaptación, afirmación que no tiene ningún sustento empírico. Dos creencias fundamentan esta actitud, a saber: (I) los organismos pueden dividirse en rasgos unitarios cuyo diseño ha sido posible por la selección natural y siempre han propiciado la adaptación; (II) dado que la optimización de un rasgo parece atender en ocasiones con otro rasgo, afirman que dicha optimización impone algunas pérdidas en otros rasgos pero hay procesos de compensación que siempre apuntalan un organismo más competente en términos globales. Si esto bien puede ser cierto, no es de ningún modo suficiente para decir que explica por qué alguien tiene un problema de conducta, qué lo sostiene y cómo superarlo.

El adaptacionismo se ha asociado con lo que Rose (1998) ha llamado “ultradarwinismo”: el movimiento intelectual que se caracteriza por sostener como premisa fundamental que el propósito (*telos*) de la vida es la reproducción de los genes incrustados en los organismos, de modo que esos organismos son meros “robots” que tienen como fin servir a los objetivos de esos genes, dado que: (a) el gen es la unidad básica de la vida que busca crear condiciones para su replicación mediante la acción de los organismos; y (b) todo aspecto fenotípico de un organismo (bioquímica, forma y comportamiento) es en algún modo el resultado de la adaptación, es decir, ha actuado sobre él la selección natural como fuerza que constriñe y conforma los aspectos que sirven a la supervivencia de los genes y, como consecuencia, condicionan los rasgos fenotípicos de los organismos, siendo ésta la principal vía de conformación y eliminación de dichos rasgos.

Ser hoy ultradarwinista es ver todo desde la dinámica trina entre adaptación, lucha por la existencia y selección natural. El ultradarwinismo del cognitivismo clínico psicoevolucionista ha tomado las explicaciones causales del cognitivismo clínico para reinterpretarlas mediante esta dinámica y prescribir su proceder con apego a estas premisas fundamentales en detrimento de toda explicación previa, ya sea por contradictoria o simplemente por ajena. Pero, como ya se ha dicho, más bien buscan acoplar a los individuos a este imperativo ultradarwinista y decir que eso significa superar un problema psicológico.

La crítica al adaptacionismo que hicieron Lewontin y Levins (1980) ha producido un fértil

distanciamiento del adaptacionismo y el ultradarwinismo al interior de la biología, no obstante esto no sucede en psicología clínica donde goza de buena salud, gran prestigio e incluso cierta “superioridad epistémica” ya que desde allí se juzga a toda la psicología clínica precedente, como si ésta no hubiera nunca sido darwinista, evolucionista o atenta a la biología en ningún sentido, cosa absolutamente falsa y que evidencia el desprecio de estos abordajes por la constitución de la propia psicología clínica.

Debemos dejar de “esencializar” la biología y la psicología. Debemos dejar de ver lo biológico como una constante de los seres humanos y la cultura como las variaciones de ese ser (Ingold, 2004, p. 217). Los eventos del mundo físico y simbólico, cultural y ambiental, devienen ambiente por la interacción con los organismos, operando entonces como constreñimientos para el fenotipo y el genotipo, constituyendo un continuo funcional en constante condicionamiento y construcción mutua (mutualismo). Así los organismos no solamente heredan genes sino un entorno modificado, en el caso humano un entorno que además de sus rasgos físicos cuenta con instituciones y estructuras simbólicas (de base lingüística) con funciones morales (asociadas con las valoraciones) que condicionan el comportamiento de su prole, la cual hará lo propio modificando dicho ambiente y heredándolo.

Brinkmann (2011) considera que los cinco principios fundamentales de la psicología evolucionista, extensivos al cognitivismo clínico psicoevolucionista, muestran que el adjetivo “evolucionista” no es del todo adecuado para dicho programa de investigación y propone una reformulación de los mismos desde la psicología deweyana.

El primer principio afirma que el cerebro es un sistema físico que funciona como una computadora cuyos principios fueron diseñados para generar conductas apropiadas a sus circunstancias ambientales. Esto es problemático porque el modelo computacional no refleja adecuadamente las características estructurales y funcionales de los sistemas vivos como son la autorregulación, las dinámicas no lineales y las acciones globales como un todo interactivo; el cerebro es visto como un producto evolutivo ajeno al cuerpo que lo contiene cuyo metabolismo es suficiente para producir conductas “apropiadas”, dado que la selección natural ha diseñado, en el pleistoceno, algoritmos procesadores de información discreta para la acción necesaria en sus circunstancias ambientales (Brinkmann, 2011).

El segundo principio afirma que los circuitos neuronales fueron diseñados por selección natural para la solución de problemas que los ancestros de los humanos enfrentaron en su historia

evolutiva. No obstante el principio anterior, donde el carácter “apropiado” del diseño cerebral sería garante de su conformación evolutiva, los humanos son vistos como organismos con mentes del pleistoceno cuyos mecanismos cerebrales no logran ser apropiados a las circunstancias ambientales contemporáneas, generando conductas problemáticas; ya sean socialmente problemáticas, como la violación o la infidelidad, o individualmente problemáticas, como el estrés, la ansiedad o la depresión. Entonces, las estructuras cerebrales producían conductas apropiadas en el ambiente que las seleccionó, pero son en gran medida incapaces de producir conductas apropiadas al ambiente contemporáneo. El propio Darwin es suficiente para cuestionar este principio, ya que mostró que en el curso de pocas décadas se habían modificado los picos y hábitos alimenticios los pinzones de las Galápagos como respuesta a cambios climáticos, ¿por qué entonces los cambios en los humanos son tan lentos o incluso, en ciertas clases de comportamientos, nulos de modo tal que son idénticos a los de hace 12 mil años, por poner como referente el fin del pleistoceno? El gran problema, afirma Brinkmann (2011), es que consideran al organismo y al medio como dos entidades independientes, donde incluso ese medio precede al organismo y lo trasciende, manteniéndose constante a pesar de las acciones de los organismos.

El tercer principio afirma que la consciencia es como la punta de un iceberg, mientras el resto de lo que sucede en esa mente permanece oculto, como resultado de esto, se suele pensar que la mente es un circuito más simple de lo que realmente es y se pierde de vista que requiere circuitos neuronales muy complicados. El problema con este principio es la reificación de la mente, tomada como lugar en donde “suceden cosas”; lo que los lleva a afirmar que ese lugar tiene que ser el cerebro, perdiendo de vista que los organismos hacen cosas con sus cuerpos, no solamente con sus cerebros, aunque sean condiciones de posibilidad de sus actos.

El cuarto principio afirma que existen circuitos neuronales distintos especializados en la solución de distintos problemas adaptativos. El problema con este principio es que al día de hoy no se han podido asociar, de modo específico, la pluralidad de respuestas conductuales con módulos específicos y sustratos neuronales específicos, a no ser aquellas actividades meramente vegetativas o bien descritas en generalidades tales como, por ejemplo, las áreas de Broca y Wernicke en el lenguaje. Es cierto que sin estas áreas los humanos no tendrían un lenguaje como el que tienen, pero de ningún modo con ellas puede explicarse la pragmática de los lenguajes y ni siquiera de modo pleno la semántica ni la sintaxis, ¿cómo entonces el conocimiento y descripción de los distintos módulos, si “la ciencia” pudiera hacer esa asociación empíricamente y cumplir con ese

objetivo, podría ser suficiente para explicar por qué un individuo manifiesta una conducta tal ante una clase de estímulos para la cual el cerebro de otro organismo de la misma especie produce conductas completamente distintas? Baste como ejemplo la relación entre dolor y placer; mientras en algunos individuos ambos estímulos son contrarios de modo tal que uno no condicionaría nunca la aparición del otro o bien condiciona la no aparición del otro; mientras en otros organismos los estímulos dolorosos son condición necesaria del placer.

Brinkmann (2011) retoma un ingenioso argumento de Ingold (2004), quien afirma que caminar es una capacidad innata en los humanos, del mismo modo que tocar el cello, pero para que ambas tengan una expresión específica son desarrolladas gradualmente en el proceso vital de los organismos, así por ejemplo, los japoneses “caminan desde las rodillas” mientras que los occidentales “caminan desde las caderas”, pero eso no indica que exista el “módulo de caminado japonés” en unos organismos y el “módulo de caminado occidental” en otros organismos; como seguramente no hay un “módulo de cello” diferenciable de un “módulo de violín” y un “módulo de contrabajo”. Tanto caminar como tocar un instrumento musical son habilidades corporales, imposibles de ejecutarse sin un sistema nervioso central, ¡pero también sin extremidades, manos, oídos, ojos, disposiciones materiales construidas como instrumentos musicales, mentores, partituras, melodías y muchos factores más!, de modo que las diferencias culturales no son agregados a los universales biológicos, sino que son ellas mismas biológicas.

El quinto y último principio es una afirmación con tintes poéticos: “nuestros cráneos modernos albergan una mente de la edad de piedra”. La propia idea de una estructura cerebral “cableada” de modo tal, condicionado genéticamente, que sea la base universal de distintas clases de conductas no cuenta con evidencia empírica suficiente, quizás porque la propia metáfora del cableado es inadecuada ya que, puede parecer estúpido mencionarlo pero, las interacciones neuronales y las así llamadas redes neuronales son en todo caso conglomerados funcionales y no estructuras dadas de una vez por todas; el problema de causalidad neuronal dista de tener una solución unívoca: “Ser un organismo en desarrollo significa vivir en un mundo tan cultivado, en el cual tiene poco sentido buscar distinciones nítidas entre lo que está ‘alojado dentro del cráneo’ y lo que ha evolucionado ‘fuera del cráneo’ como aspectos de las conductas-en-ambientes de los organismos (organisms’ behaviors-in-environments)” (Brinkmann, 2011, p. 60).

La comprensión en psicología clínica tiene como fin la modificación de conductas para la modificación de experiencias específicas, pero qué transformación y por qué esa transformación es

adecuada, solamente puede determinarse en el contexto del análisis funcional de las conductas relevantes para las experiencias problemáticas, a través de las transacciones verbales, y de otros tipos, entre terapeuta y paciente.

La conducta humana está controlada por reglas, por contingencias de reforzamiento y castigo, de modo que las redes neuronales permiten simular estas vías de condicionamiento y conocer qué respuestas deben ser reforzadas y el mejor modo de hacerlo.

Las explicaciones fisiológicas deben ayudar a la comprensión funcional y no, como sucede, someter la comprensión a los fines colonizadores que uno u otro proyecto científico o ideológico de cualquier tipo puedan tener, como en este caso se ha mostrado con respecto a la evolución, particularmente a la adaptación. Es decir, el fin de la psicología clínica no es someter sus vías comprensivas a las necesidades explicativas de la fisiología evolucionista sino hacer uso de la fisiología evolucionista para las descripciones funcionales de las conductas con el fin de modificarlas.

Como ya se dijo, es sumamente indeseable decir, por ejemplo, que los esquemas cognitivos de Pedro, con respecto a los alimentos, están condicionados por una fuerza instintiva o pulsional, evolutivamente determinada, que lo hace ver en el alimento una amenaza a su supervivencia, de modo tal que le impide la deglución para alejar la amenaza; dado que si esa fuerza pulsional existe y tiene un carácter fisiológico plantea cuatro problemas sumamente serios para la psicología clínica, a saber:

1. Comprobar que el moldeamiento conductual a través de transacciones verbales afecta de algún modo útil a la entidad fisiológica que mantiene a Pedro anoréxico o bien logra “evadirla” de modo tal que la psicoterapia es una opción confiable y deseable.
2. Desarrollar algún procedimiento o esquema diferencial que permita a los clínicos saber si las conductas anoréxicas están asociadas y cuándo lo están con la disfunción de esa entidad fisiológica, la disfunción de otra entidad fisiológica o bien procesos no-fisiológicos, para entonces calibrar sus intervenciones de modo tal que en los casos “fisiológicos” se opere del modo X y en los casos “no-fisiológicos” del modo Y, explicando por qué y como la psicoterapia cognitiva es útil en cada caso.
3. Aclarar de qué modo específico la reestructuración cognitiva, por poner un ejemplo, afecta a la entidad fisiológica que mantiene la conducta anoréxica, lo cual implica una traducción de lo cognitivo a procesos fisiológicos, o bien de los fisiológico a procesos

cognitivos.

4. Describir de modo empírico a la entidad fisiológica para no operar la transmutación ontológica, con la que hemos mostrado que regularmente operan, en la que eso fisiológico resulta ser solamente conceptualmente fisiológico por mera inferencia, sin estar asociada su existencia al funcionamiento específico de ciertas regiones del sistema nervioso central o, en el colmo de casos (como en Gilbert [2004]), sin ser una entidad descriptible como tal sino que es fisiológico porque todo lo psicológico es reducible a lo fisiológico, con lo que lo psicológico parece un doblez innecesario, un estadio cualitativo engañoso que, en suma, convierte a la psicología clínica en una disciplina transitoria útil en lo que la fisiología madura (como el mismo Freud confiaba que pasaría), un recurso indirecto para modificar la fisiología o, de nuevo en el peor de los casos, el remedio para males fisiológicos conceptuales, por no decir imaginarios.

Si la psicología clínica es un recurso directo de modificación fisiológica, sea como sea, habría que describir entonces qué tipos de condicionamientos conductuales son más efectivos que otros para modificar la fisiología en el modo deseado, es decir, una fisiología efectiva, empírica, puede ser de gran utilidad a la psicología clínica. Pero, a decir verdad, supuestos ontológicos de ese tipo, en psicología clínica, suelen no ser empíricamente sostenibles, porque no logran probar que una región específica o entidad fisiológica específica “causa” un comportamiento específico.

Si se le quita el papel causal a la entidad fisiológica y se dice que más bien condiciona ciertos comportamientos junto con otros factores fuera de la fisiología e incluso fuera del organismo, como el funcionalismo lo ha propuesto, entonces la fisiología sirve a la explicación psicológica amplia, y no a la inversa, pero esto es posible si y solamente si esa entidad fisiológica es hipotética y no un constructo inferencial, es decir, que de algún modo pueda decirse cómo condiciona, cuándo condiciona, con qué intensidad lo hace, cómo se relaciona transaccionalmente con otros condicionamientos y qué tipo de intervenciones influyen en ella y cómo influyen.

Entonces, en el ejemplo que nos ocupa, la fuerza pulsional evolutiva, si es meramente un constructo inferencial sin posibilidades empíricas de abordaje, no abonaría absolutamente nada relevante a la comprensión funcional que busca la psicología clínica, incluso la combate, dado que lo fisiológico deviene factor extraño en la explicación que la conduciría siempre al mismo derrotero: afirmar que en todo caso de anorexia falla una entidad fisiológica, no obstante no se sabe bien cuál entidad, no es posible localizarla, no se tienen los medios técnicos para estudiarla o bien es

“fisiológica” por mera convicción ontológica del programa de investigación, no porque la evidencia permita afirmarlo, tal como anhela la psiquiatría evolucionista al pedir que se asuma *a priori* que todo trastorno mental está causado por un trastorno fisiológico.

Pero creemos que no por esta razón todo constructo inferencial que no pueda ser comprobado empíricamente debe ser expulsado de la comprensión en psicología clínica. Mahoney (1983) proponía que, si las inferencias sobre la conducta cognitiva permitían realizar algunas predicciones o bien servían para comprender mejor una conducta, entonces debían ser utilizadas. Lo extraño es que él mismo abandonó ese principio, francamente pragmatista con el cual concordamos, para someter la comprensión de las conductas cognitivas a su organismo conceptual y abandonar el recurso empírico que permita comprender cómo, de hecho, procesos llamados cognitivos como la atención o la memoria están condicionando conductas maladaptativas y experiencias problemáticas.

Referencias

- Angell, J. R. (1907). The province of functional psychology. *Psychological Review*, 14, 61–91.
- Angell, J. R., & Moore, A. W. (1896). *Studies from the psychological laboratory of the University of Chicago*. 1. Reaction-time: a study in attention and habit. *Psychological Review*, 3, 245–258.
- Assoun, P.-L. (1981). *Introducción a la epistemología freudiana*. México: Siglo XXI.
- Assoun, P.-L. (2002). *La metapsicología*. México: Siglo XXI.
- Bandura, A. (1969). *Principles of behavior modification*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Beck, A. (1963). Thinking and depression: I. Idiosyncratic content and cognitive distortions. *Archives of General Psychiatry*, 9(4), 324–333. <https://doi.org/10.1001/archpsyc.1963.01720160014002>
- Beck, A. (1970). Cognitive therapy: Nature and relation to behavior therapy. *Behavior Therapy*, 1(2), 184–200. [https://doi.org/10.1016/S0005-7894\(70\)80030-2](https://doi.org/10.1016/S0005-7894(70)80030-2)
- Beck, A. (1976). *Cognitive therapy and emotional disorders*. New York: Meridian.
- Beck, A. (1988). Terapia cognitiva, terapia conductual, psicoanálisis y farmacoterapia, un continuo cognitivo. En M. Mahoney & A. Freeman (Eds.), *Cognición y psicoterapia*. Barcelona: Paidós.
- Blanchette, I., & Richards, A. (2010). The influence of affect on higher level cognition: A review of research on interpretation, judgement, decision making and reasoning. *Cognition and Emotion*, 24(4), 561–595. <https://doi.org/10.1080/02699930903132496>
- Bolhuis, J. J., & Van Kampen, H. S. (1991). Auditory Learning and Filial Imprinting in the Chick. *Behaviour*, 117(3–4), 303–319. <https://doi.org/10.1163/156853991X00607>
- Bowlby, J. (1980). *La pérdida afectiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Brinkmann, S. (2011). Can We Save Darwin from Evolutionary Psychology? *Nordic Psychology*, 63(3), 50–67. <https://doi.org/10.1027/1901-2276/a000039>
- Browne, J. (1985). Darwin and the face of madness. En W. Bynum, R. Porter, & M. Shepherd, *The anatomy of madness: essays in the history of psychiatry* (Vol. 1). Londres: Tavistock.
- Brun, G., & Kuenzle, D. (2008). A new role for emotions in epistemology? En G. Brun, U. Dogluoglu, & D. Kuenzle (Eds.), *Epistemology and Emotions*. Ashgate Publishing Company.
- Canguilhem, G. (2009). *Estudios de historia y filosofía de la ciencia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cannon, W. B. (1927). The James-Lange Theory of Emotions: A Critical Examination and an Alternative Theory. *The American Journal of Psychology*, 39(1/4), 106–124. <https://doi.org/10.2307/1415404>

- Carmichael, L. (1926). What Is Empirical Psychology? *The American Journal of Psychology*, 37(4), 521–527. <https://doi.org/10.2307/1414912>
- Caro, I. (2013). Lo cognitivo en psicoterapias cognitivas. Una reflexión crítica. *Boletín de psicología*, (107), 37–69.
- Clynes, M., & Panksepp, J. (1988). Foreword. En M. Clynes & J. Panksepp, *Emotions and psychopathology*. New York: Springer Science.
- Cosmides, L., & Tooby, J. (2000). Evolutionary Psychology and the Emotions. En M. Lewis, J. Haviland-Jones, & L. Feldman (Eds.), *Handbook of emotions*. The Guilford Press.
- Crichton-Browne, J. (1879). On the weight of the brain and its component parts in the insane. *Brain*, 2(1), 42–67. <https://doi.org/10.1093/brain/2.1.42>
- Cruz, J. (1984). Breve historia de la modificación y terapia de conducta en España. *Anuario de psicología / The UB Journal of psychology*, (30), 7–30.
- Darwin, C. (1984). *La expresión de las emociones en los animales y el hombre*. Madrid: Alianza.
- Darwin, C. (1987). *Charles Darwin's Notebooks, 1836-1844: Geology, Transmutation of Species, Metaphysical Enquiries*. Cornell University Press.
- Darwin, C. (1989). *El origen del hombre y la selección en relación con el sexo*. México: Diana.
- Dewey, J. (1884). The new psychology. *Andover Review*, 2, 278–289.
- Dewey, J. (1894). The theory of emotion. I: Emotional attitudes. *Psychological Review*, 1(6), 553–569. <https://doi.org/10.1037/h0069054>
- Dewey, J. (1895). The theory of emotion. II. The significance of emotions. *Psychological Review*, 2(1), 13–32. <https://doi.org/10.1037/h0070927>
- Dewey, J. (1896). The reflex arc concept in psychology. *Psychological Review*, 3, 357–360.
- Dewey, J. (1930). *Conduct and experience*. En C. Murchison, *Psychologies of 1930*. Massachusetts: Clark University Press.
- Dewey, J. (1942). How is mind to be known? *The Journal of Philosophy*, 39(2), 29–35.
- Dewey, J. (1948). *La experiencia y la naturaleza*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dewey, J. (2000). La influencia del darwinismo en la filosofía. En J. Dewey, *La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Dewey, J. (2008). *Teoría de la valoración*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Dewey, J., & Bentley, A. (1949). *Knowing and the known*. Boston: Beacon Press.
- Eibl-Eibesfeldt, I. (1989). *Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana*. Madrid:

Alianza.

- Ellis, A. (1958). Rational Psychotherapy. *The Journal of General Psychology*, 59(1), 35–49. <https://doi.org/10.1080/00221309.1958.9710170>
- Ellis, A. (1980). *Razón y emoción en psicoterapia*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Eysenck, H. (1964). *Experiments in behavior therapy*. Oxford: Pergamon.
- Feixas, G., & Villegas, M. (2000). *Constructivismo y psicoterapia*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Fridlund, A. (1999). *Expresión facial humana. Una visión evolucionista*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Froján, M. X. (2011). ¿Por qué funcionan los tratamientos psicológicos? *Clínica y Salud*, 22(3), 201–204.
- Gangemi, A., Mancini, F., & Johnson-Laird, P. (2013). Emotion, reasoning, and psychopathology. En I. Blanchette, *Emotion and Reasoning*. Nueva York: Psychology Press.
- Garrison, J. (2003). Dewey's Theory of Emotions: The Unity of Thought and Emotion in Naturalistic Functional "Co-Ordination" of Behavior. *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 39(3), 405–443.
- Gilbert, P. (2002). Evolutionary approaches to psychopathology and cognitive therapy. *Journal of Cognitive Psychotherapy*, 16(3), 263–294. <https://doi.org/10.1891/jcop.16.3.263.52515>
- Gilbert, P. (2004). Depression: A Biopsychosocial, Integrative, and Evolutionary Approach. En M. Power (Ed.), *Mood Disorders* (pp. 99–142). West Sussex, England: John Wiley & Sons Ltd. <https://doi.org/10.1002/9780470696385.ch6>
- Gilbert, P. (2006). Evolution and depression: issues and implications. *Psychological Medicine*, 36(3), 287–297. <https://doi.org/10.1017/S0033291705006112>
- Green, C. D. (2009). Darwinian theory, functionalism, and the first American psychological revolution. *The American Psychologist*, 64(2), 75–83. <https://doi.org/10.1037/a0013338>
- Greenberg, L., & Paivio, S. (2000). *Trabajar con las emociones en psicoterapia*. Barcelona: Paidós.
- Griffiths, P. E. (1990). Modularity, and the psychoevolutionary theory of emotion. *Biology and Philosophy*, 5(2), 175–196. <https://doi.org/10.1007/BF00127486>
- Guidano, V., & Liotti, G. (2006). *Procesos cognitivos y desórdenes emocionales. Enfoque estructural de la psicoterapia*. Santiago: Cuatro Vientos.
- Head, H., & Holmes, G. (1911). Sensory disturbances from cerebral lesions. *Brain*, 34(2–3), 102–254. <https://doi.org/10.1093/brain/34.2-3.102>
- Hufendiek, R. (2016). William James and John Dewey on Embodied Action-Oriented Emotions. En

- M. Jung & R. Madzia (Eds.), *Pragmatism and Embodied Cognitive Science: From Bodily Intersubjectivity to Symbolic Articulation*. De Gruyter.
- Ibañez, E. (1990). Presupuestos básicos y clasificación de las terapias cognitivas: un punto de vista para la psiquiatría. Presentado en Congreso Nacional de la Sociedad Española de Psiquiatría., Madrid.
- Ingold, T. (2004). Beyond biology and culture. The meaning of evolution in a relational world. *Social Anthropology*, 12(2), 209–221. <https://doi.org/10.1111/j.1469-8676.2004.tb00102.x>
- James, W. (1880). The feeling of effort. En *Anniversary memoirs of the Boston Society of Natural History Published in Celebration of the Fiftieth Anniversary of the Society's Foundation (1830-1880)* (pp. 3–32). Boston: Society of Natural History.
- James, W. (1884). What is an Emotion? *Mind*, 9(34), 188–205.
- James, W. (1980). *Principios de psicología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jann, R. (1992). Evolutionary Physiognomy and Darwin's Expression of the Emotions. *Victorian Review*, 18(2), 1–27.
- Jones, K. (2006). Quick and Smart? Modularity and the pro-emotion consensus. *Canadian Journal of Philosophy*, 32(5S).
- Knapp, P., & Beck, A. T. (2008). Cognitive therapy: foundations, conceptual models, applications and research. *Brazilian Journal of Psychiatry*, 30, s54–s64.
- Kring, A. M., & Bachorowski, J.-A. (1999). Emotions and Psychopathology. *Cognition and Emotion*, 13(5), 575–599. <https://doi.org/10.1080/026999399379195>
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Argentina: Paidós.
- Lazarus, A. (1999). El enfoque multimodal. Una psicoterapia breve pero completa. Bilbao: Des.
- Lee, V. (1999). Behavior does not mean “behavior of the organism”: why conceptual revision is needed in behavior analysis. *Behavior and Social Issues*, 9(1), 67–80.
- MacLean, P. (1949). Psychosomatic Disease and the “Visceral Brain”: Recent Developments Bearing on the Papez Theory of Emotion. *Psychosomatic Medicine*, 11(6). Recuperado de https://journals.lww.com/psychosomaticmedicine/Fulltext/1949/11000/Psychosomatic_Disease_and_the_Visceral_Brain__3.aspx
- MacLean, P. (1980). Sensory and perceptive factors in emotional functions of the triune brain. En A. Rorty (Ed.), *Explaining emotions*. Berkeley: University of California Press.
- MacLean, P. (1982). Evolution of the psychencephalon. *Zygon®*, 17(2), 187–211.

<https://doi.org/10.1111/j.1467-9744.1982.tb00478.x>

- Mahoney, M. (1983). *Cognición y modificación de conducta*. México: Trillas.
- McGuire, M. T., Marks, I., Nesse, R. M., & Troisi, A. (1992). Evolutionary biology: a basic science for psychiatry? *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 86(2), 89–96. <https://doi.org/10.1111/j.1600-0447.1992.tb03234.x>
- Meichenbaum, D. (1977). *Cognitive-behavior modification. An integrative approach*. Nueva York: Springer Science.
- Müller, J. (1842). *Elements of physiology (Vol. II)*. Londres: Taylor and Walton.
- Murphy, M., MacLean, P., & Hamilton, S. (1981). Species-typical behavior of hamsters deprived from birth of the neocortex. *Science*, 213(4506), 459. <https://doi.org/10.1126/science.7244642>
- Natochin, Y., & Chernigovskaya, T. V. (1997). Evolutionary physiology: history, principles. *Comparative Biochemistry and Physiology. Part A, Physiology*, 118(1), 63–79.
- Papez, J. (1937). A proposed mechanism of emotion. *Archives of Neurology & Psychiatry*, 38(4), 725–743. <https://doi.org/10.1001/archneurpsyc.1937.02260220069003>
- Parot, F. (2010). Les psychologues fonctionnalistes de l'école de Chicago et le premier behaviorisme. En J. Gayon & A. De Ricqlés (Eds.), *Les fonctions: des organismes aux artefacts*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Pérez-Ransanz, A. (2011). El papel de las emociones en la producción de conocimiento. *Estudios Filosóficos*, 60(173).
- Pichot, P. (1989). The historical roots of behavior therapy. *Journal of Behavior Therapy and Experimental Psychiatry*, 20(2), 107–114. [https://doi.org/10.1016/0005-7916\(89\)90043-8](https://doi.org/10.1016/0005-7916(89)90043-8)
- Plutchik, R. (1980). *Emotion: a psychoevolutionary synthesis*. New York: Harper & Row.
- Plutchik, R. (1988). The nature of emotions: clinical implications. En M. Clynes & J. Panksepp, *Emotions and psychopathology*. New York: Springer Science.
- Plutchik, R. (2001). The Nature of Emotions: Human emotions have deep evolutionary roots, a fact that may explain their complexity and provide tools for clinical practice. *American Scientist*, 89(4), 344–350.
- Reed, D., & Luiselli, J. (2009). Antecedents to a paradigm: Ogden Lindsley and B. F. Skinner's founding of "Behavior Therapy". *The Behavior Therapist*, 32(4), 82–85.
- Rimm, D. C., & Litvak, S. B. (1969). Self-verbalization and emotional arousal. *Journal of Abnormal Psychology*, 74(2), 181–187. <https://doi.org/10.1037/h0027116>

- Ríos-Flórez, J., & Cardona-Agudelo, V. (2016). Ruptura del paradigma subcortical en los procesos emocionales. *Poiésis*, 0(31), 132–140. <https://doi.org/10.21501/16920945.2100>
- Rutherford, A. (2003). Skinner boxes for psychotics: operant conditioning at Metropolitan State Hospital. *The Behavior analyst*, 26(2), 267–279.
- Sanjuán, J. (2005). La teoría de la evolución y las ciencias de la conducta: el estado de la cuestión. En C. Cela-Conde & J. Sanjuán (Eds.), *La profecía de Darwin: del origen de la mente a la psicopatología*. Barcelona: Ars Medica.
- Sanjuán, J. (2017). *¿Tratar la mente o tratar el cerebro? Hacia una integración entre psicoterapia y psicofármacos*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Seligman, M. E., & Maier, S. F. (1967). Failure to escape traumatic shock. *Journal of Experimental Psychology*, 74(1), 1–9. <https://doi.org/10.1037/h0024514>
- Semerari, A. (2002). *Historia, teorías y técnicas de la psicoterapia cognitiva*. Madrid: Paidós.
- Sherrington, C. (1900). Experiments on the value of vascular and visceral factors for the genesis of emotion. *Proceedings of the Royal Society of London*, 66, 390–403.
- Skinner, F. (1975). *La conducta de los organismos*. Barcelona: Fontanella.
- Skinner, F. (1979). *Contingencias de reforzamiento un análisis teórico*. México: Trillas.
- Skinner, F. (1994). *Sobre el conductismo*. Barcelona: Planeta De Agostini.
- Snyder, M., & Diamond, I. T. (1968). The Organization and Function of the Visual Cortex in the Tree Shrew; pp. 244–288. *Brain, Behavior and Evolution*, 1(3), 244–288. <https://doi.org/10.1159/000125507>
- Stevens, A., & Price, J. (2000). *Evolutionary psychiatry. A new beginning*. East Sussex: Routledge.
- Sulloway, F. (1979). *Freud biologist of the mind*. Cambridge: Harvard University Press.
- TenHouten, W. (2017). From Primary Emotions to the Spectrum of Affect: An Evolutionary Neurosociology of the Emotions. En *Neuroscience and Social Science: The Missing Link*. Suiza: Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-319-68421-5_7
- Valsiner, J., & Van Der Veer, R. (2000). The social mind: Construction of the idea. *The social mind: Construction of the idea.*, xi, 488–xi, 488.
- Vicedo, M. (2009). The Father of Ethology and the Foster Mother of Ducks: Konrad Lorenz as Expert on Motherhood. *Isis*, 100(2), 263–291. <https://doi.org/10.1086/599553>
- Wason, P. C. (1960). On the Failure to Eliminate Hypotheses in a Conceptual Task. *Quarterly Journal of Experimental Psychology*, 12(3), 129–140.

<https://doi.org/10.1080/17470216008416717>

Wolpe, J. (1954). Reciprocal inhibition as the main basis of psychotherapeutic effects. *A.M.A. Archives of Neurology & Psychiatry*, 72(2), 205–226.

<https://doi.org/10.1001/archneurpsyc.1954.02330020073007>

Wolpe, J. (1993). *Práctica de la terapia de conducta*. México: Trillas.

Yates, A. J. (1970). La definición de terapia conductual. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 2(2), 113–121.

Yébenes, Z. (2015). La razón moderna, la razón hechizada. *Psicopatología de la superstición en el orden contemporáneo*. *Dimensión Antropológica*, 63. Recuperado de <http://revistas.inah.gob.mx/index.php/dimension/article/view/7653>